



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Añón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Armó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuera, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balazuer, Barald, Barzanillana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borja, Barredo, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blanco, Calvo ASENSIO (D. Pedro), Camacho, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Chaste (conde de), Collado, Cortina, Corral, Colmeiro, Correa, Cueta, Sra. Coconado, Sres. Calvo ASENSIO (D. Gonzalo), Castañaga, Ibarra, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echevarría, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Ferrn Toro, Flores, Figuerola, Figueras (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Renté, Güelvenzu, Guerrero, Inceaga, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lazala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Liorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merino, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olónga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poy, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Perez, Saiz, Salvador de Salvador, Saimeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Marzo de 1882.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hec.—Política y literatura, por D. Enrique Gomez Ortiz.—Proyecto de inmigración nacional para la isla de Cuba, por D. José Curbeo.—Apuntes sobre el suicidio, por D. Alfredo de la Escosura.—José II en la corte de Francia, por D. Eusebio Asquerino.—España y las repúblicas americanas, por D. M. Perez de Ruano.—Beato Angélico y Miguel Ángel, por D. Tristan Medina.—Escritores y poetas americanos, por D. P. Ruiz Albitur.—La emigración española en la República Argentina: á la Epoca, por D. Hector Florencio Varela.—Trabajo y economía, por D. Ricardo Villa.—Esperanzas y recuerdos, por D. José Selgas.—La Ilucria del Tío Martín, por D. Julian Zagasti.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Todo anda revuelto, y Dios sabe cómo en estos tiempos de fusionismo y democracia dinástica. Hasta la misma naturaleza siente trastornadas algunas de sus leyes inmutables, y ni las estaciones siguen su marcha acostumbrada, ni las cosas pasan tales como debían pasar. Hace un mes nos hallábamos en pleno invierno, y sin embargo, la temperatura se esforzaba en desmentir el interesado anuncio del almanaque; los niños nacidos en el presente año, sólo por tradición, podrán conocer los hielos invernales, las escarchas y otras zarandajas que más que realidades parecían ficciones de poeta.

Ha bastado que llegue el 21 del corriente; ha bastado que las golondrinas hayan venido á llamar con sus alas á nuestros tejados, anunciando la primavera, para que la temperatura se modifique, y el viento, dando fuertes resoplidos, golpeará puertas, sacudiendo árboles y agitando chimeneas venga á manifestarse contrario á lo que está de antiguo establecido. Las golondrinas no saben qué hacer; vinieron confiadas en que la estación florida, como la llaman los hijos de Apolo, las esperaba en España para hacerlas los honores de la casa, y, lejos de eso, se encuentran con que no ha venido todavía, y más frias, por tanto, que los fosforitos que, según parece, no dan fuego por más que están que arden de puro desunidos y desanimados.

Y todo el mundo se pregunta con terror la causa de esta vuelta al frío. ¿Huye la primavera por miedo á que Camacho la coja entre sus delegados y la imponga una fuerte contribución como florista universal? ¿O se ha quedado fría al ver cómo anda la cosa pública?

Quede al lector discreto la solución de estas cuestiones.

Porque la verdad es, que lo que sucede es para

dejar frío á cualquiera. Por mucho menos se ha coagulado otras veces el mercurio de la política. Y la verdad es,—hablando ahora en serio,—que es preciso tener una fé á prueba de errores y desengaños en el sistema parlamentario, para no apartar los ojos con tristeza de ese edificio, destinado á templo sacratísimo de las leyes y convertido estos dias en escenas del Assommoir, por obra y gracia de los conservadores.

El naturalismo está de moda. No basta ya que al Parlamento se lleven cuestiones personales de suma importancia para los señores diputados, de ninguna para el país; no basta convertir la tribuna en torneo de elocuencia, donde las frases bellas lo son todo y nada los hechos provechosos al bienestar general. Es preciso que las cuestiones que se toquen allí sean de esas que sólo en el interior de las casas deben tratarse. Es preciso acusar faltas y confesar pecados, en que no sólo el prestigio de un diputado, sino el prestigio del país quede por los suelos.

Largas sesiones, sendos discursos, alusiones apenas hechas cuando ya estaban recogidas; tal es el espectáculo dado por el Gobierno y la oposición conservadora á los enemigos del sistema representativo.

Nada importa que una porción de leyes estén aguardando desde la pasada legislatura que el voto del Congreso las sancione; nada que permanezca en pie como problema irresoluble, como esfinjeaterradora, la cuestión de Hacienda, eterno nudo gordiano que inútilmente espera un A ejandro que lo corte; nada que la organización de la magistratura, el Código Civil, la legislación de imprenta reclamen la atención de SS. SS. Todos estos asuntos de vital interés deben quedar pospuestos para ser tratados más adelante. Antes es necesario saber si el señor conde de Xiquena ha jugado ó no, y si está arrepentido de haber mermado de esta manera su fortuna. La misma cuestión de los Síndicos que fué la originaria del tumulto, perdió toda su importancia. Los petardistas y los jugadores la asumieron toda.

Pasemos como sobre ascuas por terreno tan resbaladizo, y puesto que aún está viva la desagradable impresión que tales sucesos han producido en el ánimo de cuantos aman las instituciones liberales, alejémonos de España sin hacer más que notar el fin aparente de la batahola que entre sí traían los periódicos tradicionalistas. El cisma que desde la malhadada peregrinación nocedalina venía asomando su endeble cabeza por entre las

abiertas filas de nuestros obispos, acabó de mostrarse en toda su desnudez. El obispo de Santander, el obispo de Osmá, el obispo de Salamanca, el obispo de Calahorra, todos hablaban á sus ovejas, unos con palabras de mansedumbre, y otros con razones episcopales más contundentes, aunque convenzan menos al espíritu. Y al hablar los pastores se contradecían, y contradecían al Pontífice,—já pesar de la infalibilidad!—y los rebaños andaban de un lado para otro sin ver la puerta del redil, y los periódicos carlista-religiosos aumentaban la confusión con sus voces discordantes.

Por fin habló Su Eminencia, el Sr. Cardenal Moreno, no para proveer las vacantes de las parroquias de su arzobispado, que eso merece pensarse detenidamente para no hacerlo al fin y al cabo, sino para poner paz en los que mordían. Y como el mar se dividía en dos cuando extendió Moisés su vara para que los israelitas lo pasasen á pié enjuto, así se acallaron los gritos en el campo tradicionalista, y los mestizos pasaron entonando cantos de alabanza entre los ya desbaratados combatientes.

A pesar de esto, las peregrinaciones regionales no adelantan gran cosa. Sólo el señor obispo de Valencia, con un celo digno de mejor causa, ha conseguido enviar para Roma dos mil pesos que sin duda serán recibidos por Su Santidad con la misma solicitud que si fueran dos mil romeros.

Porque lo que hay que ver en estas cosas, no es la calidad sino la cantidad de peregrinos.

Nuevamente vuelve á plantearse por las demás naciones el derecho que asiste á España para ser nación de primer orden y llevar su voz al concierto europeo, y no digo concierto porque maldita la armonía que guardan entre sí las reclamaciones de Bismark y los discursos del general Skobelev.

Trátase de que Europa se entrometa en Egipto, y como de esto puede resultar alguna descalabrada, vuelve los ojos la augusta matrona hácia esta desventurada nación que hasta ahora no la ha importado un ardite, y la llama con son de sirena á sus consejos para que España sea quien batalle, en tanto que sus hermanas deciden lo que ha de ser.

El cuento eterno del quinto, que es quien siempre ha de pagar los vidrios rotos. Hasta ahora los venimos pagando por no ser nación de primer orden; de hoy más, si se cumplieran los deseos de Inglaterra, los pagaríamos por serlo.

Cerrado se muestra el horizonte hacia la parte de Rusia. Sus agitaciones interiores están lejos de calmarse; la cuestión de los judíos prosigue con encarnizamiento. El general Ignatieff, que camina de torpeza en torpeza, ha llevado á la firma del Czar, disposiciones contrarias á los judíos, los cuales, rechazados por el pueblo, se ven perseguidos también por el Gobierno, que debía servirles de escudo protector. En vista de esto, anda volando por el aire la idea de una repoblación de Jerusalem lo cual daría al traste con las viejas profecías conformes en afirmar que nunca volverá á constituirse el pueblo de Israel.

Y como si no tuviera bastante que hacer para arreglar sus discordias intestinas, hé aquí que el problema del Panslavismo vuelve á tomar forma en los discursos del general Skobelev, uno de los más populares de Rusia, y se ofrece como una amenaza á Alemania. El ejército está con el ardiente héroe eslavo, que quiere empapar en sangre alemana los laureles que el ataque de Plwna ciñó á su sien hace cinco años.

En vano el Emperador Alejandro, harto débil para imponer silencio á Skobelev, saluda al Emperador Guillermo en sus brindis. A juzgar por el entusiasmo que el general despierta, el pueblo ruso está con él.

Por su parte Moltke dice que hace mucho tiempo tiene preparado un plan de invasión en Rusia... Cometa de sangre se levanta hacia el Norte de Europa. Más verídico en sus predicciones que los cometas astronómicos, este anuncia males sin cuento y encierra lluvia de lágrimas en la atmósfera que le envuelve. ¡Ay de las madres si, como es de temer, llega á estallar!

**

De la lucha parlamentaria de estos últimos días, ha resultado un herido grave: el Sr. Alonso Martínez.

Cuando este número llegue á manos de nuestros lectores, pasará á mejor vida ó estará en salvo.

Si muere, habrá muerto un soldado... pero, ¿podrá el baile continuar?

Ya lo veremos.

Hoe.

POLÍTICA Y LITERATURA.

Memoria leída en el Ateneo de Madrid por el Secretario primero de la sección de Literatura y Bellas Artes.

Pero la innovación que se fundaba en los cálculos del espíritu mercantil, que creó la monarquía de Julio, abrió á la industria su concurso, y concedió á la especulación el lugar de las ciencias y el de la literatura.

De aquí, la crisis que amenazó por algún tiempo; la prensa no quiere perdonar medio alguno de acción sobre los espíritus; ella pretende adornarse con todas las riquezas y alhajas de la imaginación; busca los escritores de popular renombre, é inventa este género de novela que Paturot hizo célebre, por sus ingeniosidades de efecto; las exclamaciones de los personajes en el diálogo del folletín, son satisfechas al escritor por arancel, aparte del precio de cada línea; la narración de los procesos y causas célebres por la ferocidad de sus protagonistas, y esa otra literatura frívola de los salones absorben el movimiento intelectual é imponen silencio á los verdaderos maestros del arte.

¿Que extraño que algunos como Gautier, desesperanzados ante las audacias del periodismo, que la libertad de imprenta garantizaba, creyeran que todos los males de la época tan sólo provenían de sus columnas? Pero, ¿cómo explicarnos que aquellos que más desesperadamente exigían en nombre de la paz pública y de las letras la supresión de los diarios, se vieran también envueltos por el torbellino, solicitando penetrar en las redacciones y adorasen el ídolo á quien injuriaban?

Es que el *periódico* ha traído á la sociedad y á las letras una misión sagrada. Su nacimiento y desarrollo han producido momentáneos instantes de perturbación, pero de igual suerte que surge del caos una espléndida naturaleza, así como de fuerzas contrarias pueden desarrollarse movimientos regulares y uniformes, el periodismo, pasando por todas las revoluciones del pensamiento humano, ha dejado incólumes sus beneficios, é imperecederas sus ventajas.

Corresponde á su concurso, en la época que estudiamos, el desarrollo en todos los pueblos de la democracia; él la hizo resucitar de la oscuridad y del desprecio en que la dejaron las clases industriales de Julio; él la estimuló por el conocimiento de los asuntos políticos á mirar atentamente del lado de los gobiernos; deslizó en el oído de las muchedumbres la interpretación de aquellos derechos y deberes que la revolución promulgó como su evangelio, despertó el ansia de la lectura, popularizó el arte, y elevó su poder sobre la tierra, para anunciar, como el vigía de los mares, todas sus calmas y todas sus tormentas.

Desde el vencimiento de Julio hasta que el de Febrero dió á la sociedad el triunfo sobre las oligarquías parlamentarias, no ya con la ostentación sangrienta y tumultuosa del 93, sino con el dominio de sí misma, que una instrucción general difundió en las almas de las muchedumbres, después que estas vieron en Luis Felipe al fundador de una democracia dinástica, no basada en la so-

lidez de los derechos del hombre, ni en la unanimidad de los sufragios del pueblo, sino en la habilidad y elocuencia de sus ministros, y en puñados de oro, símbolo de aquella soberanía materialista; el periodismo, síntoma continuo del estado de los espíritus, que con su popularidad, fomentando el mercantilismo de los hombres de letras, había resuelto la dificultad, aun pavorosa entre nosotros, de elevar á profesión independiente el cultivo del arte, dirigió todos los ejércitos de su pensamiento a la educación de la democracia.

La literatura, con los entusiasmos de Hugo y Lamartine, á pesar de las exageraciones del romanticismo, había aceptado la enseñanza del pueblo, y ponía en circulación, como medallas impresas, todas las ideas de aquella aspiración y las esperanzas de su triunfo.

Este movimiento, que dá carácter distinto á la literatura contemporánea de casi todos los pueblos, es el cisma, el verdadero 93 literario, que ciertos espíritus de secta contemplan llenos de asombro religioso.

Pretender que la revolución sea el nacimiento de nuestro siglo y el Jordán de nuestros ideales; envanecernos de la dicha admirable de ser testigos de la aparición de una nueva luz; calificar de política la literatura que debe ser el sublime arte de no disgustar al poder constituido y difundir la moralidad y la fé cristiana con licencia del ordinario; investir al literato con el sacerdocio de transformar al populacho en pueblo y apresurarle á su destino; hablar de poesía útil que debe ser tan solo el arte de cantar el vacío; convertir el teatro en tribuna y la novela en folleto, que no deben ser sino escenario de amores tierrísimos é inocentes; desatender los modelos del arte; proclamar la originalidad á despecho de sus carceleros... ¿qué son, sino las aspiraciones de una demagogía loca y desenfrenada, verdadera apocalipsis moderna que amenaza devorarnos en un océano de desventuras?

Lamartine, conduciendo las muchedumbres al Hotel de Ville, verdadero cabo de las tormentas de nuestros vecinos; Lamartine, haciendo la apoteosis de la democracia con todos los colores vivísimos de la poesía; Hugo avivando la indignación del pueblo francés y dirigiendo la artillería de sus pensamientos olímpicos contra el Imperio. Sué, que presenta á la sociedad para que los corrija, los vicios y crímenes de las clases desheredadas; Balzac que analiza con el escalpelo... no pesan un grano de arena en la balanza. La poesía debe ser completamente inútil.

Los mismos que aconsejan esta inutilidad, aquellos que ven su ideal en que el templo del arte cierre sus puertas á los atrevimientos y audacias, son, sin embargo, partidarios de esa literatura tímida que adula á los Gobiernos, besa la huella de los monarcas pidiéndoles permiso y audacia para una dedicación oportuna, y les sirve de propaganda benéfica en ese *buen orden*, que la democracia ha de guardar, si quiere ser reconocida por el Estado; los que no aceptan el arte por el progreso y se horrorizan al contemplar sus invasiones en la moral, en el derecho y en la política, gustan, sin embargo, de lo anticuado como ley de la poesía, de la inspiración con traje de ceremonia y de esa literatura absolutista que enseña el camino breve para lograr un puesto en los olímpicos académicos, que aplaude las reacciones y recuerda los triunfos de la fé ciega, que propaga el *Syllabus* y bendice desde el siglo XIX, la Edad-Media, como ideal político y tierra de Promisión de nuestras esperanzas.

Pero nuestra centuria ha depurado mucho en el crisol revolucionario. El ha hecho al arte socio de todas las ideas, vehículo de todas las doctrinas; él le ha impreso el sello de combate, distintivo de nuestra actual literatura. Si antes luchaba entusiasmado á los pueblos con la independencia, si después arrojaba de ellos al despotismo, si más tarde vencía con la clase media, imponiendo constituciones liberales, y luego, unido al periodismo, destruía los parlamentos y oligarquías; ahora se ha dirigido francamente al cuarto estado. Su empeño es instruirle, recabar de los Gobiernos la curación de sus heridas, poner de relieve sus dolores y desfallecimientos; buscar el origen del crimen para estirparle; destruir los seres que viven devorando; mostrar al hombre su fin y hacerle caminar desde la ignorancia á la ilustración y desde la materia al ideal.

A esta solución ha contribuido el romanticismo con todas sus exageraciones. El ha sido la revolución literaria. Ha tenido su Mirabeau, sus girondinos y sus terroristas; ha tenido en los géneos á sus hombres de Estado; en el periodismo sus ejércitos; sus facciosos en los falsos artistas y sus esperanzas en la democracia.

Como el ángel exterminador, ha llamado á todas las puertas, despertando la libertad, la emancipación y la vida. Sus mismas exageraciones idealistas le han servido para lograr su objeto. Por eso, hoy que se han condensado con otra tendencia literaria, práctica, sóbria y mesurada, no pueden menos los naturalistas que aplaudir á los románticos, lo mismo que los demócratas celebrarán siempre la cuna tempestuosa que meció primero sus ideales y principios.

Cada pueblo, con arreglo al espíritu civilizador que le ha informado, ha tenido especial predilección en la vida del arte por ciertas manifestaciones del sentimiento que han sido tan características, que muy lejos de confundirlas, las clasifica-

mos y distinguimos, según la raza y la edad histórica.

Porque de la misma manera que los rayos dispersos de la luz pueden condensarse en la llama, la civilizaciones pueden reunirse en una sola idea.

Por esto, como hay ciertas armas que tan solo para la ofensa sirven, hay ciertos géneros en literatura, que delatan al ser cultivados un espíritu universal, un pensamiento del dominio de todas las conciencias.

Tengo por hecho indudable que la poesía lírica, la novela y el teatro han sido de la preferencia de nuestro siglo, porque son los tres géneros literarios que mejor manifiestan las tendencias políticas y sociales de la literatura contemporánea.

El poeta lírico es como el gran observador de todos movimientos de la humanidad; su penetrante mirada que avanza entre los abismos y profundidades del pensamiento y llega á través de las tormentas á los dominios del águila, no se aparta de su propio espíritu.

Sondeando los precipicios detiéndose unas veces meditabundo y triste; obedeciendo á la furia lírica lánzase otras en un desenfreno melancólico, é irradia como el sol la luz todas las ideas.

Sus creaciones parecen hijas de la inmoderación, mezclan el vicio con la tristeza y el crimen con la generosidad, pero al través de ellas aparecen las agitaciones y las dudas sociales como una protesta elevada al progreso de los pueblos.

Muchas veces el poeta con el espejo de aumento que su alma encierra nos refleja el frío cadáver de la anarquía y la desigualdad de las condiciones humanas; otras, presentando las heridas de su corazón que en armonioso ritmo expresa la lira de su canto, dejando llevar la inspiración á todas las sublimes esferas del ideal imposible, atrevido y audaz en todas las expansiones de una fantasía febril, se anticipa al político y al moralista hace surgir del caos que agita su espíritu, y del vértigo de su desesperación, vivísimos resplandores, y desde la cumbre elevada donde sus pensamientos viven, derrama á raudales la esperanza, inunda de amor benéfico las amarguras y quebrantos de la existencia humana.

¿Por qué ha sido tan eficazísimo el concurso de esta poesía en las cosas de la tierra? ¿Por qué es el género de nuestro siglo sino porque no se doblega á los tiranos ni resiste los insultos de los anarquistas?

¡Ah! Los poetas, Beranger y Leopardi. Byron y Manzoni, Musset, Hugo, Fray Luis de Leon antes que nuestro Quintana han guardado muy poca continencia de ideas.

¿Por qué han sido perseguidos unos, presos y encarcelados otros, desterrados los más, sino porque la musa que les ha inspirado aun palpita entusiasmos patrióticos?

Preguntad á la historia qué pensó la Inquisición de los atrevimientos de Fray Luis, de sus interpretaciones y comentarios á la edición *Vulgata*, y hallareis un proceso, un fallo condenatorio y un martirio. Preguntad cuál fué el grito de las aristocracias á los acentos tumultuosos de Beranger y encontrareis en las maldiciones y odios de los príncipes, el entusiasmo del poeta: *Le peuple, é est ma muse!* Preguntad, por qué le procesaron en la segunda Restauración y leereis trazada, por aquel *romancero* del pueblo, esta frase con que él mismo se enorgullece de la revolución de Julio: *Ta part est belle á ces grandes journées.*

¿Qué sintió Luis Felipe ante las inspiraciones inquietas de Lamartine? Detrás de sus melancólicas é íntimas composiciones de los paisajes espléndidos que nacieron de su hermosa fantasía, estaban sus audacias parlamentarias prediciendo á Guizot *la revolución del desprecio*, al rey y á su política la muerte, á Francia la República.

Pues el segundo Imperio y Roma, Turquía y Alemania; el Emperador, el Pontífice, el Sultan y los Príncipes alemanes, con seguridad vieron en Hugo y Leopardi, en Rhigas y Heine, la causa de sus mayores quebrantos políticos y de sus desdichas humanas. ¿Quién sabe si nuestro gran Quintana se habrá reconciliado en la tumba con los enemigos de la libertad! ¿Cuánto no hubieran dado los reaccionarios por arrebatar la lira de las manos del poeta, y hacerla polvo al golpe violento del absolutismo!

Por las persecuciones á la poesía; por el odio que ha provocado en ciertos espíritus, se valoran y aquilatan todas sus influencias y se determinan sus relaciones con la política.

Alemania, silenciosa y triste después de 1813, esperando inútilmente las constituciones prometidas por los soberanos, halló en los rumores de guerra provocados por el tratado de 15 de Julio de 1840, ocasión sublime para que todas sus musas se insurreccionaran, recabando los principios democráticos que escondían y sujetaban con su intrinsigencia los avaros príncipes.

Y entonces nace una poesía política, entusiasta, atrevida y alegre, que representa primero el espíritu ardiente de Hoffmann de Fallersleben, declarando la guerra á los aristócratas y á los monjes, á los *philister* por la indiferencia que sienten hacia las artes, á los pedantes y á los filólogos. Nada perdonaba la inquietud ironía del poeta; á todas partes dirigía su destructora máquina. Apenas cesa su indignación en Breslau contra los *philister* por sus alegrías hipócritas en las fiestas de Schiller, comienza su implacable tarea contra los nobles y grandes señores, y dice: «¿Qué cosas hacen á un

hombre de calidad? Imaginar que todo se sabe, pasar en el juego toda la noche, contraer deudas durante el día, hablar el alemán cuanto peor se pueda, chapurrar el francés, beber *champagne* y penetrar en todos los salones. A penas abandona a la nobleza, su burla acude al pueblo para dispartarle á pellizcos. A la censura, dice: «¡Oh magnífica naturaleza! Tú impones silencio á la creación con el ruido del trueno. Pues la censura hace más; le basta para ello una plumada.» Y así, con esta violenta y perpétua sátira, zahería sin piedad y sin reposo preparándose para recibir las luces de la aurora que su corazón ansiaba.

Pero quien lleva sobre su misma cabeza el pararrayos, quien sobre sí atrae las tormentas del cielo, no puede escapar impunemente á las persecuciones de la tierra si ha provocado la inquietud de los tiranos Hoffmann, las sufrió.

El catadrático de Breslau, paseando con sus cantos patrióticos la libertad por las calles de las poblaciones alemanas, era una perturbación en su cátedra, un obstáculo á la disciplina de la juventud y de la enseñanza. Fué, pues, destituido, pero como él mismo decía: «Se ha enterrado al profesor, pero ha resucitado un hombre libre.»

Como Hoffmann, entusiasta, pero melancólico y triste, sólo con la soledad familiarizado y en la oscuridad y el silencio, pensador é inspirado, Dingelstedt hereda la lira de aquél, y viajero errante, recorre pueblo por pueblo toda la Alemania, como apóstol de una nueva religión, dejando tras de sí las huellas de su dolorosa inspiración patriótica. Más tarde, Herwegh, audaz y belicoso, iniciado por Boerne en las ideas revolucionarias, interviene con su impulso poderoso en la obra, y sus ritmos guerreros se reparten como deshechas olas de fuego en la patria y arrebatan el alma de los medrosos, excitando á una muchedumbre de poetas á emprender el áspero camino de las conquistas y triunfos de la libertad.

Cuanto debe la Alemania de 1848 á la democracia, lo debe á los Tirteos, á las liras de aquellos poetas, antecesores en entusiasmo de Mauricio Hartmann, de Bauernfeld, de Gottschall y Ullrich, que le continuaron después del vencimiento.

No ménos hizo en Italia el romanticismo que dirigió el estro de Manzoni. En todas sus odas inmortales resplandecen las luces de la libertad y el odio al yugo austriaco. La poesía, es cierto, tenía que guardarse de esta opresión, rehuir la censura de los dominadores; pero lejos de rendirse la inspiración, se levantaba más poderosa y descarada, sirviéndole de acicate y estímulo al martirio y las prisiones. ¿De qué servían á los austriacos los sufrimientos de Silvio Pellico? De aumento á la venganza y de odio eterno al perseguidor. La llama patriótica, como el fuego sagrado, jamás se extinguía: á los antiguos maestros sucedían otros; Gjusti, haciendo como Beranger espada de la lira, revelaba en su *Dies iræ* la indignación vigorosa que su pueblo sentía; Prati, recordando en sus poemas el eco de los sucesos, y presentando el combate antes de la lucha de 1848, llamaba con acento enérgico á la *casa de Saboya*, citándola para consumir la independencia; Aleardi, desde el Piamonte; Gazzoletti y Rögaldi, Fallani desde Florencia y Carducci, en fin, como Teseo envidioso de Hércules, inquieto por los laureles de Leopardi, han hecho aún más que los ejércitos y combates en la guerra, la obra de la unidad nacional.

¡Qué hermosa es la diadema que pudiera orgullosamente ostentar la lírica del siglo XIX! Cuánto ha trabajado su concurso en todos los pueblos de la tierra!

Sus cantos han sido los últimos en extinguirse. La infeliz Polonia, sometida á todas las consecuencias de la rapacidad de sus vecinos, ya muerta, tendida como el cadáver en el anfiteatro de sus voraces conquistadores, ofreciendo sus despojos al deseo de la repartición, escucha aún, como el eco lejano del placer perdido, el ritmo patriótico de sus poetas que la hicieron dos veces levantarse de su tumba para caer en ella, sin esperanza entre las sombras del silencio eterno, y la compasión impotente de los pueblos de Europa.

Los entusiasmos patrióticos, la incontinencia del ritmo, hallaron también en Rusia el corazón de un gran poeta, lanzado, desde el poder que conquistó su talento cerca del czar, al destierro que le valieron sus epigramas, yodas al progreso. Puchkine, hermano como Byron todos sus ideales de desesperación, fiando el triunfo á la espada y al impulso de sus propias obras, y solo, cuando su atribulado espíritu, cansado de luchar en vano de conspirar eternamente en secretas asociaciones, se convenció de lo quimérico de su empresa, aceptó el indulto protector de Nicolás, dejándose arrastrar por el torbellino de todos los placeres y orgías, como un recurso del despecho, que acallara las inquietas voces de su conciencia, y paralizara el movimiento insurreccional que aleteaba en su alma febril y anhelante.

Como Puchkine, Lermontoff desterrado en el Cáucaso, escena gigantesca de sus poemas audaces, alentaba á la Rusia con las imágenes y apoteosis de la libertad, cual si la sombra de Prometeo, le inspirara en aquellas montañas el fuego y la energía de sus canciones.

Y en aquellos pueblos felices que no han tenido que luchar por su independencia en el siglo actual por tenerla en los anteriores lograda ó no haberla perdido nunca, la poesía lírica ha servido para

conservarla y engrandecerla, como en Dinamarca y Suecia, Oehlenschläger, Tegner y Runeberg, han servido, apesar de los quebrantos de la patria, para olvidar el presente con los recuerdos de la tradición y del pasado.

Si la lírica ha trabajado por la libertad de los pueblos de Europa, el teatro ha hecho más. Introducir la democracia en el Estado: convertirse en barómetro de las revoluciones.

Por esto ha dicho Janin que Prometeo es un poema grandioso pronunciado desde una tribuna.

En efecto: el drama es por su naturaleza revolucionario. Desde Eschillo á Shakespeare, desde Shakespeare á Victor-Hugo, no ha sido sino una serie de revoluciones, que se han anticipado en algunos momentos á todas las sociales.

En el siglo pasado, además del espíritu reformador de Diderot, algunos otros creyeron en Francia que el teatro imitador del gran siglo, no era suficiente á las aspiraciones de la sociedad que iba á nacer por impulso de la filosofía. Al mismo tiempo que en París, en Alemania tratábase de hallar en la resurrección de Shakespeare, un nuevo evangelio, que sirpior las burlas de Voltaire fué prontamente desacreditado, halló en Lessing, y Goethe ecos de admiración y de entusiasmo.

Por esto he creído hallar que el espíritu profético de ciertas almas ha anunciado con las revoluciones literarias, los renovamientos sociales de donde la nueva política procede.

Como Homero, el cantor de la primera aurora de los pueblos y Esquilo, trazaron la Biblia de la Grecia, y marcaron la línea divisoria entre la civilización asiática y la europea, cerrando por así decirlo las puertas del mundo pagano, así Shakespeare nó cima á la Edad Media, y anunció en sus personificaciones dramáticas el mundo moderno.

Como Tertuliano adivinaba la figura grandiosa de Cristo, la crítica ha creído escuchar en *Hamlet* el rui lo de las muchedumbres y la turbulencia de la democracia.

Desde 1830 en que así la política como la literatura personifican el advenimiento de aquella, y trabajan activamente por levantar al pueblo de sus miserias, el drama se halla convertido en cráter, espía todos los movimientos políticos, y censura todas las desigualdades; toma del hogar, de la vida íntima y de la historia, sus personajes y acciones; pone de relieve las injusticias sociales, los contrastes y antítesis entre la belleza y el crimen, la indigencia y la virtud; analiza el corazón humano y sus tempestades, y revela á las muchedumbres el evangelio de sus derechos, los crímenes del poder antiguo, y hace estallar en fin todas las tormentas contenidas.

El autor dramático confunde la escena con la tribuna; cree que es su misión moralizar la democracia, inspirarla: un poeta eminente, verdadero apóstol de esta escuela, dice, *el arte tiene á su cargo la cura de almas; de esta suerte dareis salud á la burguesía y fundareis el pueblo.*

Por esta pendiente resbaladiza, el teatro incurre en las exageraciones de Saint Simon y en todas las teorías políticas del socialismo.

Y si el teatro convoca delante de su escena los tumultos de la democracia, la novela, por el contrario, busca al ciudadano en la familia, aislado de todos los rumores que distraigan la atención de su espíritu, y en el reposo del hogar, que tiene algo de soledad poética, presentándole su propia vida, y la procedencia de las acciones humanas; al par que regocija la imaginación por la amenidad de las pinturas, imprime en el sentimiento inefable simpatía de amor hácia las ideas que oculta la fábula con el sutilísimo velo del estilo.

Por esta singular naturaleza del género, la novela ha sido la literatura más apropiada para el servicio y propaganda de las aspiraciones modernas.

Conociendo su decisiva influencia en las almas, penetrándose del poder de sus atractivos, es como en Inglaterra, ha llegado á ser una institución inseparable de la familia y el Estado.

Si el telescopio se ha hecho para que las invenciones de la astronomía arrebatan al cielo el secreto de sus tesoros, el microscopio, se hizo para penetrar en las minuciosidades de un mundo imperceptible por su pequeñez. El carácter del pueblo británico, realista por cálculo, no pretende las exploraciones celestes, gusta más penetrar en las esferas de la conciencia, y analizar cuidadosamente todos los escondidos senos de la naturaleza humana, por esto, la novela inglesa ha sido el verdadero microscopio de sus escritores.

Todo ha sido en sus páginas discutido. Los progresistas y los conservadores han hecho de ellas el palenque de sus altercados y disputas. Al servicio de aquellos, penetrando en los abismos de la sociedad y recogiendo las impresiones lúgubres de la miseria y del crimen ó retratando como horrible contraste, el lujo y la immoderación de la aristocracia intolerante y viciosa al lado de las aflicciones del pueblo estenuado que á la muerte y á la desesperación le conducen, la novela conviértese en arma de oposición, provoca reformas administrativas é inspira á la oratoria en los parlamentos los acentos de la indignación y de la protesta.

Este carácter político y social está sostenido en Inglaterra por D'Israeli, Kinsley, Thackeray y Balwer.

Kinsley, mejor que ninguno de sus contemporáneos, ha mostrado en sus novelas *Alton Locke* y *Yeast*, como entiende el pueblo británico la li-

teratura del siglo XIX. En aquella, presentando al protagonista en medio de horribles dolores y sufrimientos, y rodeándole de una auréola inextinguible de caridad cristiana. En esta, presentando al público las clases elevadas de la sociedad, con sus incertidumbres é hipocresía, sus contrastes y sus violencias de carácter, entre la fé y las obras.

La literatura, siendo por la novela y el teatro vehículo de todas las disputas sociales, asociada quizás con exageración y por estrecho lazo á las aspiraciones é ideales de la democracia ha puesto sus páginas al servicio de lo útil y verdadero.

Y véase porqué, de las influencias de estos dos elementos, han aparecido, en la segunda mitad de nuestro siglo, el realismo y hoy el naturalismo.

Las agitaciones de la Europa, el desenvolvimiento de la vida en todos los asuntos, las discusiones de la filosofía y de la política, han dilatado y engrandecido el espíritu humano, haciendo surgir un nuevo mundo de pasiones, de energías misteriosas que antes el despotismo ocultaba en la ignorancia de sus pueblos.

Por esto la literatura ha sentido necesidad de retratar al hombre, presentarle en frente de sus virtudes y de sus vicios, analizar cuidadosamente todas las perturbaciones sociales y corregirlas; ella ha pedido soluciones á los problemas, ha denunciado la ley y rectificado los códigos, ha penetrado en los presidios y en las aulas, poniendo el arte al servicio de todas las obras, y su fondo al de todas las inteligencias.

Por esto el romanticismo, despues de sus primeras glorias, y triunfos, desde que el segundo imperio en Francia dispersó nuevamente á los cantores de la libertad, y con sin igual audacia impuso el destierro á los hombres de la ley, abre sus páginas al socialismo, toma mayor entusiasmo la defensa de la democracia, y camoiando y transformándose llega en la novela hasta Balzac, y en el teatro hasta Dumas y Sardou.

El siglo XIX que ha consumado su revolución política halló su expresión en la revolución literaria. Hoy, que la necesidad de conocer nuestros males obliga á presentarlos en su desnudez sin hipócritas adulaciones á la sociedad, el teatro y la novela observan y analizan, temen al romanticismo por su exageraciones y errores, aman la verdad escueta del naturalismo por las profundidades que enseña en su entraña, y persisten con empeño incansable en presentar al hombre en relación con la atmósfera en que vive, influyendo en sus actos la inmundicia propagada por un gobierno, que en *Les Rougon-Maquart* se llama por ejemplo el Segundo Imperio.

Se dirá, por esta íntima relación, que entre la política y la literatura ha existido, desde que la revolución abrió al espíritu nuevos horizontes que aquella no habrá dejado de causar, en las letras, influencias de pernicioso índole.

Es cierto, en algunos países, con especialidad el nuestro, que no han consumado sino de manera premiosa y difícil sus revoluciones políticas, han sido en su literaturas perjudicados.

Aquel romanticismo español, nacido por el impulso de los entusiasmos de la independencia, que evocaba nuestras antiguas glorias; los laureles de la Cruz sobre las derrotas de la media luna; la arrogancia de nuestros héroes, resucitando el siglo de oro de nuestra literatura, no hacia sino fortificar con el sentimiento del arte, las esperanzas en el progreso moderno, y cantar como el pájaro atraído por la aurora, el nacimiento de una luz más viva y esplendorosa, que aquella que el poder absoluto habia sobre nosotros derramado.

Bien pronto las agitaciones políticas comenzaron á ejercer sobre las letras un poder absorbente.

El espíritu católico, que ha sido nuestra segunda naturaleza, ha triunfado casi siempre de nuestros gobiernos, y la censura, la libertad de imprenta y la protección á las letras, ha dependido de las reacciones.

En el seno mismo de aquel partido liberal que propagó las nuevas ideas, habia organizado la instrucción pública, y fundado el trono constitucional, formábanse y crecían elementos impuros.

¡Qué importaba, por instantes breves, el renacimiento de la libertad, si nuevamente se postraba, sometida á la reacción!

La necesidad de mantener el espíritu de esta en la opinión pública; con objeto de que la intransigencia y el odio al progreso, amenguaran sus efectos, y de que el amor á la tradición y al absolutismo embazado, permaneciera en el corazón de las provincias, nuestros gobiernos dieron protección á los literatos, que como Fernán Caballero, disculpaban los horrores del despotismo, y condenaban como infernal herejía los adelantos de la industria y de la ciencia.

Nuestra literatura reaccionaria pobló las nóminas, los ministerios y embajadas, pero con la papeleta de comunión en la mano, con la cédula de la templanza, que dá el *ex-equatur* á nuestros literatos de Cámara.

Esta protección, que admitía en su seno muchos espíritus vulgares, hacia emigrar á la modestia ó provocaba en los audaces la empleomanía y el afán de las luchas políticas.

Por otra parte, ¿qué ha sido en nuestra patria el cultivo de las letras? ¿Podía aspirar á constituirse en profesion independiente?

El clericalismo que penetraba todo nuestro sér,

el abandono de la instrucción pública, la carencia de popularidad literaria, por causa de las represiones de la censura; el país, que salía súbitamente de las tinieblas para penetrar en la luz, el mercantilismo que por el adelanto industrial de los demás pueblos de Europa desarrolló la revolución de Julio, convertían al literato en *monolinguista*, y á la profesión de las letras en original *bohemia*, muy llena de esperanzas en el porvenir, pero de abundantes privaciones en el presente.

La literatura había de ser parásito de la política, porque sólo en el templo de ésta residían la fortuna y el éxito.

Pasados aquellos momentos de ardiente fe, dice el cronista de la época, Mesonero Romanos, todos los nombres ilustres en las letras figuraron en las listas de los ministros, embajadores, consejeros, gobernadores, diputados y publicistas. Los jóvenes se hicieron literatos para ser políticos. Cultivaron unos las musas para explicar las Pandectas; otros se hicieron críticos para pretender un empleo; estos consiguieron un beneficio eclesiástico á cambio de una comedia; aquellos vieron recompensado un tomo de anacreónticas con una toga ó una embajada.

Aquellos que no apetecían los cargos ni los honores colgaban del brazo sus cítaras y péñolas, y como los antiguos trovadores marchábase con sus quebrantos á lejanas tierras, á cantar las miserias de nuestra patria. Otros, los que á merced de la tiranía editorial quedaron en nuestro suelo, dedicáronse al culto del clasicismo contemplativo, ó á suspirar en el teatro, en sublimes versos, al amor y la gloria castellanas.

Quizás, por esta abundancia de dolores y desventuras, y por las peripecias de nuestra política, que no permitía al arte grandes expansiones, hemos tenido en nuestra patria verdadera plétora de romanticismo.

El teatro, la poesía y la novela, descendían muy pocas veces á los abismos de la reflexión; y los escritores, siguiendo el rayo de luz que el romanticismo proyectaba desde sus primeros entusiasmos, cuidábase más de las galas y adornos del pensamiento, que de penetrar en nuestras desdichas morales y políticas. Por esto, la mayor parte de las producciones, tan sólo parecían escritas para recreo y solaz de un cortísimo número de personas. La escasa literatura que pretendía, más bien siguiendo los afanes del industrialismo, que tratando de remediar nuestro estado moral, dirigirse al pueblo, fomentaba la indiferencia y aborrecimiento de la libertad, ó resuscitaba el carácter aventurero de nuestros antepasados, pintaba con subidos colores á nuestros eminentes bandidos y realizaba el vicio con fórmulas convencionales y fantásticas.

Por esto no hallareis hasta después del 54 en la literatura ideas reveladoras ni acusaciones de nuestro estado social que como en Francia anticipen el curso de los sucesos políticos.

Es después de aquella fecha, cuando en el periodismo, síntoma continuo del espíritu de los pueblos, se reúnen los representantes de la democracia española; los unos desde las columnas de *La Iberia*, otros en *La Soberanía Nacional*, y más tarde en *La Democracia*, dirigen la opinión pública por nuevos senderos, despiertan en el pueblo entusiasmos antes desconocidos, desarrollan la popularidad estimulando la lectura y preparan el espíritu del país al advenimiento de otros ideales.

Toda esta pléyade de la democracia, elaboraba con su persistente trabajo nuestra obra mejor, la más fructífera y saludable para nuestra patria.

Dentro de aquélla el espíritu literario aleteaba vigorosamente. Todos los que la formaban traían la oratoria y la elocuencia modernas; la poesía, en sus más sublimes y atrevidas inspiraciones; el teatro, la novela y la crítica, fundadas en otros cimientos, y dirigiéndose á horizontes amplios y hermosos.

Hasta el advenimiento de la Revolución de Setiembre nuestra literatura no pudo lograrlos. Su Código inolvidable, garantizando la libertad política y religiosa, abriendo ancho campo á las discusiones; desatando el libre pensamiento en todas las áulades de la enseñanza, provocó la concurrencia de todas las ideas y atrevimientos, abrió sus páginas de oro á todas las filosofías, y presentándose frente á frente de los exclusivismos religiosos, dejó á la tolerancia su dominio y á la libertad su fecunda soberanía.

Si el brillo de esta aurora espléndida aun se refleja en las frentes de nuestros contemporáneos; si la vida que corre en sus venas, es la sávia de la revolución, palpitante y purísima; si el fuego que arde en el pecho de la juventud venidera está robado al astro de Setiembre; si en todos nuestros parciales adelantos se mueve intranquilo el espíritu de aquél y en la literatura como en las ciencias, en la filosofía como en la política, resplandecen estas ansias y afanes que impulsan en continuo movimiento hacia el progreso, á qué escribir páginas, ya escritas por los mismos sucesos? ¿A qué hablar de hechos recientes y de los que pasan y se deslizan entre nosotros?

El período revolucionario en nuestra patria ha sido difícil y premioso. ¡Quién olvida los desfallecimientos y espejismos que ese vértigo de libertad produjo!

Por ley inexorable de la sociedad sucedieron. En hidra estuvo la revolución francesa conver-

tida, dice Víctor Hugo; en hidra se tornó la española desde los primeros acontecimientos.

Sometidas por tiempo inmemorial nuestras muchedumbres bajo el poder de la intransigencia de tradición; poderosas y sobervias con la rutina y el laicismo oscurantista; protegidas por los defensores de un lema profanador, en el que al lado de la patria están las fratricidas luchas; al de Dios, las ambiciones terrenas, el odio y la muerte; y al del Rey, la legitimidad de una falsa teoría; no habían podido llegar á las tinieblas las luces. Por esto, al advenimiento de la revolución, las generaciones de la democracia se hallaron con un pueblo ignorante, impenetrable á la propaganda, adusto y refractario á la instrucción. Ningun trabajo se había llevado á término antes de aquella época, que preparara el infecundo suelo. En su aridez, jamás había penetrado el arado, para que la semilla recibida en el surco diera al calor del seno de la tierra sus pródigos frutos.

La revolución no tuvo sólo en sí misma sus enemigos: los tuvo implacables, fuera de ella. Recibió la herencia del despotismo y con ella, el fango agitado de nuestras costumbres, aquel rebajamiento moral que inspiró á Nuñez de Arce al escribir su profética musa en 1866:

«No esperes en revuelta sacudida
alcanzar el remedio por tu mano,
¡oh sociedad rebelde y corrompida!
Perseguirás la libertad en vano,
que cuando un pueblo la virtud olvida
lleva en sus propios vicios su tirano.»

¿Qué pudo prometerse la revolución para sí misma, navegando entre peligros y escollos, continuamente acechada por las impacencias de sus hijos y el odio y la conjuración de las malas pasiones?

En medio de nuestras perturbaciones y quebrantos políticos, triste y melancólica en el fondo de su espíritu, apenada y sollozante la poesía, cual si velara funebres despojos, levantaba sus quejas y ritmos al espacio, hiriendo con mano experta la fibra del dolor, para desentumecer la apatía, despertar la postración, y resucitar en la dignidad humana las virtudes públicas.

Prescindid de esa misantropía amarga, de ese desaliento colérico y sin esperanza, que cual sombría nube envuelve el vigoroso aliento de los *gritos del Combate* y hallareis en ellos las estrofas y cantos de la revolución, sus inquietudes y temores, sus vicios y desastres, que en armonioso rumor se agitan en el alma del desesperado poeta.

Nuñez de Arce lo dice: mi lira no tiene la cuerda de la esperanza (1). ¡Cuánta derramó, sin embargo, la revolución en su tránsito borrascoso! ¡Cuánta ha realizado después en la calma serena de sus triunfos!

Las revoluciones, es cierto, consumen mucha actividad como devora la epilepsia el vigor del organismo humano; pero dejad que los sueños y espejismos se desvanezcan; dejad que la convalecencia del enfermo pase y tras ella las fuerzas se recobren; esperad que el mar agitado cambie el furor de sus pérdidas ondas en tranquilo y manso oleaje; esperad que el naufrago salga libre, aun cuando por su vida preciosa se haya temido, y entonces los pesares de la actividad agotada, los desfallecimientos del convaleciente, el terror de la tempestad, las experiencias tristes y luctuosas, en fin, servirán de incentivo creciente á nuevas luchas, de estímulo á otras empresas, de fortalecimiento á las logradas, de esperanza á las que nuestro ideal mantiene en la abrasada fantasía. Se han pasado los escollos y los arenales y se han cobrado nuevas energías. El globo oscila magistralmente entre sus amarras, y ya en él ha penetrado el impalpable hidrógeno: en su barquilla está el intrépido aeronauta; cortemos la resistencia que aprisiona su audacia en la tierra, y libre, surcando el infinito espacio, se rasgarán á su ascensión sublime las negruzcas túnicas que navegan en nuestros cielos, entrará en las regiones inexploradas por el miedo y contemplará de cerca al astro refulgente. ¡Dejémosle, que vá en su pecho la esperanza!

Nuestra revolución fabricó el globo; nuestras ansias y anhelos rompieron los lazos que al suelo mísero le sujetaban; aún flota y camina en la atmósfera y su término no ha llegado. Detrás de su eterna carrera dejó sus víctimas y nos dá sus triunfos.

Aquellas hunden sus frentes en el polvo y éstos se muestran en todos los ramos de la ciencia, de las letras y de la política.

La literatura desde el 68 trae en su seno el espíritu de libertad, amplio en las ideas, original y militante en su fondo. A él responden nuestros poetas y dramaturgos; de él son predilectos hijos Ayala y Echegaray, Campoamor y Nuñez de Arce, Valera y Alarcón; con él viven Perez Galdos y la brillante pléyade que, desde la novela, la crítica, la poesía y el periodismo dan á nuestra patria gloriosos días de adelanto, de fe inextinguible, de amor sincero á la cultura de las letras.

Aquel nuevo espíritu, mejor que en otro alguno, se ha sintetizado en el excelente juicio que el Sr. Nuñez de Arce ha formado de lo que debe ser la poesía en nuestros tiempos, conforme con las ideas de Mad. Stael y Bonald.

«La poesía, dice nuestro gran poeta, para ser grande y apreciada debe pensar y sentir, reflejar

las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como el pájaro en la selva, extraño á cuanto le rodea, y siempre lo mismo.»

«Lo que censura es el carácter general de nuestra poesía, ó mejor dicho, el predominio que ejercen en ella por la fuerza de la rutina ó porque es más fácil dilatar el vuelo por los mundos brillantes de la imaginación que descender á los oscuros, y muchas veces dolorosos abismos de la reflexión; inspiraciones indeterminadas, sin pensamiento ni alcance que nada dicen ni á ninguna parte van llenas de galas y adornos, como esas pobres doncellas muertas á quienes se atavía y corona de flores para conducir las al camposanto.»

Y de igual suerte, Campoamor, en el originalísimo prólogo á los *Pequeños Poemas*, dice: «No desviar la poesía y rejuvenecer la prosa es condenar á los poetas á que sigan escribiendo libros que no se entienden y á los prosadores obras que nada valen. La afectación ha perdido á Cienfuegos en la poesía y el mismo defecto ha deslucido á Solís en la prosa. *Democratizar mucho la poesía* y aristocratizar un poco más la prosa es un trabajo digno de alguno de los escritores que nos sucedan y que tenga bastante fuerza para palanquear el idioma, volviendo lo de arriba abajo, haciendo que la *poesía no se desdrene de descender hasta el pueblo...* Echemos por la ventana las flores de trapo con que se adorna la poesía...»

Este carácter expresivo, democrático y popular que han dado los hijos de la revolución á la literatura, se halla también en el teatro de nuestro inmortal Ayala. En él viven, la sutil codicia, mostrando la profunda llaga del usurario interés, y las víctimas de su infame pasión; allí, palpitan la vanidad de la mujer amada creándose la *espantosa soledad* que su liviana conducta ha merecido; el vicio del egoísta erigido en vil apostolado, que se revuelve como implacable Providencia en contra de sí mismo, por la astucia del ingrato discípulo; y todo esto, vestido con el traje que nuestra sociedad usa para sus infamias; el cortesano disimulo, la sencillez aparente, la hipocresía estudiada; encarnado en nuestros propios cuerpos y en nuestros hábitos y costumbres.

Continuamente se percibe en nuestra literatura contemporánea ese cambio, por el que aquellos poetas se sacrifican, y al que han contribuido con poder innegable los nuevos conceptos que arrojó á la luz, la mutación rápida de Setiembre.

Y en literatura política, en la elocuencia parlamentaria, cuyo esplendor ha logrado pasar los límites de lo humano, para convertir en dioses á nuestros oradores; en el periódico en fin, ¡cuántos y qué grandes han sido sus triunfos y progresos desde aquella memorable fecha!

Hasta que la libertad de imprenta aseguró en España la vida del periódico, no han sido accesibles ni á la enseñanza ni á la educación nuestras ínfimas clases. ¡Desde entonces la propaganda y el trabajo han sido incansables, la publicidad extensísima, y todo en beneficio de esa democracia por cuyo exterminio tantas veces se inquietaron las reacciones; todo en provecho de la popularización de las ciencias y de las letras; en auxilio de aquel deseo de la poesía, de la novela y del teatro.

Pero antes que comencemos el examen brevísimo de nuestro presente, y nuestras líneas se encaminen á la actualidad, viendo en sucesos recientes la suerte ó la desgracia nuestra, por cuanto se relaciona con nosotros mismos y es observación que ha querido usarse como argumento poderoso contra la libertad, debemos refutar un concepto equivocado.

Se ha repetido con exageración, por los partidarios de esa tranquilidad olímpica, cuya misión no es otra que contemplar el arte, como Tales el cielo: «¡Noramala, los amantes de la libertad política. ¿Qué tienen de comun las letras con las revoluciones? Precisamente, se demuestra que el florecimiento de las artes, el brillo y lucidez de la literatura, han correspondido á los períodos del absolutismo político, de la intransigencia religiosa. Mejor se han producido las bellas letras en las Restauraciones, que en las épocas revolucionarias.»

Muchos han sido los ejemplos que se han arrojado á la historia, para dar con los hechos testimonio y vigor á aquella creencia. No hemos de refutarlos todos, porque fuera tarea interminable y difusa repetir idénticas razones.

Las letras en el país vecino; el momento más brillante de ellas; el período más espléndido de sus géneos, se ha dicho, fueron los años de la Restauración. La procedencia de aquellos literatos era realista, llegaban de Coblenza de la emigración ó del destierro, sustentados en el manantial de las doctrinas anejas del antiguo régimen. ¡Qué diferencia tan notable entre la revolución y la restauración!

En aquella, las letras navegando entre las pasiones monstruosas del terror, sirviendo en la tribuna, en el teatro, en la poesía y en el periódico, los destinos de la desentrenada demagogia. En esta, el entusiasmo de las nuevas generaciones, la fecundidad, el gusto exquisito, la imaginación... sirviendo al porvenir del arte y nada más que el arte.

E. GOMEZ ORTIZ.

(1) Prefacio, pág. 9.—*Gritos del combate*.

PROYECTO DE INMIGRACION NACIONAL
PARA LA ISLA DE CUBA.

La principal riqueza de un país, tanto por su situación geográfica como por la feracidad de su suelo, se cifra en su población.

La fuerza numérica de ésta, como su energía y condiciones de laboriosidad, son, con sus aptitudes generales, factores de la riqueza pública de una nación.

Por espléndida que la naturaleza se muestre, prodigándole sus dones, poco será un pueblo, si en su seno no se desarrolla una población, que aprovechando esos imponderables beneficios, los emplee y haga servir en provecho de la civilización, en cuyos fines se funda el bienestar de las sociedades.

El hombre es el primer signo de valor de un pueblo. Y así como sembrando en terreno fértil buena semilla, no se duda del éxito, no debe dársele tampoco de las ventajas que á la Isla de Cuba reportará la colonización libre fundada en el trabajo, y la utilidad recíproca del inmigrante y del pueblo que aprovecha sus esfuerzos.

Veamos y analicemos los medios de llevar á cabo este proyecto.

La Isla de Cuba en 1882 no es la misma que en 1867.

Los acontecimientos de estos últimos quince años han demostrado al mundo su valer, así como á la nación su importancia bajo todos conceptos.

La guerra, que cesara al cabo de diez años de lucha, y que intentó revivir nuevamente al poco tiempo de hecha la paz, no tiene ya razón de ser, dado el propósito de plantear definitivamente las reformas.

Entra el país de lleno en una nueva vía, y su organización social, como su arreglo económico, exigen el planteamiento de un nuevo orden de cosas que venga á suscribir el pasado.

Urge, en obsequio á los intereses materiales, como en defensa del porvenir del país (atendidas altas consideraciones sociales), fomentar por todos los medios posibles la población blanca, dando la preferencia á la nacional, porque un país como Cuba, compuesto de tan heterogéneos elementos, para alcanzar mejores destinos, necesita la asimilación de progresos constantes que lo pongan al nivel, como miembro importantísimo que es, de la gran familia española.

Consecuencia de la esclavitud es el *patronato*: paso prudente, que no ha resuelto la cuestión de *brazos*, base de la producción en que descansa la riqueza de la Isla.

Y el plazo vá á cumplirse. El trabajo reglamentado imperfectamente por la ley de patronato, habrá de convertirse en trabajo libre.

Cuantos conocen el país y saben que su riqueza se funda en la agricultura, están bien convencidos de la decadencia inevitable que ha de tener la producción, si no se atiende, en tiempo oportuno, á los medios de procurar trabajadores que contrapesen la merma de brazos, que ya viene dejándose sentir y que al mismo tiempo con sus esfuerzos vayan enriqueciendo el suelo para aumentar la producción de que depende el bienestar general.

Es de necesidad imprescindible la colonización, y solo se coloniza con inmigrantes, que afluyen donde encuentran garantías, y ven la conveniencia de hacerse propietarios.

Hay que traer al país familias con que colonizarlo, repartiéndoles tierras, ya del Estado ó de particulares, á fin de interesarles en el tomento de la producción. En una palabra: hay que convertirles en factor de la riqueza del país.

—¿Qué clase de colonos convienen, y en qué condiciones vendrían á Cuba?
Tal es el objeto del proyecto.

Principales productos que consumen los mercados extranjeros son el *azúcar* y el *tabaco* cubanos, cuya exportación rinde millones de beneficio.

La agricultura es la primer fuente de producción, cuyo desarrollo y fomento merecen perfecto y detenido estudio.

La nueva faz del trabajo, que trae consigo la extinción del *patronato*, hace necesarias reformas agrícolas é industriales.

Es una verdad que hay que producir mucho y barato para vencer la competencia; y para esto se necesitan brazos que no cuesten caro.

El trabajo requiere brazos, y estos no son posibles ya ni convenientes si no proceden de una inmigración en condiciones especiales. Es preciso que la que venga á colonizar sea idéntica y asimilable al país, para que haya entre él y el elemento colonizador mútuas garantías de prosperidad y orden.

De ahí que no deba pensarse en otra inmigración que la de *raza blanca*, prefiriendo desde luego la nacional.

La inmigración es necesaria y de urgente conveniencia. Si hasta ahora no vino en la cantidad que debiera, fué por las condiciones desventajosas en que se trajeron los primeros trabajadores que no llegaron á ver realizadas sus esperanzas; y por esta razón no pudo continuar la corriente de inmigración, porque nadie vá á un país sino con miras de prosperar ó hacerse rico, y con mayor facilidad lo harían si supieran que ha de ser suyo propio el terreno que cultivan y que la libre acción

de su actividad está garantida por la libertad de trabajo

Arroja la Estadística en demostración inflexible, con cifra numérica, un cálculo curioso.

La producción viene casi duplicándose por décadas; y de treinta años á esta parte, ha aumentado considerablemente.

Unos 21 631 948 pesos fuertes era el valor de los frutos exportados por las Aduanas de Cuba en 1850, siendo el total de población por entonces unos 973 743 habitantes.

En 1860, con una población de 1.189.429 habitantes, llegó á producir 42.203.005 de pesos, es á saber: que un aumento de 215 686 habitantes, hizo subir la riqueza á 20.571 057 más.

Diez y siete años después, ó sea en 1877, con una población de 1 434 747, se elevó la riqueza de exportación á 66 836 204, cuya diferencia en el tiempo transcurrido es de 24 633 199. Que unida con la de los diez años anteriores, resulta un aumento de 45.204.256 pesos en esos veintisiete años.

Positivamente una décima parte ó ménos de los habitantes de Cuba, es la que trabaja en los campos, y la que realmente produce más en relación á las que se encuentran en las poblaciones.

Colonos con familias son los que se necesitan en Cuba, precioso elemento de progreso moral y material para la población, gente trabajadora que produzca, siendo necesarios, además, todos los individuos que, ejerciendo un arte ó profesión, estén dispuestos á venir al país.

No hablemos de las razas inferiores como elemento de colonización, porque ya su ineficacia está históricamente probada.

La familia africana que se ha mezclado á la base social del país, sólo en las impuestas condiciones de esclavitud, pudo haber sido admisible. Hoy no es lógico ni razonable pensar en importarla de nuevo. Sería un crimen social africanizar á Cuba.

La gente asiática tampoco es apropiada. La experiencia enseña que no es el campo su afición, sino que absorbe las pequeñas industrias en los pueblos, siendo elemento *infusible*, como se halla prácticamente demostrado. Desde el año 1847, que llegó la primera expedición asiática, á la fecha, podrán haber ingresado en el país unos 150.000. Hoy la estadística acusa la cifra de 47.116 en toda la Isla.

Raza blanca, que venga á fundirse, raza semejante á la que domina; ese es el elemento necesario, con el cual el país desarrollará su riqueza, afianzándola de una manera estable. Por eso es preferible la raza española de cualesquiera provincias que viniere, y es necesario atraerla por medio de las ventajas que el país puede proporcionarle.

De ahí que optemos por las familias agricultoras de la Península é islas adyacentes.

Las labores del campo, á que muchas de ellas están habituadas, las hacen preferibles á otras, siendo convenientes además por sus condiciones de sobriedad y amor al trabajo.

Esta inmigración es la que conviene; y para atraerla es menester comenzar por facilitarle *gratis* el transporte á Cuba.

Para pagar el pasaje á los emigrantes es necesario crear un subsidio de un 8 ó 10 por 100 sobre los derechos de importación, calculando que ese tanto por ciento puede producir un *millon* de pesos anuales.

Con esta cantidad se les puede pagar el pasaje á 50 ó 60 000 individuos á razón de pesos fuertes 20 por cada adulto, pesos fuertes 10 á los de 7 á 12 años y pesos fuertes 5 á los niños de 1 á 6. Tales precios de pasaje son los corrientes en la actualidad para los trabajadores.

En estos diez años, después de establecido el sistema indicado, se habrán gastado pesos fuertes 10.000.000: pero los beneficios que traerá al país el recargo de ese impuesto transitorio, es de gran consideración y altamente reproductivo por todos conceptos.

La estadística arroja una cifra menor de 150 000 agricultores que producen pesos fuertes 66 000 000 de frutos exportados, haciendo caso omiso de la producción que el país consume y dando por sentado además que sean una verdad los datos oficiales á que hacemos referencia.

Pues bien: suponiendo que de los 50 ó 60.000 inmigrantes, que anualmente vengan á Cuba con objeto de dedicarse al campo, solo una cuarta parte lo efectúe, dará por resultado en once años que el país habrá aumentado su riqueza en la enorme cifra de pesos fuertes 363.000.000 como se verá por el siguiente estado:

Años.	Inmigrantes.	Agricultores.	Por 100.	Valor de la exportación.
				PESOS.
1	60.000	15.000	00
2	60.000	15.000	10	6.600.000
3	60.000	15.000	20	13.200.000
4	60.000	15.000	30	19.800.000
5	60.000	15.000	40	26.400.000
6	60.000	15.000	50	33.000.000
7	60.000	15.000	60	39.600.000
8	60.000	15.000	70	46.200.000
9	60.000	15.000	80	52.800.000
10	60.000	15.000	90	59.400.000
11	60.000	15.000	100	66.000.000
	600.000	150.000		363.000.000

Por el cuadro que antecede se vé que habrá un aumento en la población de Cuba de 500 ó 600.000 individuos; de los que, 150 000 solamente, que se dediquen á las faenas rurales, habrán producido en 11 años la suma acumulada de 363.000.000 de pesos.

Puede asegurarse que no exajeran estos números, y como prueba, baste considerar que hoy la isla de Cuba, capaz de alimentar una población de diez ó doce millones de habitantes en sus tierras, sólo podrá contar con unos doce habitantes por kilómetro cuadrado de superficie; mientras que Inglaterra, sin el principado de Gales, con un territorio casi igual, tiene hoy 187 habitantes por kilómetro cuadrado.

El Estado, creando ese recurso para pagar el pasaje á esos 600 000 inmigrantes que se pretenden vengan en diez años, habrá satisfecho pesos fuertes 10.000 000 á razón de un millon por año. Pero los derechos de exportación de esta nueva riqueza, creada por esos agricultores, tomando también por base los datos oficiales, ascenderán en once años á pesos fuertes 33.000.000, como se demuestra en el siguiente cuadro:

El valor de la producción exportable actualmente es de 63 000 000, que dá una renta de exportación de 6.000.000 anuales próximamente.

Años.	Inmigrantes.	Colonos.	Por 100.	Derechos de la exportación.
				PESOS.
1	60.000	15.000
2	60.000	15.000	10	600.000
3	60.000	15.000	20	1.200.000
4	60.000	15.000	30	1.800.000
5	60.000	15.000	40	2.400.000
6	60.000	15.000	50	3.000.000
7	60.000	15.000	60	3.600.000
8	60.000	15.000	70	4.200.000
9	60.000	15.000	80	4.800.000
10	60.000	15.000	90	5.400.000
11	60.000	15.000	100	6.000.000

En once años ha producido la exportación Pesos fuertes..... 33.000.000.

Pero aún hay más. No es este solamente el beneficio que el Estado ha de recibir en los *once años* de la nueva producción que se ha calculado; porque al lado de esa *renta de exportación* se halla la no ménos valiosa de *derechos de importación*, sobre los artículos que esta nueva población productora haya de consumir en esos mismos años.

Por la siguiente proporción se verá que en *once años* la renta de derechos de importación acumulados, habrá producido un aumento de pesos fuertes 33 000 000 tomando por tipo el consumo que hace el 1.400.000 habitantes con el que hará anualmente el mayor número de población.

Actualmente, con una población de 1.400 000 se recaudan por derechos de importación próximamente unos 12.000.000.

Años.	Colonos.	Derechos aproximados de importación.
1	60.000 Pesos fuertes. 500.000
2	120.000 » 1.000.000
3	180.000 » 1.500.000
4	240.000 » 2.000.000
5	300.000 » 2.500.000
6	360.000 » 3.000.000
7	420.000 » 3.500.000
8	480.000 » 4.000.000
9	540.000 » 4.500.000
10	600.000 » 5.000.000
11 » 5.500.000

Valor de los derechos de importación Pesos fuertes..... 33.000.000.

Este cálculo es inferior indudablemente á lo que producirá la renta de importación, si se tiene en cuenta que este número de trabajadores, comparado con el actual número de habitantes, creará una riqueza igual á la que actualmente se produce y cuya comparación es digna de ser apreciada.

Tampoco se pretende estimar la cantidad á que ascenderán las nuevas contribuciones que han de imponerse á la riqueza por crear, lo mismo en fincas rústicas urbanas, que industrias y otras.

Para realizar este proyecto es necesario que la inmigración sea una verdad, y esto se consigue, como ya hemos dicho, trayéndola *gratis*, y asegurando un porvenir á los colonos agricultores.

Para llevar esto á cabo, se hace indispensable la creación de una gran Junta Protectora de la inmigración agrícola, compuesta de dos individuos de cada provincia, por lo ménos, á fin de que todas ellas estén representadas debidamente; y á su vez, esa misma Junta nombrará agentes en la Península é islas Canarias y Baleares, los cuales darán á conocer, por todos los medios, incluyendo la prensa periódica, las grandes ventajas que se ofrece á todas las familias agricultoras y artesanas que quieran emigrar.

Penetradas éstas de las ventajas positivas que Cuba les brinda sobre otros países, preferirán desde luego venir á la Isla, bajo el mismo Gobierno, y en el seno de la misma familia, donde hallan las mismas costumbres y hablan la lengua española, á emigrar al extranjero, expuestos á inciertas pro-

mesas, que pocas veces se cumplen, para correr eventualidades, siendo la más positiva la pérdida de la nacionalidad.

La emigración española que anualmente se reparte en las Repúblicas del Sur América y México, debió haber venido á Cuba hace mucho tiempo, si no hubiera sido por las condiciones del trabajo esclavo; por la escasa remuneración que obtenían sus esfuerzos y el temor á la ley de quintas.

En los últimos periódicos de Buenos Aires hemos visto que había en esa república 210.000 españoles en el año 1880.

Por lo ménos, otro número igual debe estar distribuido en las demás repúblicas del Sur América, sin contar á México, donde el número de ellos es bastante crecido. No es de olvidarse tampoco los que emigran á las costas de Africa arrojando todo género de penalidades á trueque de bien escaso beneficio, como los que en Orán se emplean en las más rudas faenas.

Hoy mismo, despues de los tristes sucesos de Orán, han vuelto á la Península millares de familias acostumbradas á las labores del campo en aquel clima riguroso, las cuales pudieran traerse á Cuba, por ser gente aclimatada ya, y á propósito para el trabajo agrícola, siendo fácil atraerlas, porque quizá muchas de ellas no hayan fijado aún su residencia.

Si esto se consiguiera, el país les proporcionaría el bienestar que allí no lograron, teniendo que huir del suelo que enriquecieron con su trabajo.

Lo mismo resultará con los emigrados españoles que se encuentran en la América del Sur, en la peor situación, los cuales podrían ser reembarcados con destino á Cuba, ya que allí no vieron cumplidas las promesas que les hicieron, y de esemodo corresponderíamos al deseo por ellos manifestado de dejar aquellos países de donde no pueden salir por falta de recursos.

Una de las causas por las que el emigrado no se dirige á Cuba, es la ley de quintas de que se vé libre en aquellas repúblicas. Las familias en general prefieren marcharse al extranjero, á riesgo de todo, á tener que desprenderse de cualquiera de sus miembros, que les arranca el servicio de las armas.

El Gobierno debería pensar que ántes de perder ciudadanos, que huyen de ser soldados para ir á enriquecer otros países con su trabajo, es preferible otorgarles liberales concesiones á cuantos vengan á Cuba á aumentar la población blanca y la riqueza del país; no obligándoles á retornar á la Península, despues de estar aquí establecidos, para cumplir allí el tiempo de servicio.

Muchos jóvenes suelen marcharse á New-York, perdiendo su estado civil, al saber que se les reclama como quintos, y así pierde la nación el auxilio de muchos de sus hijos, que tan útiles servicios prestarían en estas provincias.

Si se dejara sin efecto en Cuba el sistema de *requisitorias de quintos*, la mayor parte de la masa emigradora vendría al país, pudiendo aquí prestar ese servicio como *milicia provincial* dentro del punto de su residencia. Así daría por resultado que el presupuesto de Guerra costaría mucho ménos desde el momento en que no fuese necesario un ejército numeroso. Además, esta institución prestaría al país confianza, porque siendo propietaria, es la primera y más interesada en conservar el orden. Recomendamos al Gobierno el estudio de cuestion tan importante.

Ese millon de pesos distribuido entre un millon cuatrocientos mil habitantes que hay en la Isla, apenas sobrecarga los derechos de importacion, pues sólo le corresponde á cada habitante á razon de 70 centavos oro en el reparto indirecto de que hablamos.

Pero hay un modo de que esto no sea gravoso á los efectos importados, si se consiguiera del Gobierno el plan de trasladar la Machina del sitio donde ha estado á otro lugar, dejando ese espacio destinado á muelles de atraque para los vapores de travesía con el fin de hacer sus operaciones de trasbordo tanto de carga como de pasajeros, con lo que se economizaría el 15, 20 y 30 por 100 que por descarga aumentan los fletes de esos mismos vapores, cuyos costos ascienden próximamente á pesos fuertes 1.000.000 anuales. Esta economía compensaría el recargo del subsidio indicado.

A los inmigrantes se les facilitarían además los recursos de subsistencia hasta establecerlos en debida forma y perfecta propiedad del terreno que necesiten para el cultivo y elijan para su residencia.

Si fuese conveniente establecer un *ingenio central* en cada zona, la junta deberá ser la que establezca las fábricas y maquinarias, así como todo lo necesario, quedando facultada á contratar y disponer hasta la realizacion del proyecto.

Será también al mismo tiempo una de las atribuciones de la Junta, el reparto equitativo de los terrenos entre los colonos, como facilitarles los medios indicados para fabricar sus viviendas y darles aperos de labranza y demás recursos de subsistencia hasta que comience la producción de sus fincas. La Junta llevará cuenta cargando á cada uno los gastos del anticipo.

En tales condiciones, es positivo que vendran trabajadores al país, contando con esta proteccion que les asegura la propiedad de las tierras que cultivan. El interés particular de cada cual ha de hacer que se eleve progresivamente su valor por el continuo esfuerzo de un trabajo asiduo é interesado.

Si ántes no han venido trabajadores, ha sido por las circunstancias indicadas; hoy ya varían. Las condiciones del trabajo tienen que ser distintas, y urge prepararse para un cambio que, tanto política como económicamente, tiene que influir en los destinos de este país.

Para realizar este proyecto en debida forma, es necesario levantar empréstitos de las cantidades que se vayan necesitando, amortizables en cincuenta años y garantizados por el Gobierno, con el objeto de facilitar á los inmigrantes los recursos para realizar la colonizacion.

Este empréstito obtendrá un interés de 6 por 100 anual y un 2 por 100 más para su amortizacion.

Los colonos pagarán el 10 por 100 anual en la forma siguiente:

6 por 100 para el interés.

2 por 100 para amortizacion.

1 por 100 para los siniestros que puedan ocurrir entre ellos y,

1 por 100 para todos los gastos que tenga la Junta, como serán: los estudios que hagan los ingenieros agrónomos para escoger los terrenos; gastos de propaganda y agencia en todas partes donde convenga fomentar la emigracion; y por último, los que traiga el establecimiento de un Banco Agrícola para depositar el empréstito.

La responsabilidad que se ofrece á los prestamistas para llevar á cabo el empréstito, además de la garantía que el Gobierno debe ofrecer, será la inmensa riqueza que habrán de crear los colonos al fundar poblaciones, ingenios centrales y otras varias clases de fincas; no siendo ménos importante la del mejoramiento del terreno que ha de aumentar su valor considerablemente, con notable superioridad al capital empleado.

Toda esta riqueza que se crea, quedará afectada mancomunadamente al pago del empréstito hasta su cancelacion.

Con estas garantías puede realizarse fácilmente, y el Gobierno no debe vacilar en prestar su apoyo, cuando tiene en su abono la riqueza inmensa que ha de crearse, así como, llevado á efecto, ha de percibir grandes utilidades.

Realizado ese empréstito, la Junta protectora de la colonizacion es la que debe llevar á efecto este proyecto, siendo la encargada de dirigirlo.

Como de todas las provincias españolas han de afluir inmigrantes, estos tendrán confianza plena en sus paisanos que forman parte de la Junta, los cuales deberán ser los encargados de dirigirlos, al mismo tiempo que eso despierta la emulacion entre todos los de las demás provincias.

Los terrenos baldíos que posee el Gobierno y que hoy carecen de valor, deben cederse gratis á la Junta.

Pudiera oponerse que el Gobierno no posee tierras en Cuba para cederlas á los colonos, y sobre eso se puede asegurar que el Estado posee en Cuba gran número de caballerías de tierra en lugares ventajosos por su situacion topográfica, por su proximidad á las costas, por la inmediacion á los rios y otras circunstancias favorables. No es aventurado exponer aquí que la Isla de Cuba apenas se conoce. Sin hablar de terrenos realengos famosos como los de Baracoa, muchos del Camagüey, Santa Clara y Pinar del Rio, de que debe tener noticia el Gobierno, una investigacion de personas competentes, que no faltan en el país, evidenciaría que no hay obstáculos para conseguirlos.

No debe olvidarse tampoco que muchos propietarios de las inmensas zonas de terrenos hoy improductivos, son los que saldrán inmediatamente á ofrecerlos al colono, y si todo esto no bastase al reparto que debe hacerse á los inmigrantes, pueden adquirirse por su valor actual, haciendo uso de la ley de expropiacion forzosa si fuese necesario. Mision importante del Gobierno debe ser el estudio de los puntos donde han de establecerse las colonias; procurando formar desde luego una red estratégica que imposibilite el intento de cualquier insurreccion; teniendo en cuenta además la proximidad al ferro-carril Central que se proyecta y que pronto será un hecho, con el objeto de que pueda hallarse en perfecta comunicacion con toda la Isla y de conducir fácilmente los frutos á los puertos de la costa por medio de los ramales que haya de establecer aquella empresa.

En esa zona no se establecerán solamente los colonos agricultores, sino que unidos á ellos y áun de la misma familia, vendrán artesanos, industriales y comerciantes á enriquecer y fomentar poblaciones.

Para la organizacion de todas estas colonias, la Junta estudiará el medio mejor de hacer un Reglamento apropiado, cuyas bases generales sean aplicables á cada una de ellas.

Este proyecto es susceptible con mejor estudio, por parte de los individuos que proponga la Junta, de modificarse, sin perder de vista el punto importante y trascendental de la subdivision de la propiedad, que es la que afianzará el orden y la paz en Cuba. Además, puede servir de base á los actuales poseedores de fincas cuando llegue la extincion del *patronato* para reorganizar el trabajo, pero siempre sobre la base del reparto de terreno en la forma indicada, de pagar en cincuenta años, con el 6 por 100 de interés y 2 por 100 de amortizacion, ó bien á censo.

Llamamos la atencion de los hacendados de esta isla acerca del resultado reciente que han sufrido los de Puerto-Rico despues de la abolicion de la esclavitud llevada á cabo en 1873. En esta fecha contaba esta isla con 553 ingenios, que produ-

cian sobre 100 000 toneladas de azúcar que se exportaba, cuyo valor enriquecía la isla, gozando de bienestar sus habitantes.

Siete años despues, aquellas florecientes fincas quedaban reducidas á 325, por falta de trabajadores, y viven hoy lánguidamente, las que quedan existentes, cubriendo apenas sus productos los costos de cultivo y elaboracion.

La produccion actual ha quedado reducida á 60.000 toneladas, habiéndose perdido un 40 por 100 de esa riqueza.

Si los dueños de esas fincas destruidas, hubieran comprendido á tiempo sus intereses y hubieran cedido á censo los terrenos, repartiéndolos equitativamente entre las familias libres, á condicion de seguir sembrándolos de caña, la que ellos comprarían al precio corriente, de seguro que les habrían faltado trabajadores, continuando la industria azucarera, cuyos beneficios seguirían utilizando.

El hacendado, al ceder sus terrenos á tributo, no tiene que atender á los gastos de la dotacion, contribuyendo esta economía á compensar la menor produccion.

Aunque este sistema hubiera producido ménos beneficio, siempre sería mucho mejor que el abandono completo de las fincas por falta de trabajadores. Brazos no faltan en Puerto-Rico; lo que falta es estímulo y recompensa al trabajo agrícola. Los jornales no satisfacen al bracero, que prefiere dedicarse á cualquier otra faena, que, por poco que les produzca, no es tan dura. Pero si acogieran el trabajo del campo con gusto si supieran que era suyo el terreno que cultivan, y donde tendrían sus familias en casas propias. Esta economía les haría constantes en el trabajo, radicándose por fin sin tener que cambiar de domicilio.

Para atajar el mal que pesa sobre la isla hermana, aquellos hacendados tratan de formar sociedades cooperativas en distintas zonas, con auxilio de capitales extranjeros, para establecer factorías centrales con todos los adelantos modernos, que hagan abaratar la fabricacion del azúcar. Ese ejemplo puede servir de leccion oportuna á los hacendados de Cuba.

La idea del proyecto es también indicar una forma fácil, para que los actuales dueños de ingenios puedan continuar explotando sus fincas, aún despues de cesar el patronato, por medio del reparto del terreno.

Vean nuestros hacendados el producto líquido que les dejan sus fincas hoy, y compárenlo con el que puede dejarle el sistema indicado. La diferencia debe ser insignificante.

Por este medio quedarán garantizadas las fortunas creadas, variando solo el sistema actual, que será el de dedicarse los propietarios á la industria azucarera, y dejando al agricultor el beneficio del cultivo de la caña. Ese sistema producirá una economía en la refaccion, que vendrá á compensar el menor resultado que den las zafras sucesivas.

Es menester que la colonizacion sea una verdad; que se pueblen los campos, que la tierra produzca, y que brote la riqueza con brazos propietarios, dándose nueva organizacion al trabajo, subdividiendo la propiedad y atrayendo con seguridades positivas al inmigrante que venga á enriquecer el país, al mismo tiempo que obtiene para sí y su familia verdadera recompensa á su trabajo.

Inútil es decir que esta proteccion se concede también á todas las familias residentes en el país que deseen acogerse á los beneficios otorgados á la inmigracion.

Resumiendo: este proyecto es eminentemente práctico, y tiende exclusivamente á promover la inmigracion nacional, ejerciendo el bien en aquellas familias necesitadas que se acojan á él, y con la inmigracion fomentar la riqueza del país, el bienestar general y las rentas públicas.

Además, reporta al Estado grandes economías; una de ellas podría ser la menor ó ninguna subvencion que se concediera al ferro-carril Central, si las Empresas que concurren á la subasta tienen en cuenta el gran movimiento que ha de tener esa línea y que ha de producir fabulosos resultados.

En la cuestion política puede asegurarse que la subdivision de la propiedad garantizará la paz de Cuba.

Puede resolver convenientemente la cuestion social en lo que se refiere al trabajo agrícola, de un modo equitativo para patronos y patrocinados.

Y por último, respeta y defiende los intereses creados, no perjudicando en nada lo existente.

Acójalo quien pueda realizarlo, y merecerá bien de los hombres de buena voluntad que quieren Patria, Paz y Union.

JOSE CURBELO.

APUNTES SOBRE EL SUICIDIO.

I

El problema que tanto preocupaba al génio de la literatura inglesa, fué discutido por los filósofos de todos los tiempos, por los poetas de todos los pueblos y por aquellos para quienes la sociedad es un inmenso campo donde la escrutadora mirada del sábio escéptico, solo descubre restos de lo que fué y algo que siente, piensa y quiere, pero con alma finita; tan finita como el polvo que pisa-

mos. El filósofo, pretendiendo conocer la esencia de cuanto existe, concluye sus fundamentales investigaciones declarándose incapaz de conocerse á sí mismo. El poeta compadece, no condena; por eso el suicidio es para él un crimen ó una virtud: si lo primero, pide á su lira tristes acentos que conmueven, pero que no persuaden; si lo segundo, ensalza, como Schiller, la grandeza del alma que se rebela contra el Omnipotente. El sábio materialista, vé, lo que para él es finito, falto de luz, de vida y de grandeza; y no concibe al Dios que, siendo la eterna luz del cielo, presta movimiento á los mundos y á los soles, inmensidad al espacio y pensamiento al hombre! El suicidio no es para el escéptico un acto de la libre voluntad del hombre, porque éste, sometido á las pasiones, obedece á leyes fatales. Este principio, absurdo en la ciencia, niega la libertad humana, sentimiento, á nuestro juicio, inexplicable porque es divino, y como tal, muy superior á las añejas teorías de los filósofos, que, fundando en una fé mal entendida los principios de su *evangelio*, niegan la existencia de la luz que todos vemos y del progreso eterno é indefinido que es la vida de la ciencia.

No divaguemos. Proponémosnos al escribir este modesto artículo, decir algo del *sublime de mala voluntad*. Algunos estéticos modernos, poetas que ejercieron en la literatura general una influencia que aun no podemos definir, defienden en sus obras una teoría rechazada por la Religión, por la dignidad y por la ciencia. Refutar esa teoría: hé aquí á lo que aspiramos. Sentimos no tener á la vista las brillantes lecciones de Calotecnica, escritas por nuestro más querido maestro, el que hoy es Catedrático en la Universidad de Valladolid, D. José Campillo y Rodríguez. Sin embargo, algún recuerdo conservamos de la doctrina explicada por tan ilustre Profesor, y los principios de esa doctrina no serán olvidados en estas páginas. ¡Ojalá que algún día podamos hacer público de una manera más elocuente, el respeto que profesamos al que será siempre nuestro amigo é inolvidable maestro!

Kant divide lo sublime en *matemático* y *dinámico*; otros escritores, y esta opinion nos parece mas fundada, dicen que lo sublime es *físico*, *intelectual* y *moral* por ser su naturaleza igual á la de lo bello. Nosotros pretendemos demostrar que la belleza moral es más sublime que cualquiera otra clase de belleza.

Cuando la virtud está contenida en límites humanos aunque dignificada por la ley de Dios; cuando la bondad de las acciones humanas no supone el empleo de una fuerza moral incontrastable; cuando la virtud no se eleva hasta el heroísmo, la belleza se manifiesta al alma sin despertar en ella ese profundo sentimiento de admiración que nos inspira esa perfecta armonía entre lo finito y lo infinito y que nos acerca á Dios por medio de sus bellezas. Pero si el hombre, sobreponiéndose, por decirlo así, á su misma naturaleza, sacrifica su vida en aras de la fé, del patriotismo ó de la ciencia y logra, en medio de obstáculos, de peligros y de dolores, triunfar sobre las inclinaciones de la materia, sobre la desesperación y sobre el sufrimiento, aquella santa armonía entre lo eterno y lo finito, entre lo real y lo ideal, entre lo humano y lo divino, alcanza un grado de belleza que solo un alma desprendida de lo terreno puede llegar á percibir en sus divinas intuiciones. Los mártires de la Religión que, despreciando torpes halagos y mundanas grandezas elevan hasta Dios su pensamiento y olvidan en el polvo de la tierra la «podrida vestidura de su carne»; los mártires del honor, grandes como el sentimiento que les priva de una efímera existencia; los mártires de la libertad, poderosos como el espíritu que les infunde un heroísmo superior al heroísmo de los hombres; los mártires del patriotismo, leales como Guzman y grandes como Régulo, y los mártires de la ciencia, que aspiraron á robar al cielo el fuego de la verdad, dicen al alma, que es verdaderamente sublime, no la grandeza del hombre que se rebela contra Dios, sino el poder del que, siendo esclavo de la divina voluntad, aspira á identificarse con la belleza absoluta.

¿Qué es el suicidio? La negación de una ley divina. Nosotros no decimos con Francisco de Moor de «Los bandidos» de Schiller. «Tengo la desesperación, luego la victoria es mía» Nosotros no vacilamos al plantear el problema que tanto preocupaba á Hamlet. Creemos que solo cuando falta en el alma todo sentimiento generoso, puede el hombre, naturalmente bueno, sucumbir ante la injusticia de la suerte, despreciar su noble origen, negar la grandeza de su destino y dudar del Dios que tiene en su mano el germen de toda vida y en su espíritu increado el infinito sentimiento de la misericordia. ¿Puede haber sublimidad en la fuerza moral del que comete un crimen? ¿No es más digno de un ánimo esforzado, valiéndonos de la expresión de Hamlet, resistir el golpe de la contraria suerte que desfallecer ante un obstáculo, muchas veces inventado por nuestra acalorada fantasía? Si lo sublime es lo que mueve en nosotros una profunda admiración hacia lo bello, y si lo bello se identifica con lo bueno y lo divino, ¿puede el mal ser compatible con esa sublimidad moral que conceptuamos como la sanción más elocuente de la verdadera libertad humana?

¿Puede el suicidio (crimen según sus mismos partidarios que hacen así palpable lo paradójico de su doctrina) ser admirable por la grandeza

moral que implica? El hombre es libre y, por tanto, responsable de sus actos; si abusa de su libertad se degrada y envilece: «por eso la grandeza del hombre como ser libre, dice don Rafael Cano, no está en abusar de su albedrío rebelándose contra Dios, porque en esto precisamente se halla su flaqueza y limitación, por la cual se degrada, sino en ascender por el buen uso y recto ejercicio de dicha facultad hacia la perfección, conformando los actos de su vida con la soberana voluntad de la sabiduría infinita.»

Tócanos ahora plantear un problema. ¿El suicida es un criminal cobarde y despreciable? Al pasar al hombre desde la idea, parece que algo que vive en nosotros nos infunde un nuevo espíritu de tolerancia muchas veces compatible con el crimen. ¿Quién pone en nuestros labios, como diría Donoso Cortés, los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién desprecia al suicida sin temor de despreciarse á sí mismo? Un mártir que lucha y muere sin que la duda turbe por un momento la fé que le conduce al sacrificio, es más digno de admiración y de respeto que el que, no pudiendo soportar las múltiples adversidades de la vida, rompe por su mano los lazos que nos unen á las locas vanidades de este mundo. Pero la fé ayuda al mártir; y el suicida solo oprime á la violencia de las pasiones, una pasión incompatible con el bien: la duda. El que, con entera confianza en lo infinito, encuentra á Dios en el placer y en la desgracia puede respetar la voz de su conciencia, el que mantiene en su espíritu, agitado por la duda, una tremenda lucha entre el dolor y la esperanza, entre un sentimiento religioso que desfallece y una pasión que triunfa, ve lo eterno y lo finito envuelto en sombra que es reflejo de la sombra de su espíritu. Por eso, si no escusamos el crimen, compadecemos al hombre, que son tan débiles los seres más perfectos de la creación, que muchas veces les anudenta el dolor, y la virtud les avergüenza.

Hay en el espíritu del hombre una inteligencia, destello de la purísima inteligencia de Dios, que tiende á confundir su luz con el eterno resplandor de la verdad absoluta, una voluntad que, rectamente dirigida, encuentra el término de sus aspiraciones en una bondad suprema é indefinida; y una sensibilidad, transparencia de la belleza material, como diría Lamartine, que aspira á una belleza eterna y, como tal, divina. Pero esas tres facultades del alma humana, sujetas, como todo lo que se relaciona con lo finito, á la ley biológica del progreso, *caminan por grados* hasta que alcanzan una perfección incompatible con la esencia de las cosas; por eso la inteligencia, la sensibilidad y la voluntad no presentan los mismos caracteres en todos los hombres, naturalmente perfectibles. De aquí que, para juzgar á un ser que ha realizado un acto, han de tenerse presentes circunstancias imprevistas que muchas veces escapan á la penetración más delicada, y ha de ser el que juzga profundo conocedor del corazón humano; y el corazón del verdadero suicida, porque hay suicidas falsos, es casi siempre incomprendible para aquellos que examinan todas las cosas á la engañosa luz de un apagado sentimiento: esta es la razón de porqué, si no excusamos el crimen, compadecemos al hombre.

Resumamos. Discutida *a priori* la teoría de Schiller, Vischer y otros escritores alemanes, la rechazamos como contraria á los principios fundamentales de la ciencia de lo bello. Afirmar que todo lo grande es bello en alto grado, tanto vale como sostener una pretendida y ridícula compatibilidad que confunde lo defectuoso con lo perfecto, lo espantoso y terrible con lo sublime, la verdad con el error, la luz con las tinieblas. La teoría del *sublime de mala voluntad*, niega la verdadera elevación moral, hace simpático el crimen y poco amable la belleza y ejerce en el arte una influencia que, transmitida á la sociedad, produce la degradación de las costumbres, y como consecuencias lógicas, pero terribles, un profundísimo trastorno en las ideas de los pueblos y una lastimosa decadencia del espíritu religioso, informador de toda ciencia y átomo de luz divina, digámoslo así, depositado en lo más hondo del corazón del hombre por la invisible mano de la Providencia.

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

JOSÉ II EN LA CÔRTE DE FRANCIA.

José II, hijo de la emperatriz de Austria María Teresa, nació el día 13 de Marzo de 1741. Su infancia había sido agitada por guerras continuas.

Su madre vió amenazado su trono por un enemigo formidable, Federico II, auxiliado por la Francia, por la Baviera, y por los contradictores de su derecho de sucesión en la misma Austria. á la muerte de su padre el emperador Carlos VI. No encontrándose segura en Viena, su capital, corrió á Presburgo á pedir protección á la nobleza de Hungría, y reuniendo en su persona el triple prestigio de la majestad, de la belleza y de la desgracia, vestida con el traje nacional, ostentando en su frente la corona de San Estéban, á su lado el sable real, su aspecto y la emoción con que arengó á la Dieta, presentando á su hijo, niño de seis meses, y presunto heredero del trono, causó en los húngaros impresión tan extraordinaria, que todos poseídos del más vehemente entusiasmo,

desenvainaron sus espadas, y gritaron: «*Moria-mur pro rege nostro María-Theresia.*»

El niño que la emperatriz sostenía en sus brazos, testigo mudo de tan frenéticas aclamaciones, fué el que más tarde, bajo el nombre de emperador José II, debía admirar á los filósofos por sus reformas liberales.

Su madre desarrolló las notables facultades de que la naturaleza había dotado á su hijo, pero éste, muy observador, veía con pena el ascendiente que ejercían en el ánimo de la emperatriz su confesor y los jesuitas, y como estos comprendían que no prevalecería su influencia en el reinado del hijo, como en el de la madre, despertaron en esta susceptibilidades y desconfianzas contra José, consiguiendo que resistiera á los deseos más vivos del joven príncipe, y que se negara á que diera pruebas de su valor en la guerra de los siete años.

José, cuyo espíritu era muy penetrante, se convenció que las relaciones de los prelados con la emperatriz eran inspiradas por intereses mundanos, y aunque se mostró hijo tierno y respetuoso, como tenía aversión á las personas que le rodeaban, se aisló, y en suma no fué feliz. Perdió también el encanto de las virtudes que atesoraba Isabel de Parma, hija del infante de España, que reinaba en este ducado, y que murió á los tres años de casada con José, como vió morir igualmente á su segunda esposa María Josefa de Baviera.

José había leído las obras de los pensadores franceses, de Voltaire, sobre todo, y se aficionó á sus doctrinas, que comenzaban entonces á agitar el mundo, á pesar de que los jesuitas rodearon la monarquía de los Habsburgo, como de un cordón sanitario, para preservarla del contagio filosófico.

Confundiéndose más en su juicio que en los consejos de otro, quiso ver todo por sus propios ojos, y emprendió numerosos viajes, visitando no solamente las diversas partes de su vasta monarquía, la Silesia, la Hungría, la Galicia, la Bukovina, etc., sino los países extranjeros, la Prusia, la Italia, la Francia, las orillas del Rhin, la Rusia y la Polonia.

Viajaba con el nombre de conde de Falkestein, de incógnito, porque la sencillez de sus costumbres, y la independencia de su carácter se avenían mal con la etiqueta española, y el formalismo tradicional que reinaba en la corte de sus parientes. La noble necesidad de su naturaleza le impulsaba á pensar, sentir y gozar como todo el mundo. Muerto su padre en 1765, fué elegido emperador, y su madre, la real viuda, siempre digna y adherida á sus deberes, vestida de luto que no abandonó hasta su muerte, proclamó co-regente á su hijo en los Estados hereditarios de Austria, por más que, muy celosa de su autoridad, los poderes del co-regente se limitaron á los negocios militares. La correspondencia auténtica que se ha publicado recientemente por M. d'Arneht entre María Teresa, y su hija más joven, María Antonieta, revela la firmeza de carácter, la inteligencia perspicaz, la experiencia consumada de la emperatriz, entonces de edad de más de cincuenta años, que resolvía todas las cuestiones. El príncipe de Kaunitz era su auxiliar inteligente y activo en el despacho de los negocios públicos.

José II, en su departamento especial, la dirección del ejército, tenía también otro auxiliar, el mariscal Lascy, que por escepcion, le inspiraba completa confianza. Pero en sus ocios seguía viajando, y en Silesia vió al héroe del siglo, á Federico II, objeto de su admiración, á pesar de los desastres que había causado al Austria, Federico, lisonjeado por la demostración de respeto del joven príncipe, cuando éste le dijo: «Por fin se ha cumplido mi voto,» le respondió con gran cordialidad: «Este día es el más bello de mi vida!» Y este no fué un vano cumplimiento, porque Federico, en una carta que escribió á Voltaire, hizo el retrato siguiente de José II. «Es un emperador como la Alemania no hatenido hace mucho tiempo. Aunque educado en la magnificencia tiene costumbres sencillas; aunque grande es modesto; aunque entusiasta por la gloria sacrifica su ambición á su deber.» En su entrevista, los dos soberanos convinieron en observar la neutralidad en el caso en que la guerra, como se esperaba, estallase entre Francia y el imperio británico. Se les vió pasear juntos del brazo, haciendo patentes los testimonios de la más perfecta armonía.

El viaje que hizo despues José II á Francia, á más de su deseo de instruirse, y de conocer á los hombres, y las cosas de su tiempo, tuvo por móvil principal la política.

Era conocida la rivalidad antigua de Francia y de Austria. El príncipe de Kaunitz, y despues el duque Choiseul, inclinaron á María Teresa, á que consintiera la union de María Antonieta con el delfín de Francia, más tarde Luis XVI, para separar á Francia de su alianza con Prusia. La altiva María Teresa no se desdendió de escribir á la marquesa de Pompadour, llamandola «Mi prima, mi hermana» y esta adulación á la favorita de Luis XV fué coronada con el éxito ambicionado. María Antonieta fué la prenda de union de las dos naciones.

La muerte de la marquesa de Pompadour, había hecho que obtuviera el favor de Luis XV la condesa de Barry, y el duque de Choiseul rehusó ser cortesano de esta dama, y la expulsión de los jesuitas en 1767, le había suscitado poderosos enemigos. Cayó del poder, lo que alarmó á María Teresa, porque el conde de Maurepas, y antes el

duque de Aiguillon, como el conde de Vergennes, ministros, jefe este último del departamento de Negocios Extranjeros, eran hostiles al partido austriaco, un instante victorioso.

Las ventajas alcanzadas por Rusia sobre Turquía aumentaron las alarmas de María Teresa y escitaron los celos de José II. Así, la idea fija de la emperatriz sobre la alianza con Francia era tan necesaria, que José II tomó la resolución de ir á Francia, para hacer á su hermana María Antonieta abogada de su propia causa, convencido de que á pesar de que Luis XVI no hacia intervenir á su esposa en los negocios públicos ésta ejercería al fin influencia en el ánimo frío y carácter tímido del rey.

José II abandonó á Viena el 1.º de Abril de 1777, siempre bajo el incógnito de conde de Falkenstein, acompañado de una comitiva de veinticuatro personas, entre las que ocupaban el primer rango los condes de Colloredo y de Coblenz.

La noticia de la llegada del Emperador de Alemania á Strasburgo habia atraído una gran multitud á las calles, deseosa de conocerle, y José, por evitar que esta curiosidad causase algun atropello, ordenó que su carruaje marchase al paso, lo que le conquistó las simpatías generales; y su gratitud, al ir á visitar á la familia de un médico y de un cirujano que en su infancia le habia curado unas viruelas, escitó las exclamaciones de los habitantes de Strasburgo.

Otro incidente acreció su popularidad. Habia llegado á una casa de postas, y el encargado de este servicio, sin conocerle, se escusó de que los caballos no estuviesen prontos, porque en aquel momento se encontraban todos ocupados en conducir á los convidados que él habia invitado, para asistir al bautizo de un hijo que su mujer habia dado á luz. El emperador se ofreció como padrino, y el padre aceptó. El prelado, para celebrar el acto, preguntó el nombre del padrino, y éste dijo: José.—¿Y el apellido, replicó el cura?—Habsburgo, respondió José.—¿Y el oficio? insistió el cura.—Emperador.—La frente del eclesiástico se cubrió de sudor y el dueño de la casa de postas se prosternó delante del monarca, dándole mil escusas. José II hizo ricos regalos á la familia de su apadrinado, y prometió no olvidar el lazo que habia contraído.

Descendió en París en el hotel del embajador de Austria, conde de Merey d'Argenteau, pero se encontraba enfermo, y José tomó una habitación en el hotel de Treville, calle de Tournon, que despues se adornó con esta enseña: «¡Al Emperador José!»

María Antonieta le esperó en Versalles, y fué recibido en el palacio con grandes demostraciones de alegría. Comia con el rey y la reina, y cenaba con toda la familia reunida.

La señora de Campan, primera dama al servicio de la reina dice que el emperador hablaba mucho, se expresaba con facilidad en francés, se chanceaba y se permitía con frecuencia críticas, y aun sarcasmos, contra las cosas á que no podía acostumbrarse, como, por ejemplo, la etiqueta y el formalismo de la corte de Francia. El rey sonreía y no respondía, la reina parecia sufrir. Por lo demás, esta princesa admiraba el juicio, el saber de su hermano; si la libertad de sus apreciaciones, su franqueza ruda algunas veces le causaba un poco de embarazo, nadie podia negar que era un príncipe verdaderamente notable.

La misma señora Campan añade que el emperador fué generalmente admirado en Francia; los sabios, los militares instruidos, los artistas célebres apreciaron la extension de sus conocimientos. Visitó todos los establecimientos públicos, los museos, las bibliotecas, los talleres; asistió á una sesión de la Academia francesa, donde d'Alembert recordó la memoria de Fenelon y aplicó el *Telémaco* al augusto viajero; á una audiencia solemne del Parlamento, en la que el abogado general Séguier le dirigió un cumplimiento tan adulator que le hizo fruncir el ceño; frecuentó los teatros y rindió homenajes con sus visitas á algunas celebridades.

Todo París hablaba del conde de Falkenstein, el pueblo le seguía por todas partes; ó le saludaba con sus aplausos. Poco cuidadoso de su grandeza, no dudaba en subir en el primer coche que encontraba en las calles y como algunas personas se admirasen, él respondió: «No me veríais más brillante en Viena, á excepcion de diez ó doce veces al año, en que estoy obligado á hacer mi oficio de emperador.»

Esta sencillez, que desagradaba á la corte, hacia las delicias del pueblo de París que se mostró más entusiasta del emperador cuando supo que habia hecho poner encima de la puerta de entrada del parque de l'Angarten, cerca de Viena, esta inscripción: «Sitio de recreo concedido á todos los hombres por el Criador.» Cuando algunos señores de su corte se quejaron un día de que no podían gozar á su gusto del paseo público del Prater, otro parque imperial, y pidieron que la entrada fuese reservada á las personas de distincion, al menos á ciertas horas, el emperador hizo esta observacion: «Si yo no quisiera ver más que á mis iguales me veria obligado á encerrarme en el panteon donde reposan mis antepasados.»

El ilustre naturalista Buffon tenia una edad muy avanzada, y se encontraba indispuerto cuando el emperador fué á visitar el Museo de Historia natural, por lo que no pudo hacerle los honores de estas magníficas colecciones, y José, que supo

la causa de su ausencia, fué á verle á su casa, y sorprendió al sabio septuagenario en traje familiar. Parece que el hermano más joven de José, el archiduque Maximiliano, no aceptó de Buffon en otro tiempo, un ejemplar de *Historia natural* que le ofreció el sabio, respondiendo á este homenaje, que no queria privarle de este libro, lo que habia herido el amor propio de Buffon, y José II, que conocia la anécdota, se apresuró á decirle: «Vengo, señor, á buscar el ejemplar de vuestro libro que mi hermano dejó olvidado.» Así reparó la falta del archiduque.

María Antonieta pidió á la direccion de la ópera que se cantase *Ifigenia en Aulide*, obra maestra de Gluck, que los alemanes consideraban, con razon, como una de sus glorias nacionales.

El emperador quiso quedar oculto en el palco; pero cuando el coro hizo oír estas palabras: *¡Cantemos, celebremos nuestra reina!* el público gritó: *¡Viva la reina! ¡Viva el emperador!* Entonces María Antonieta tomó la mano de su hermano y le atrajo con un poco de violencia á la delantera del palco, y el público, despues de aplaudirle extraordinariamente, pidió que se repitiera el coro, en medio de aplausos universales.

Otra noche asistió á la representacion del *Edipo*, de Voltaire, en la Comedia francesa. En el segundo acto de esta tragedia, la reina Yocasta hace el retrato siguiente del rey, su esposo:

*Ce roy, plus grand que sa fortune,
Dédaignait, comme vous, une pompe importune;
On ne voyait jamais marcher devant son char
D'un bataillon nombreux le fastueux rempart;
Au milieu des sujets soumis á sa puissance,
Comme il était sans crainte, il marchait sans defense;
Par l'amour de son peuple il se croyait gardé.*

La actriz, al recitar estos versos, tenia fijos sus ojos en el palco régio. El público comprendió la alusion, y aplaudió.

En los palcos, todo el mundo se levantó gritando: *¡Viva el emperador!* Se dice que José, conmovido hasta asomar á sus ojos las lágrimas, se adelantó á los primeros asientos del palco para dirigir un saludo respetuoso á sus entusiastas admiradores.

Los espíritus satíricos se permitieron comparaciones entre los que ejercian el poder en Francia y el emperador, y publicaron estos versos:

*A nos yeux, étonnés de sa implicite,
Falkenstein á montré la majesté sans faste,
Chez nous, par un honteux contraste
¿Quat il trouvé? Du faste sans majesté.*

Otro epigrama se referia á que el emperador, al asistir á una audiéncia del Parlamento, fué colocado en un tribuna con verja que se llamaba una *linterna*. Esto dió lugar al pasquin siguiente:

*Marforio.
Grand miracle, Pasquin!
¡Le soleil dans une lanterne!*

*Pasquin.
Altons donc tu me bernes!*

*Marforio.
Pour te dire vrai, tiens, Diogéne en vain
Cherchait jadis un homme, une lanterne en main,
Eh bien! á Paris, ce matin,
Il l'eut trouvé dans la lanterne.*

Es natural que todas estas maliciosas alusiones complacieran mucho á José II, que en la intemperancia de su lenguaje no favorecia ni aun á sus reales parientes, si es verdad todo lo que con este motivo refiere la señora Campan.

Sin embargo, que vivió encantado de su hermana, durante su permanencia en París, lo prueba la carta que escribió á su madre.

María Antonieta habia dicho á su madre en una carta: «Es imposible que mi hermano no haya quedado contento de la nacion francesa, porque él, que sabe examinar á los hombres, debe haber visto que, á pesar de la gran ligereza que se ha establecido, hay, sin embargo, hombres formales y de talento, y en general con un corazon excelente y mucho deseo de hacer bien.»

Y añadia despues: «Mi separacion de mi hermano me ha dado una cruel sacudida, he sufrido todo lo que es posible, y no puedo consolarme sino pensando que ha participado de mis penas. Toda la familia de aquí se ha conmovido y enternecido. Mi hermano ha observado una conducta tan perfecta con todo el mundo que se ha llevado los pesares y la admiracion de todas las clases sociales, no se le olvidará nunca. En cuanto á mí, seria bien injusta si mi dolor y el vacío que siento no me desajasen sino pesares. Nada puede pagar la felicidad de que he gozado y las muestras de amistad que me ha dado. Yo estaba bien persuadida que él no queria más que mi ventura y todos sus consejos me lo prueban, y no los olvidaré.»

José II, no contento con haber visto París y Versalles, se apresuró á visitar en Ruen, Caen y Saint Malo el puerto, los arsenales, los talleres, las fortificaciones; no se hacian los honores más que á los generales de mar y de tierra que se ponian á sus órdenes para acompañarle, él no se cuidaba más que de instruirse, y asombraba á sus guías por la multiplicidad de sus observaciones. En Burdeos se informó sobre todo del comercio de la Francia y de sus colonias. En Marsella asistió al espectáculo del navío *Caton*, que se botó al mar, y desde Lion se dirigió á Suiza para admi-

rar las bellezas pintorescas del país; despues de haber visto la caída del Rhin en Schaffouse, se dirigió á Constancia y Friburgo, fué á Inspruck y entró en el palacio imperial de Viena el 1.º de Agosto. Todo el viaje habia durado cuatro meses.

La sensacion que produjo en toda Europa, se reveló en la correspondencia de Federico el Grande con Voltaire y de Alembert. Decia al primero en 17 de Junio del 1777:

«Actualmente la política de los gaceteros está en reposo. No hay otra cuestion que la permanencia del conde de Falkenstein en París. Este joven príncipe goza de los sufragios del público, se aplaude su afabilidad, y queda unos sorprendido al encontrar tantos conocimientos en uno de los primeros soberanos de Europa. Veo con satisfacción que el juicio que yo habia formado de este príncipe ha sido ratificado por una nacion tan esclarecida como la nacion francesa.»

En un párrafo de una carta de Federico á D'Alembert, añadia: «Comprendo que toda la Francia no se ocupe ahora más que del conde de Falkenstein. Despues de Carlos V es el primer emperador que ha pasado á Francia. Pero su viaje no será ni tan costoso, ni tan funesto, como el del primero. Austria y Francia son aliadas, no hay ahora querida á quien dar sortijas de diamantes. Este príncipe muestra mucho ardor por instruirse, y por esta razon desprecia las bagatelas, y no se adhiere sino á las cosas relativas al Gobierno.»

Sólo un gran hombre como Federico II de Prusia podia hablar así de su rival, mucho más joven que él, más poderoso y no ménos espiritual, con esta imparcialidad y esta benevolencia, que no deja reflejar especie alguna de envidia, ni de celos.

No podia preveer José II, cuando gozaba en París y en Versalles del afecto fraternal de María Antonieta, los sucesos terribles que pocos años despues cambiaron la faz de la Francia, y el trágico drama de su hermana querida, y de toda su familia.

Eran arcanos impenetrables todavía del próximo porvenir.

EUSEBIO ASQUERINO.

ESPAÑA Y LAS REPÚBLICAS AMERICANAS.

IMPORTANTE CONFERENCIA.

Acaba de celebrarse en el Casino Democrático-Progressista una de esas conferencias que producen resultados prácticos, por la enseñanza que ofrecen y por la importancia que tienen para las relaciones de España con las Repúblicas que un día se hallaron bajo su dominio.

Fuó el que dió la conferencia el conocido escritor demócrata, Sr. Perillan y Buxó, y el tema de su discurso, las Repúblicas del Perú, Bolivia y Chile.

El hermoso salon del Casino estaba completamente lleno. Presidia el Sr. D. Manuel Llano y Persi.

Conocíamos al Sr. Perillan y Buxó como escritor fecundo é intencional; no le conocíamos como orador, y si los que más felices que nosotros le habian oído hablar antes le consideraban ya como tal, tócanos decir que nos ha bastado oír su discurso del miércoles para considerarlo como uno de los oradores más fecundos, más correctos, castizos é intencionados de nuestros Ateneos y asociaciones científicas y literarias.

Arte y método, poesía para trazar cantares que impresionan, pasión y vehemencia al narrar episodios de esos que hacen vibrar las cuerdas del patriotismo, travesura delicada para herir á los sectarios de las viejas escuelas del absolutismo, son algunas de las cualidades de que hizo lujoso alarde en su discurso, que duró no ménos de dos horas en la misma entonacion y sin revelar fatiga.

Este solo hecho bastará para hacer comprender á los lectores de LA AMÉRICA—el de la duracion de su bellísimo discurso—la imposibilidad de extractarlo, tarea á que, con pesar, renunciamos, brindándonos á dar cuenta de su *indole* y de lo provechoso de la conferencia, por las consecuencias inmediatas que produjo.

Despues de hablar modestamente de sus facultades de orador, el Sr. Perillan y Buxó dijo, «que su situacion como tal era tanto más difícil, cuanto que la casualidad hacia que se hallase allí presente el famoso orador argentino, llamado en América el *Castelar Americano*, cuya reputacion era universal como gran artista de la palabra, el conocido Héctor F. Varela,» al que enalteció en términos tan expresivos como entusiastas.

Hecho el saludo y tributado este honor al que es colaborador de LA AMÉRICA, entró de lleno en materia.

El Sr. Perillan y Buxó se propuso hablar de la desastrosa guerra en que se hallan empeñadas las Repúblicas del Perú y Bolivia, por una parte, y Chile por la otra, estableciendo los antecedentes históricos que prueban la idea acariciada de *ab initio* por esta última nacion de conquistar el Perú ó reducirlo á la impotencia.

Para establecer esos antecedentes el orador no se contentó con citar hechos de lo que podremos llamar política contemporánea, sino que, remontrándose con prodigioso vuelo á los tiempos primitivos de la conquista, hizo un estudio prolijo, brillante, salpicado de interés y de curiosas anédo-

tas de la vida y modo de ser de los Incas, iluminantes de vez en cuando sus cuadros con relámpagos de verdadera elocuencia, y haciendo citas de fechas, de nombres y de palabras *quichuas* que, revelando una portentosa memoria, causaban verdadero asombro á cuantos le escuchaban.

Después de hablar extensamente sobre todos esos temas, y del origen de la guerra, citar documentos y aplicar la filosofía de los sucesos, el orador se ocupó de algunos de los episodios de la lucha, tanto por mar como por tierra, enalteciendo el heroísmo de Prats, de Grau y de todos los que en tan dolorosa campaña se habían cubierto de gloria inmortal, haciendo alarde de un valor legendario.

En ese momento el orador tuvo arranques de verdadera elocuencia, consiguiendo dominar á su auditorio, que le aplaudió con entusiasmo.

Concluido su magistral discurso, tomó la palabra el presidente del Casino *Democrático-Progresista* Sr. D. Manuel Llano, para pedir á la concurrencia que tributase un homenaje de simpatía, «al ilustre orador, al gran publicista y ardiente demócrata señor Varela, digno del aprecio y consideración de todos los republicanos y demócratas españoles.»

Hablando de la fraternidad entre españoles y americanos, el señor Llano habló con verdadero entusiasmo, arrancando nutridos aplausos, al emitir ideas que estaban en todos los espíritus.

Aludido de una manera tan galante y afectuosa el eminente orador americano, hacía difícil, casi imposible, que no respondiese al honor que se le tributaba, tanto más cuanto que pudo comprender que se despertó en el auditorio natural deseo de oírle.

Y esos deseos no fueron defraudados, como no fueron defraudadas las esperanzas de los que acababan de oír decir, no conociéndole aún, que en América se le llamaba el *Castelar americano*.

Siendo uno de los colaboradores más asíduos, en la actualidad, de este periódico, sus lectores comprenderán, que una prudente reserva nos impone el deber de ser parcos al hablar de la ovación, verdaderamente extraordinaria, de que el gran tribuno argentino fué objeto en el Casino Democrático-Progresista y acerca del cual dice uno de nuestros colegas más caracterizados:

«Varela es uno de esos oradores que se imponen. El gesto, el ademán, la mirada, la expresión, las entonaciones de la voz, la belleza de las imágenes que vienen espontáneas y sin preparaciones académicas, y la elocuencia que inspira la verdadera improvisación, le dan facultades para convertirse en tirano de su auditorio, de cuya sensibilidad dispone á su albedrío.

»Su improvisación de anoche fué admirable, y si su reputación de orador no fuese universal, esa improvisación habría bastado para darle á conocer en todas partes donde se hable nuestro majestuoso idioma.»

Como simples narradores, nosotros agregaremos, que cada uno de los párrafos del discurso de Varela era saludado por una salva atronadora de aplausos, y que al concluir, todos se agolparon para apretarle la mano y estrecharle en sus brazos.

Hé aquí, para nosotros, —que hace tantos años venimos sosteniendo en este periódico la conveniencia de estrechar relaciones con América,— las consecuencias prácticas y positivas de la conferencia del Casino democrático-progresista, la cual ha sido un nuevo paso dado en el camino de la fraternidad que debe ligar á nuestra amada España con las repúblicas del Nuevo Mundo, siendo la ovación tributada á Varela, una ovación rendida á todos los compatriotas de América.

M. DE PEREZ RUANO.

BEATO ANGÉLICO Y MIGUEL ANGEL.

I

En estos dos géneos de primer orden, tan distinto el uno del otro, entendiéndose cada cual á su manera, exclusivamente á su manera, la vocación artística y la misión del arte; siendo éste para el primero una sombra de la vida invisible, mientras que para el segundo fué la vida misma, la vida toda encantada de sus propias excelencias; en estos géneos opuestos tenemos los dos modos de apreciar la perfección en el arte. Para ninguno de los dos la perfección depende de la corrección, ni de la medida, ni del servil respeto de la regla, sino en la subordinación de las reglas más bien á los arrebatos, á las excentricidades mismas de la inspiración.

Recordemos primeramente la obra del fraile florentino. Ningun recuerdo más grato ni más lleno de vida para mí, que mi visita á Florencia, considerando como la más alta y eficaz impresión de aquella vida el contacto de mi alma ó mi comunión con el alma de Angélico de Fiésole. Toda Florencia es desde hace siglos un templo de éxtasis sólo allí espermentados, el Panteón de Agripa de los dioses humanados, de los tesoros de la Grecia en confluencia caudalosa, de los prototipos inmortales del arte antiguo y moderno. Sus dos soberbios palacios, el *Vecchio* y el *Pitti*, con sus leguas inconmensurables de pinturas, con sus salones en donde nada se ve, nada hay que no sea una joya, un ojo de Brahma de la belleza artística, con sus recuerdos delicadísimos de los

Médicis, familia de príncipes la más sabiamente fastuosa de Italia y de toda la Europa; son como dos arcaes santas, por falta de una, que salvarían de un cataclismo universal los ejemplares más puros de todas las artes, si la Europa y el mundo perdieran por repentino diluvio de sangre ó de sombras con las nociones de la civilización, el instinto celeste y el gusto de las bellas artes.

Pero en otro lugar menos renombrado de aquella gran ciudad greco-cristiana, hay otro edificio modesto en demasía, de imposible comparación con los dos mencionados, sencillo hasta la severidad, mientras aquellos aparecen severos hasta la exuberancia de la majestad y de las fuerzas. Al monumento humilde se encaminan con preferencia, de algunos años á esta parte, los viajeros que desean conocer cuanto se relaciona con la vida, la fé y las costumbres del fraile artista, conocido generalmente con el título de *Beato*, no muy distante del título de *Santo*.

Este edificio, notable por su modestia, es el antiquísimo convento de San Marcos, en larga serie de años asiento, cuna tal vez, de la órden dominicana, retiró más tarde de Savonarola y de otros varios prohombres que aún brillan y siempre brillarán como estrellas de primera magnitud en la noche cálida y azul de la Edad Media.

II

Recuerdo muy bien la mezcla de reverente impaciencia y de casi desconfianza, por no decir incredulidad, con que los amigos que viajábamos en caravana y habíamos recorrido á pié algunas comarcas de Italia y Suiza, nos acercamos al pórtico de San Marcos, en una tarde de Octubre, rica en resplandores de una mañana de Mayo, pero tristes nosotros lamentando las decepciones y los engaños de que habíamos sido víctimas al curiosear otros monumentos de un pasado glorioso. Ibamos á hacer aquella tarde una experiencia más de tantas como habíamos hecho en lo mejor del antiguo mundo, mucho más antiguo para nosotros, los que hemos nacido en el Nuevo y hemos recibido la noción del Arte y de la novedad de la vida bajo aquel cielo revelador. Para nosotros empieza por ser un sueño la belleza artística y los tesoros históricos de Europa, sobre los cuales hemos leído las leyendas, las anécdotas y las apoloías más exaltadas desde nuestra más temprana edad, y juntamente con las relaciones referentes á los misterios de la religión y á la tierra milagrosa de Palestina. Todos los americanos, así los que abrieron los ojos ante esa visitación y descenso perenne del cielo que lleva el nombre sonoro de Niágara, como los que han aprendido á admirar á Dios ante el altar de los Andes, á ver la aljaba gigantesca de sus rayos ó de sus flechas en el Tunguragua y el Cotopaxí; así los que reciben la ablución de agua bendita en la espuma del Tequendama como los que la recibimos de nuestra propia sangre convertida en perlas sobre nuestra frente por los ardores del sol, que es el Cotopaxí y los Andes de Cuba, de tal modo el astro parece más bien que surge del suelo mismo de las palmas, los cedros y las séibas; todos los americanos, aunque nacidos en medio de las maravillas más nuevas de la Creación, soñamos con Europa como con un paraíso encantado; y aspiramos á vivir nuestra juventud entre las maravillas creadas por los hombres hechos dioses. Considérese cuánto secretó de alegría tendrá para tales soñadores cada momento de estos en que, peregrinos en busca de santuarios, descubrimos tangible el sueño y lo ideal convertido en realidad viviente.

La belleza pacífica de las pinturas del Beato Angélico ha atravesado el Atlántico en copias más ó menos felices, más ó menos impregnadas de la candidez del lirio, que bri la en los originales; muchas de ellas han atravesado el dintel de nuestras casas y se han instalado en el oratorio doméstico New-Yorck, Filadelfia, y sobre todo, Boston; Méjico, Puebla y Vera-Cruz, y allá en el Sur la poética Lima y la populosa capital de Buenos-Aires; pero más que los otros pueblos, Cuba, custodian con veneración copias de éstas y otras pinturas que á la vez que representan imágenes celestiales, figuran también las almas y el estado de las almas en los siglos que pasaron.

Pero venir al *home*, al hogar mismo del que fué durante nuestra infancia visita en el hogar nuestro, decoro de nuestro estrado, venir á pasearse por los mismos claustros por donde Angélico de Fiésole se paseaba mañana y tarde, entrar en su capillita tan llena de Dios y de él, subir y bajar las escaleras que él y sus compañeros bajaban y subían diariamente, visitar celdas que han quedado tan secretamente aromatizadas por sus virtudes y sus pensamientos agitados por otras fiebres, acaso distintas de las nuestras; usar los muebles que aquellos candidatos de la Eternidad Santa usaron, sentarnos á su mesa, admirar la pobreza de sus lechos, lo nulo de su menaje y la gran fuerza de aquellas vidas, entre tan pocas y tan menguadas condiciones de vida; esto ha sido y es y será siempre á la verdad una extraña impresión, con mucho de privilegio especial, para los hijos de América, en romería por la Europa, sábia ó santa.

Yo gustaba además en la ocasión que refiero, el poder singularísimo de la asociación de la buena compañía, de la compartición con otras almas de tantas impresiones sagradas, del carácter de éxodo que toman en esta forma los viajes, de otra suerte un poco vulgares, y más vulgar de día en día. Si ya por lo que conocíamos de Europa, si por

lo que habíamos visto y oído de ella en el recuerdo conmovido de nuestros padres, en sus relatos férvidos, y también por lo aprendido en las historias y en los cuentos, nos eran familiares más de un panorama del viejo mundo, una localidad venerable como Toledo, en donde las sombras no son sino astros de sombra; ó la estructura singular de un edificio como la Alhambra, ó una personalidad histórica colosal que desde las lejanías de los Andes se vé más alta é imponente, como el Cid; al verlo ahora todo con nuestros propios ojos, al poseer completo con nuestra existencia tangible cosas de las cuales ya habíamos sentido el paso de las almas, experimentamos un despertar también completo de la fé en la resurrección, de la confianza en la muerte, considerada en esta prueba como un poder benéfico en manera alguna destructor. Sentimos asimismo un deleite, una ilusión de las más dulces, viendo que aquellas realidades aparecen como realizaciones de seres concebidos por nuestra propia mente exaltada desde la infancia, cuando convertíamos los ojos á Europa, la patria de nuestros padres. Yo concebí de esta suerte la Alhambra, tal como debía ser y en efecto es; yo dormí en el Escorial mucho tiempo antes de haber salido de mi cuna para cruzar el Océano; yo he conocido primero el cielo de Fray Angélico, que su tierra y su morada conventual.

«Así como las estrellas se asoman todas las noches al cielo, así como las olas inquietas visitan diariamente la playa querida, así la vida de una parte de la tierra venía con frecuencia á visitarme, afluí á mi alma enamorada á pesar de los obstáculos, de los abismos y de las distancias que me separaban de ella. Ninguna profundidad me alejó de la belleza, ninguna altura me hizo creer que yo no la alcanzaria; nada, nada se interpuso jamás en las relaciones de mi alma con los más lejanos horizontes.»

Así dicen unos versos de no sé qué autor inglés que habia experimentado, quien sabe, las mismas atracciones que yo desde la tierra americana por los cielos europeos.

III

El antiguo convento de San Marcos es hoy un museo de antigüedades artísticas. Sus librerías encierran tesoros sin par ni cuenta, que pertenecieron á los monasterios de Italia suprimidos por decretos reales en las dos últimas décadas. Es incalculable el número de banderas históricas, estandartes, gonfalones y oriflamas, que figuran allí como alas protectoras sobre los manuscritos iluminados, sobre miniaturas las más esquisitas que produjo el arte paciente, y sobre varias otras preciosidades en asombrosa profusión. Los pasillos, los claustros, los refectorios, las salas capitulares y las celdas son de la mayor sencillez, y sus techumbres muy bajas, pero sin que el tiempo las haya alterado ni producido más humillación que la buscada por el desconocido arquitecto. Las paredes no ostentan ningun género de ornamentación arquitectónica, pero están realzadas, transparentadas, vitalizadas por frescos incomparables que son la obra de Fray Angélico, de Fray Bartolomé y de los numerosos discípulos que tuvieron ambos.

Allí están los valiosos originales, que tan familiares se han hecho por medio del grabado y de la fotografía, y por las repetidísimas descripciones de los viajeros en el espacio de cien años. Entre otros está la célebre Anunciación, asegurando ser aquel contorno ténue el retrato exacto de la Virgen de Nazaret, ó más bien de su pureza inmaculada, de su belleza insexual, y como la prueba de su perpétua conversación con el Empeíreo. Inmediato á esta sonrisa de los cielos, está el fresco que representa al Salvador en sus horas profundas de melancolía. Imposible idear ni expresar con la pintura de una manera más alta el alma de la tarde, el desmayo de la vida, una tristeza, la tristeza única del cielo. ¡Qué posiciones tan castas, qué actitudes de recojimiento tan bien sentidas, qué ideal tan inocente! El que examina aquel arte sin arte, con el criterio que imponen los modernos adelantos no se atreve á juzgar, no juzga, y prefiere desintegrarse de los conocimientos adquiridos antes, para columpiar su alma entre cierta disposición á sonreír, como nos pasa á la vista de un niño dormido, y cierta necesidad de suspirar como cuando lamentamos la pérdida de nuestra fé sencilla y abandonada.

De aquel saloncito se pasa á una celda de las más reducidas, y que está siempre atestada de copistas con sus caballetes y cajas de colores; que no dejan dar un paso desembarazadamente. Nunca falta en aquel santuario media docena de enamorados del arte, procurando trasladar á telas y cartones el dibujo especial de aquellos frescos, aquel arte devoto, aquellas líneas que los accidentes de la tierra no conocen, aquella manera soñada.

La privilegiada celda lleva el nombre distintivo de *Camarin*.

«La Adoración de los Reyes.» que el Camarin atesora, es la obra maestra del Beato Angélico, y lo más peregrino de esta obra maestra, es la parte más alta de la pintura, figurando un grupo de serafines, un ramillete de almas divinas, minuciosamente compuesto, sin que falte allí ninguno de los detalles, ninguno de los refinamientos de las miniaturas más acabadas de aquel siglo. La impresión que tal pintura produce es tan suave y dulce como ella; la obra entra en el alma, el alma

entra en la atmósfera del cuadro. El alma envidia, ora, cree, suspira, se eleva sobre sí misma y quiere desconocer la vida que ha dejado atrás. El Camarin oye todos los días resonar en su oscuro recinto lo que solo una vez oyó la cumbre inflamada del Tabor:—*Quam bonum est nos hic esse!* ¡Qué bueno sería para nosotros permanecer aquí toda la vida!

La minuciosidad en el detalle es uno de los rasgos característicos de aquel estilo beato-angélico. El fondo de todas sus pinturas se compone de líneas finísimas, de perfiles apenas perceptibles sobre un horizonte de color igual, símbolo del más allá invariable, al paso que la variedad de la vida y la amenidad de las virtudes aparecen representadas en los paños, en las pleguerías, contadas y un tanto rígidas, de los ángeles y de los bienaventurados, recamadas dichas vestiduras de ricos bordados de oro, que dan idea de lo lindo, de lo gracioso y de lo codiciable á los ojos ávidos de un niño.

Convengo en que todo allí es incorrecto como dibujo, y en cuanto á coloración, demasiado ageno á la realidad brillante de la vida. Pero es muy digno de admirar lo que pasa en el Camarin diariamente.

Pintores de todas las escuelas acuden á él á copiar, á robar un secreto que ningún otro punto del globo esconde. ¿Y cómo explicarnos esta devoción del arte reflexivo á un arte inocente? ¿Cómo comprender que cuando la ley del progreso impera con toda tiranía en el centro de toda libertad? Cuando el cambio de maneras y el rebusco de motivos novísimos se imponen con el fanatismo con que toda voga se impone, los estudiantes de todas las escuelas de pintura acuden en masa á prosternarse con delirio de admiración ante el más infantil de los artistas del color, infantil en sus procedimientos, infantil en su amor al arte? Por qué vienen á este San Márcos procurando aprender algo de un niño seráfico, cierto *no sé qué* indefinible, de un fraile humildísimo, que vivió y murió hace siglos, que conocía tan poco ó nada la anatomía del cuerpo humano, tan poco de las ciencias de las formas, que casi nunca pintó figuras que aparentasen los contornos y relieves de la realidad? ¿Qué puede enseñar que sea explotable por las escuelas naturalistas á toda costa un pintor que prodigaba pliegues imposibles y alas de serafines, como para negar la realidad conocida? ¿Cuál es el secreto de este atractivo y de esta influencia tan inexplicable á primera vista? Imposible decidirlo si no se tiene en cuenta la significación moral, el valor de aquella personalidad, la naturaleza de aquel hombre. Fue un artista que no quiso ser tenido por tal, y para quien el arte fué meramente un medio, conduciendo á fines más altos, y por lo regular un lenguaje claro y sencillo para reconocerse él á sí mismo, poner á prueba su fe y posesionarse bien de su conciencia. Beato Angélico no vivió ni pintó para sí, ni vivió ni pintó para el mundo; pintó para vivir bien y vivió para su Dios. Había consagrado su espíritu á lo invisible adorable, y habíase abandonado para perseverar en esta consagración á las enseñanzas y sugerencias de una inspiración que estimaba como órdenes y llamamientos de lo alto. Así se comprende también que pinturas como las que produjo el pincel de Fray Angélico fuesen por dilatadas edades la única Biblia, el único Evangelio, el único libro de horas ó devocionario de los pequeños, de los sencillos, de todas las almas que no sabían leer más que en un cielo estrellado ó en la oscuridad de un templo ante el altar celestializado con incalculable número de antorchas.

Lo extraño es que algunos sábios, lumbreras de los cultos disidentes, y otros pensadores reconocidos como sacerdotes de la ciencia y de la filosofía, no aciertan á comprender este valor y esta influencia del fraile dominicano. En mi opinión basta para reconocer cómo un genio que llenó su página y redimió su hora al inimitable Angélico de Fiésoli, considerar lo que valía la pintura en su época, como talento sustitutivo, como virtud complementaria, y aún estoy por decir como carisma especial de aquella era milagrosa. El ilustrar la vida de los mártires, de los apóstoles, de los confesores y heroínas de la Fé, al mismo tiempo que se ilustraba con la escultura y las artes del dibujo la vida del Redentor, fué por lo ménos para los antiguos frailes lo que es hoy la propaganda científica, política, filosófica y religiosa, lo que son hoy los trabajos exejéticos, lo que son las conferencias de nuestros días en todas las Universidades y Ateneos, para los amantes de nuestra civilización y de nuestro siglo. Si alguno de estos señores estudiantes perpétuos, intérpretes incansables de las Sagradas Escrituras y de los documentos antiguos, tales como Hanna, Augusto Stanley, Farrar, Schaff, Lyman-Abbott y otros diligentísimos retratistas, miniaturistas podemos decir, de la verdad religiosa, no hubieran vivido sino en aquellas edades en que la imprenta era desconocida, sin caminos de hierro, sin Ateneos, sin Universidades libres, sin comités de ninguna clase, sin Exposiciones internacionales y sin congresos artísticos y científicos; acaso, acaso la inteligencia estudiantil de éstos y otros prohombres del saber; acaso, acaso su perseverancia y empeño en reproducir lo más vivamente posible á los ojos de los pueblos la vida y los hechos del fundador del Cristianismo, desde las teofanías de Belén hasta el sacrificio del Gólgota, los hubiera llevado imperiosamente á adoptar otra forma de propa-

ganda; tal vez la ofrecida por la pintura, y si no, la influencia simpática de la música. Pero en ningún caso han debido aventurar, como lo hacen los señores que digo, afirmaciones como ésta, que solo fueron vidas y talentos mal empleados aquéllos que en la sombra protectora de moradas benditas se ocupaban de la manera mejor por entonces en vivificar las verdades de la Escritura, siquiera mezclando á lo verdadero bien probado muchas leyendas y símbolos que la crítica ó el gnosticismo de nuestros días califican de superfectaciones innobles ó perjudiciales. Dígame lo que se quiera, resulta innegable que jamás hubo predicador en la larga centuria de predicadores y maestros del cenobio que con inquebrantable constancia y abnegación de asceta trabajase por dar palabra viva y elocuente comburente á su fe religiosa como nuestro célebre Beato Angélico. El hizo verbo su arte de pintar, con el solo fin de ponerle al servicio del Verbo que se hizo carne. Su misión tuvo por objetivo y premio dar color, luz, relieve, ondulaciones de Siloé á las santas convicciones de su alma.

IV

Nació en 1387, y á la temprana edad de diez y nueve años murió á las pasiones de la naturaleza, y vivió para el arte, se enagenó del mundo para entrar en comunión directa con su Dios en un convento de la orden de Santo Domingo, entre las montañas de la antigua Fiésoli, á cuatro leguas de Florencia. Allí tomó con el hábito el nombre de *Frate Giovanni*. Benedetto, su hermano menor, empezó por extrañar aquella resolución, para luego envidiarla y muy pronto seguirla. Ambos hermanos se hicieron gemelos del claustro, y ambos se dedicaron con igual ardor de vocación á emplear los dones que poseían superabundantemente en el servicio y realce de la orden dominicana. Se puede asegurar, que ninguna orden llegó á poseer y conservar invariable desde su fundación, como la orden de Santo Domingo de Guzman, este secreto de provocar vocaciones ardientes y de celo sin desmayo en sus adeptos. A estos ejemplos abundantes que las crónicas cuentan de apasionado misticismo, se debe, sin duda, la injusticia con que los críticos, desde la época valdense, han juzgado al hijo de la condesa de Aza, como fundador de un fanatismo incurable y contagioso. Frate Giovanni predicó pintando frescos, y Frate Benedetto evangelizó iluminando pergaminos y vitelas.

Del rincón humilde del cenobio vino á sacar inesperadamente al futuro autor de la Adoración y del Camarin encantado, el llamamiento de Cosme de Médicis, gran protector de las artes, que vinculó en su descendencia este gusto y predilección extraordinarios. Cosme encomendó desde luego á nuestro fraile la decoración pictórica de la basílica de la Anunciación y del ya célebre convento de San Márcos. Aquí fué donde permaneció más tiempo; aquí en este convento vivió rodeado de discípulos fieles, dibujando y pintando más que todos ellos, sin descanso, sin distracción importuna, sin el menor desmayo en su vocación. Y á tanto llegó el número de los pedidos de obras del fraile, que más de un magnate opulento, más de un rey poderoso, tuvieron que acudir en persona á la celda húmeda y fría para encargarle una obra especial, obligándole á suspender el trabajo comenzado. Esto explica por qué las pinturas de Frate Giovanni abundan tanto y se han diseminado por tantos y tan apartados lugares, así en Europa como en América.

Rúskin dice:—y nos fijamos en el inglés Rúskin, por ser éste el autor estético más enemigo del arte alegorizante y de puro apoteosis;—él asegura que: «En las obras de Fray Angélico se revela pasmosamente un genio espiritualizado, una sinceridad de fe que á nadie puede dejar incrédulo; un espíritu superior á quien no era dado concebir lo malo, ni realizar lo feo, ni caer jamás en la tentación nociva.»

Se dice, en efecto, que Angélico de Fiésoli nunca pintó sino cuadros sagrados, que jamás fijó el pulcro pincel en muro ni en tela, sin haber solicitado antes con oraciones y ayunos la dirección divina. Y cuando por estos medios se encontraba al fin decidido á la obra, cuando la Concepción que deseaba encarnar le aparecía clara y acabada á sus ojos interiores y además acepta á Dios, la adoptaba con firmeza, negándose á cambiar luego el plan ni los detalles, resuelto á no corregir una sola línea por insinuación ó consejo de los demás. Reputaba aquella inicial determinación como inspiración divina en debida forma solicitada, y por lo tanto ya no tenía más interés que trasladar la concepción, virgen é inmodificable al lienzo, copia fiel de un cuadro fijo en la mente.

Aunque Fray Angélico hubiera podido gozar como artista de gran autoridad y valimiento en el mundo de los poderosos, adquiriendo cuantas riquezas hubiera querido, siempre se mantuvo fiel á su voto de pobreza y de abnegada obediencia. Cuando le ofrecían por tal ó cual de sus obras un precio muy por cima de lo corriente, se sonreía dando por toda respuesta una señal de asombro infantil, y acabando con esta frase, término de todas sus conversaciones:—El padre prior decidirá lo más justo.

Más tarde, cuando la fama de su talento y de sus virtudes había llegado al apogeo por otros envidiados, el Papa Nicolás le llamó á Roma para encomendarle la decoración de una capilla del

Vaticano, no sin ofrecerle antes elevarlo á la alta dignidad de cardenal y nombrarle arzobispo de Florencia. Pero Fray Angélico rehusó con firmeza tantos honores, sosteniendo luego con el Papa un dialogo curioso sobre la persona en quien debían recaer las gracias á su indignidad prometidas.—Sobre este caso corre una anécdota por las crónicas y actas de varios monasterios, que algunos han apropiado á otros santos ó tipos venerables de órdenes religiosos; pero que parece más válida en los que la refieren como del fraile pintor.

El Pontífice había dicho á su amigo:—No pudiendo ser tú el arzobispo de Florencia, bueno será dar el pápulo á Fray Onésimo. —Qué es lo que singulariza á ese buen padre para justificar su elección?—Pregunto Beato Angélico. —Qué es un Santo, afirmó el Papa. —Pues si no es más que un Santo, que ruegue por nosotros,—decidió el fraile inclinándose. —En ese caso, ¿á quién escojer? ¿A Fray Gaudencio de Sena?

—¿Qué es el tal?—Preguntó de nuevo Beato Angélico. —Un sábio,—respondió el Papa. —Pues si no es más que un sábio, que nos enseñe.

—Mucho dificultades la resolución. Y si al cabo no nos decidimos por tu amigo Frate Antonio... no sé...

—¿Qué es Frate Antonio además de amigo mío? —Todos le tienen por sugeto prudentísimo... —¿Prudentísimo?—repitió con entusiasmo el pintor.—Pues ese, ese es el designado por la Providencia para dirigir una diócesis.

TRISTAN MEDINA.

ESCRITORES Y POETAS AMERICANOS.

Vamos ya conociendo en nuestra España á los escritores y poetas americanos que no están en el *Syllabus*, esto es, á los que no tienen una reputación consagrada hace cuarenta años, y á los que, en alas de su genio, de su fantasía, de su saber é ilustración, salvan la distancia que de nosotros los separa, y se imponen por sus brillantes cualidades.

Conocemos en España á Carlos Guido y Spano, como poeta de la escuela clásica, de inspiración múltiple en las formas, más ajustada al arte que al abandono de aquella musa americana, en el cual hasta las *licencias* tienen sus bellezas; pero poco le conocemos como escritor.

Y sin embargo, Guido es uno de los escritores, uno de los prosistas más castizos y puros del continente de Colon.

No es nuestro ánimo juzgarle ahora. Grata tarea es esa, que gustosos llenaremos más adelante.

Deseamos únicamente ofrecer á los lectores de LA AMÉRICA algunas páginas suyas, que desde Buenos Aires mandó á un amigo querido que tiene en España, y á cuya bondad las debemos.

Hélas aquí:

«EL OTOÑO.»

Ornada de guirnaldas y preciosos festones pasó opulenta con sus frutos ópimos, sus auroras carmesíes, sus noches de luna perfumadas y azules, la estación fausta de los estivos meses, de los blandos designios del cuerpo y del alma que sólo tienen fuerzas para amar!

¡Oh! qué dulce es entonces, atravesando la campiña alfombrada de cerinto, de fragante ajedra, buscar el secreto asilo de los bosques, soñar á la sombra de los árboles vestidos de gala, cual si asistiesen á las sagradas nupcias de la tierra y el sol refrescar la sangre ardiente en el raudal cristalino, sentir, oreándonos la sien, el sahumero de la brisa impregnada en el olor montañés de las mirtáceas, las tuberosas, las bromelias, agreste efluvio cuyo origen se ignora y que parece la agitación producida en el aire por el abanico de plumas de leyes odaliscas, que derramasen sobre nosotros el ópio blando de su voluptuosidad, para darnos dormidos sus caricias celestes!

El viñador vé amarillear los pámpanos en las cepas maduras; pierden los valles su corona; un hálito del viento, frío, penetrante, contiene la fermentación de la sávia en los troncos robustos, cual si les hubiese llevado las confidencias de la muerte.

Caen las hojas descoloridas y místicas.—Remolinean con estridente roce sobre el musgo en caprichosa confusión, en fantásticos giros, al impulso del viento que las revuelve, las arrastra, las desmenuza, las dispersa.

La acacia simbólica de arracimadas flores, la bíblica palmera, el tamarindo indiano, el sicomoro oriundo de la griega Chipre, el pálido olivo antiguamente consagrado á Minerva, el umbroso árbol de que Alcides tejiera su corona, el laurel de Pafos, la magnolia espléndida de América, el ombú solitario de la pampa argentina, guarida hospitalaria al indio errante, todos esos hijos lozanos del desierto y las selvas, estremecidos se despojan de sus frescos adornos. Otro tanto acontece con las plantas endebles, semejantes á la doncella tímida que, después de una fiesta en que se descontrara con su novio, esparce desconsolada en derredor de su lecho las cintas y las rosas marchitas al calor del seno palpitante.

No todos los árboles, empero, pierden su verdor, languideciendo al sentir la ausencia del ambiente estival tan plácido á la gárrula hojarasca... Algunos vienen de climas rigurosos, son fuertes y severos. Resignados soportan el alejamiento del astro que destella el día de su frente, y parecen como los tamariscos, las sabinas, los enebros y especialmente los cipreses de que se coronaba el monte Ida, vivir en perpétua plegaria envueltos en su ramaje sombrío.

Triste está el prado, triste está la colina.

Mirad al cielo; en vano buscaréis en la región olímpica el esplendor magnífico, las fulgurantes ráfagas que os deslumbraban en las alboradas del estío. No hay en el horizonte ni estallidos de volcanes, ni oleadas de topacio, ni montañas flamígeras. Son menos vivos los matices, los tornasoles de las nubes livianas. La luz y los colores dilúyense armoniosamente en el éter produciendo sonrosados celajes que van desmayando hasta perderse en una tenuidad vaporosa: así espiran los dorados ensueños de la juventud; así el pensamiento, después de haber iluminado las verdes cumbres de la vida, siente debilitarse sus fuerzas hasta desvanecerse en el océano sin riberas de la inmensidad.

¡Oíd! ha cesado el rumor de los campos; no canta en la espesura la cigarra, ni zumba el grillo en los trigales. De vez en cuando se escuchan sólo los mugidos prolongados de las vacas bravías llamando á sus terneros, el balido de los corderillos friolentos, el cencerro de las cabras ramoneando en las cañadas el humilde cantueso y los saúces amargos, la voz de algún pastor solitario que más que canta se lamenta, y al caer la tarde, allá á lo lejos, el tañido de la campana de la ermita, que según la expresión del grande y taciturno bardo de Florencia «parece llorar al día que se muere.»

¡Qué inefable tristeza! ¡Es la dulce hora de la oración y del recuerdo!...

¡Oh tú cuya alma mística y doliente se armoniza con esa serenidad religiosa, con esa melancolía sublime, ven, y desde la cima de nuestra montaña desolada, saludemos juntos el otoño—el otoño que ha hecho enmudecer demasiado pronto en tus vergeles el coro, alado de los tiernos amores.

Así reverdezcan aquellos para tí brindándote de nuevo sombras y frescura; así vuelvas á deleitarte un día al canto alegre de las aves amantes en los matorrales floridos, y se te vea otra vez toda vestida de blanco, recogiendo entre el césped violetas y campanillas silvestres para coronar tus cabellos más negros que mis penas.

Enjuga, enjuga tus lágrimas por no causar envidia al ángel del dolor. Las lámparas de tus altares están llenas todavía de óleo perfumado; una mirada de tus ojos bastaría á encenderlas, y tú puedes ser aún la sacerdotisa inspirada de un culto misterioso y divino.

En cuanto á mí, he dado ya mi último adiós á la juventud y á la esperanza. Jamás retoñarán las ramas entre las cuales abracé las castas visiones de la felicidad. Ya no hay misterios en la selva callada que transito; ya no hay imágenes flotantes, ni voces incógnitas haciendo al oído tiernas promesas que hoy ni comprender sabría el corazón.

En cambio penetra allí más luz; más directamente pueden mis pensamientos remontar hasta el cielo, en donde tengo una cita inmortal!...

En otro tiempo hubiera escrito en verso esta elegía; pero ¡ay! mi lira está cubierta de crespón y ha enmudecido para siempre!...

Bastan estos pocos renglones para tener una idea de la prosa de Guido y Spano, que, si como poeta y escritor figura en primera línea entre la arrogante pléyade americana, como hombre en sociedad, como caballero y amigo, posee las cualidades y secretos de que habla Montaigne, *pour se faire aimer*.

En la flor de la edad murió á orillas del Plata un poeta, que probablemente habria llegado á la cima: Horacio Varela, hermano del incansable colaborador de este apellido, que de continuo favorece á LA AMÉRICA.

Tenemos á la vista un soneto suyo. Tenia poco más de veinte años cuando le hizo. Es convidado á una *soirée* en la que una preciosa niña debia tocar en las copas.

La niña era un verdadero prodigio en ese arte desconocido.

Varela se entusiasma, se admira, se enternece, y como tributo de estas emociones improvisa este soneto:

Á LA NIÑA ISABEL ALVAREZ

TOCANDO LAS COPAS

SONETO.

¿Qué tienes en los dedos?—¿Son acaso

Mágicas varas de marfil pulido?

¿Qué tienes en los dedos, qué sonido

Producen como brisas del Parnaso?

¿Qué espíritu celeste en cada vaso,

De esos que tocas, tienes escondido?

¿Qué hay dentro de esas copas? ¿Son el nido

Do nacen hadas de tu dedo al paso?

Yo no sé lo que son; pero yo siento,

Cuando veo tus manos candorosas

Volar como dos blancas mariposas

Buscando en cada cáliz alimento,

Siento Isabel, el alma conmovida

Por algo celestial: siento otra vida.

Se comprende que quien tales versos hizo era poeta de nacimiento. Háse dicho en una ocasión solemne, y en presencia de un público por demás escogido, que Venezuela es la tierra fecunda de los poetas. Llamados á escoger entre las infinitas producciones de sus vates ilustres, difícil seria la elección. De los últimos que nos han llegado, tomamos uno cualquiera, al acaso. Este pertenece á Diego Lago Ramirez, una de las más brillantes constelaciones de aquel cielo de eternas navidades.

EN EL CENTENARIO DEL PRÍNCIPE DE LOS INGENIEROS AMERICANOS.

Se hizo pluma el acero,

Y el colombiano plectro hirió dos liras;

Al triunfo del guerrero

Brotó en Turin el canto de Homero,
Y tu Virgilio en Bello, oh, patria, admira!
De la tórrida zona
Salve al dulce cantor, sábio profundo
Que su esplendor abona,
Y á la América ciñe alma corona
Para mostrarla con orgullo al mundo.

Otro de los escritores brillantes, de estilo delicado y castizo, de Venezuela, es Ramon de la Plaza. A él pertenecen estas líneas:

ANDRÉS BELLO.

Como elementos germinales del progreso humano, puso Dios en Bello la ciencia, el arte y la fé.

La ciencia que, en la reflexion y el cálculo amplía las facultades intelectivas del hombre, y contribuye con su obra al perfeccionamiento moral y material. El arte que, en sus creaciones de revelacion interior, entraña el espíritu inmaterial que en la naturaleza revela el Sér Supremo, cuyo aliento vivificante purifica, en el concierto universal, las fuentes de las bellezas infinitas; y como inherente á ese espíritu invisible el principio de la fé que embebe el sentimiento que eleva, la conciencia moral que guía, la existencia de Dios como síntesis de las armonías eternas, de las verdades inquebrantables.

De esa admirable trinidad derivó Bello su mision redentora, mostrándonos que la ciencia cabe en el arte; y que el arte y la ciencia nacen, crecen y se desenvuelven en el seno fecundo del cristianismo, para realizar juntos el progreso y civilizacion de los pueblos que, en el Gólgota, sellaron su redencion con la sangre del Mártir; creando de su bondad infinita la ciencia de la moral; de su justicia eterna la ciencia del derecho; de su amor inefable la filosofía del bien, la aspiracion á lo grande, á lo absoluto: la encarnacion del arte.

Otro de los poetas tiernos, delicados, llenos de inspiracion, en quien hay mucho de Alfredo de Musset y de Selgas, es Julio Calcaño.

A él pertenecen estas dos lijeras y bellas composiciones:

TODOS!

Si vieses, como yo, tus negros ojos,
El dulce encanto de tu tez morena,
Tu cabello, tu pié, tus labios rojos
Y tu gracia gentil que me enajena;
Si escuchasen el timbre sobrehumano
De tu celeste voz, tu blando acento,
Si sintiesen el fuego de tu mano
Que enardece en el pecho el sentimiento;
No digo el hombre... como yo sensible
Ante tí la rodilla doblaría:
Hasta el tigre feroz, el leon terrible,
Hasta el chacal soberbio te amaría.

A EMILIA.

Emilia, hermana mia: ya que errantes
Y huérfanos cruzamos por el mundo,
Hojas que arrastra el viento furibundo
Que derribó los árboles sonantes,
Yo no pido, y el cielo me es testigo!
Gloria, riquezas ni poder á Dios,
Sino ese hogar contigo
Para llorar los dos.

No pudiendo abusar del espacio que se nos dá en estas columnas, suspendemos aquí la grata tarea de estas transcripciones, prometiéndonos otras para más adelante.

P. RUIZ ALBISTUR.

LA EMIGRACION ESPAÑOLA EN LA REPÚBLICA ARGENTINA.

A «La Epoca.»

Goza *La Epoca* en España de la reputacion de un diario sério.

Lo es, en efecto. Representante en la prensa de un partido que hoy se halla alejado del poder, al combatir al adversario, no se entrega jamás á la irritacion y procacidad del lenguaje, comprendiendo, como dijo Jouy, «que en ese terreno, los más grandes triunfos envilecen.»

Es un diario moderado en su tono y su lenguaje, lo que importa decir, que es circunspecto. Y si lo es, tratándose de cuestiones donde no siempre impera la razon fria y serena, ¿porqué no habia de serlo también al abordar otras, que teniendo grande importancia para el porvenir de España, reclaman una gran imparcialidad al ser discutidas?

Durante muchos años, *La Epoca* ha formado á vanguardia de los diarios que han combatido á outrance la emigracion que abandona á España, en direccion á cualquier punto del globo, no estableciendo al combatirla diferencia alguna entre los que se dirijan á un pedazo de tierra salvaje, como Saida, ó á un país civilizado, progresista, hospitalario, fértil y rico, como la República argentina, por ejemplo.

¿Hay en esto justicia? Comprendo en estos casos, cuál es y cuál debe ser la mision de la prensa, que vela por la suerte del pueblo español, por el bienestar y la felicidad de sus hijos: señalar á los que emigran el peligro donde realmente existe; hacerles comprender las desgracias, los dolores, tal vez los tormentos que les espera en países donde no existen garantías, donde vivirán expuestos á ser robados, asesinados, como no há mucho sucedia á infinitos españoles en un pedazo de la zona africana, donde

las escenas de lujosa barbarie que allí se produjeron, enlutando el corazón de esta sociedad, no han impedido que la mayor parte de los que entonces consiguieron escapar á la hazaña brutal de los salvajes, hayan ido regresando al mismo teatro de los crímenes.

Pero si es justo que *La Epoca* desvíe á sus compatriotas de ese camino de la miseria y de la muerte, ¿lo será que pretenda hacer lo mismo con los que emigran y quieren emigrar á la República Argentina?

Ante todo, hay que resolver en España esta cuestion prévia: admitiendo que tuviera los medios de impedir tanta emigracion, ¿le conviene á España impedirlo?

Prescindiendo por un momento de la cuestion de derecho, es decir, de la falta de autoridad en todo poder constituido que existe en virtud de una Constitucion que garantice á cada ciudadano su libertad individual, de impedirle que se vaya y dirija á donde quiera, aun á Saida, yo sostengo, que dadas las condiciones sociales y económicas de España, no habria patriotismo en sostener que la emigracion debe ser combatida en absoluto, porque esto importaria que los españoles, que tienen cómo vivir cómodamente en medio de los esplendores de Madrid, á orillas del pacífico Guadalquivir ó en medio del ruido de las fábricas de la opulenta Barcelona, condenaban á vivir en la más espantosa miseria á los desgraciados que no pueden encontrar trabajo en su patria.

Por fortuna, no ha de ser ese el camino que adopte el Gobierno español, puesto que los miembros de la comision nombrada por el ministro de Fomento, para estudiar los medios de las emigraciones, admite la *conveniencia de no impedirlo*.

A ella pertenece una persona tan distinguida como ilustrada, el sábio ingeniero D. Meliton Martin de Bartolomé, el cual, con gran celo y entusiasmo, después de haber consultado citas, guarismos y documentos, ha redactado un brillante informe referente solo á la emigracion de las provincias cantábricas, con datos muy curiosos y apreciaciones atinadas.

El distinguido ingeniero, divide en su notable trabajo la region cantábrica en dos grupos: uno compuesto de Navarra y las Vascongadas, y el otro formado por Galicia, Santander y Asturias.

En el primero de estos grupos, la emigracion es grande, entre los habitantes de ambos sexos de la montaña, siendo causa de ella, el espíritu de aventuras de los vascos y navarros, puesto que en general, no es conocida la miseria en aquellos pueblos.

En Galicia y Asturias, la emigracion es de hombres solamente, y se verifica sin necesidad de agentes, al contrario de lo que sucede en las Vascongadas y Navarra, donde las agencias tienen muchas sucursales y gran número de dependientes.

En Navarra la emigracion es de 800 á 1.000 personas anualmente.

Santander, Oviedo y la Coruña, pierden todos los años 3.000 habitantes, 500 Lugo y Orense y 200 Pontevedra.

Fundado en razones poderosas, y en vista de los datos reunidos, opina el Sr. D. Meliton Martin que, aunque no debe mirarse con indiferencia esta merma de la poblacion, no es hasta ahora tal, que sea preciso recurrir á medidas extremas para contenerla.

Cree el Sr. Martin, que mientras subsistan en Galicia las causas de escasez, es hasta conveniente la emigracion, puesto que los emigrantes remiten cuantiosas sumas á sus familias, como lo demuestra el hecho, de haber pagado una sola casa de comercio de Pontevedra, letras procedentes de Montevideo, por valor de cinco millones de reales.

Con respecto á los medios para evitar ó contener la emigracion, cree el Sr. Martin que se reducen á proteger la industria, formacion de cotos redondos, rebaja de tributos, reforma de aforos, colonizacion peninsular y guerra á la usura.

El Sr. Martin termina su notable trabajo sentando las siguientes conclusiones:

1.º La emigracion del Cantábrico es un mal porque es síntoma indicador de nuestro estado de escasez.

2.º Dada la dificultad del remedio, la emigracion es un mal menor que el que se produciria de quedarse los emigrantes en sus casas, en compañía del hambre y de la miseria. En ciertas provincias (Pontevedra), donde la densidad de la poblacion, es mayor que en la generalidad de los departamentos franceses, es más necesaria.

3.º Siendo necesario aumentar la poblacion, es necesario fomentar la agricultura, que así se menosprecia, no aprovechando las riquezas materiales del suelo.

4.º Para continuar la obra de regeneracion, emprendida desde hace medio siglo, es necesario reformar la administracion pública, principalmente el personal. Algunos atribuyen la emigracion gallega á la gran inmoralidad administrativa.

5.º Puede crearse un centro que vele en materia de emigraciones, que estudie sus causas, etc., que persiga los engaños; pero el remedio eficaz es destruir las causas de la emigracion y hacer que los que se expatrian lo hagan en buenas condiciones.

Es mejor todavía llamar la emigracion al interior de la Península.

El hecho capital que se desprende de este importante informe del Sr. Martin para la propaganda que vengo haciendo en favor de la emigracion

española para el Rio de la Plata es este: Que no conviene impedirla, y tratándose de la que se dirige á la República Argentina, sostengo que sería un verdadero crimen combatirla, dado, no solo el bienestar que gozan los españoles que allí residen, con abundancia de trabajo, bien remunerado siempre, un clima delicioso, considerados como miembros de la familia argentina y gozando de amplia y absoluta libertad, sino el *beneficio directo* que España está recibiendo de la colonia que de sus hijos tiene en aquellos países.

Y esto es claro: si una sola casa de Pontevedra—según la declaración del Sr. Martín en su informe—ha recibido cinco millones de reales, remitidos de la ciudad de Montevideo, ¿á cuántos millones de duros no ascenderán las remesas hechas por algunos de los ciento treinta mil españoles, que habitan la República Argentina?

¿Y sabe mi distinguido colega, *La Epoca*, cómo viven esos españoles en mi patria?

Voy á ceder la palabra á uno de sus compatriotas, para que sea él, un español, quien se lo haga saber.

Un diario de su misma comunidad política, *El Conservador*, acaba de publicar una extensa é importantísima carta de Buenos-Aires, escrita el mes anterior de Febrero, y firmada por uno de los españoles que más brillante posición ocupan en el comercio de aquella populosa y floreciente ciudad.

Le ruego á *La Epoca* que lea con atención. Dice así:

«La emigración sigue llegando al país en proporciones verdaderamente colosales, y estableciendo una comparación entre la población de esta República—que cuenta ahora con más de tres millones—y la de los Estados Unidos, cuyo aumento progresivo, durante los últimos veinte años, ha burlado los cálculos de los más exagerados, puede establecerse, que jamás la gran República del Norte recibió tantos emigrantes como los que en la actualidad está recibiendo la República Argentina.

En el mes de Enero llegaron á 8.000.

¿Por qué?

¿A qué se debe la marcada preferencia que los que desean emigrar de Europa hayan concluido por preferir este país á cualquier otro?

¿A la feracidad de su suelo, que todo lo produce?

¿A los encantos de su clima?

¿A la facilidad de encontrar trabajo, generosamente remunerado?

¿A la estabilidad de que se goza?

Indudablemente, todas éstas son causas importantísimas, que influyen en el ánimo de las grandes masas de población que de todas partes de Europa, y principalmente de Italia, se están dirigiendo preferentemente á la República Argentina; pero hay además otras que, aun cuando pudieran aparecer menos poderosas, lo son quizá tanto ó más que aquellas, teniendo en cuenta los efectos morales que ellas producen en el hombre que, al cambiar de patria encuentra en la nueva elegida ciertas consideraciones, honores y bienestar que jamás habría encontrado en su tierra natal.

Esas causas son: la liberalidad de las leyes del país para con el extranjero, y la participación directa é importante que se le da en la Administración.

Así, por ejemplo, en los directores del Banco de la Provincia, del Hipotecario, del ferrocarril del Oeste, y otros directores importantes, el Gobierno nombra siempre para integrarlos la mitad más ó menos de caballeros de distintas nacionalidades, con las mismas facultades y derechos del más privilegiado hijo del país, dando así testimonio de una liberalidad de que no da ejemplo ninguna otra nación.

En cuanto á nosotros, los españoles, sea efecto de raza, de hablar el mismo idioma, tener el mismo carácter y costumbres, ó sea porque realmente el argentino nos tenga más simpatías que á los extranjeros que aquí habitan de otras nacionalidades, la verdad es que podemos decir que somos considerados como de casa y de la familia, pues en todas partes hay españoles empleados á la par de los habitantes, en la Aduana, en la policía, en las oficinas de los ministerios, en todas partes, en fin.

Rara es la redacción de diario en que no figure algún colaborador español. Españoles son muchos de los cajistas y españoles se ven por doquier, fraternalmente confundidos en la más afectuosa armonía con los argentinos.

Este hecho, que es práctico, positivo, que produce resultados que benefician directamente al extranjero, al que, en verdad, no se le considera como tal, conocido en Europa por todos aquellos á quienes escriben los que aquí disfrutan de tan amplia y generosa protección, es una de las causas principales que están contribuyendo al aumento casi fabuloso de nuestra población que si así continúa, hará de la República Argentina, en pocos años más, uno de los países más importantes del mundo.

Teniendo á la vista los depositantes del Banco llamado de la Provincia, el más importante establecimiento de crédito de Sud-América, se comprende el bienestar de la población extranjera que habita en la República, pues figuran por muchos miles de miles los que allí tienen sus ahorros ganando un interés anual que rara vez baja de un 7 por 100.

¿En qué otra parte del mundo sucede esto?

En la actualidad, con excepción de las grandes fortunas de los principales capitalistas del país, como los Sres. Unzué, Anchorena, Pereira, Chas, Guerrico, Dupontal, Udaondo, Cobo, Elortondo, Basualdo, Dorrego, Miró y algunos más, los grandes capitales están en manos de extranjeros, como Cibils, Ochoa, Olivero, Carabassa, Buxareo, Lopez, españoles estos y Bonini, Pollinini, Devoto, Zamboni, Drisdale, Demarchi, Bournichon, Maupas, Moore, Drabble Acebal, Mallmann, Tornquist y centenares más, que tienen fortunas que no bajan de un MILLON DE Duros, ganadas todas en el país, pues cuando estos señores, como todos nosotros, llegamos aquí, nada teníamos, y veníamos á eso: á ganarla.

Los argentinos se dedican con preferencia á los nego-

cios de campo, como aquí se llaman al cuidado de los ganados, que tantísimos millones producen, de manera que todos los comercios, por lo general, están en nuestras manos, existiendo tiendas, confiterías y boticas, aquí en Buenos Aires, no sólo como no las tenemos en Madrid, sino como no tiene París mismo.

Como el país es nuevo y tiene inmensas riquezas que explotar, y hay trabajo para todos, la vida es, más que cómoda, lujosa, verdaderamente espléndida, produciendo los enormes consumos que nos llegan de Europa.

Para dar á Vd. una idea de la importancia de esos consumos, citaré á Vd. un solo dato.

La importantísima revista *Revue des Deux Mondes* ha publicado un artículo sobre el desarrollo creciente del comercio que hace la República Argentina con la Francia, del cual resulta que en 1878 ella sola, es decir, la República Argentina, hizo con aquel país un comercio casi igual al que hizo con todas las demás Repúblicas americanas!

Aquí están las cifras que consigna la publicación francesa:

Comercio general de Francia con Méjico, Guatemala, Honduras, Colombia, Venezuela, Uruguay, Ecuador, Bolivia, Perú y Chile, en el citado año de 1878, 279.250.409 francos.

Comercio con la República Argentina, 217.056.645.

Me parece que este simple dato bastará para hacer comprender á Vd. y á los lectores de *El Conservador* el grado de holgura á que ha llegado la vida material de este país, que cada día toma mayor incremento, en medio de una paz fecunda, sólidamente garantida, y con Gobiernos que han dejado de ser políticos, para ser *Gobiernos de trabajo y de progreso.*

Hé aquí lo que desde Buenos-Aires escriben al *Conservador*, citando con verdad hechos que ponen de manifiesto la suerte que espera en aquel país á los extranjeros que conciben la feliz inspiración de escogerlo por segunda patria.

Yo lo sé: en Europa no se tiene la menor idea de lo que es aquel país: del grado de cultura á que ha llegado, de la riqueza natural, del desarrollo prodigioso de su industria, de las facilidades para encontrar trabajo, de la abundancia de tierras de cultivo y labranza, de lo productivo que son los *negocios de campo*, no solo para el que á ellos se dedica como *patron* de las haciendas, sino para los simples *peones de estancias*; pero ¡caso no es tiempo ya de que todo eso se vaya sabiendo y conociendo en Europa, y particularmente aquí en España, llamada por tantas consideraciones á estrechar sus lazos de amistad y comercio con la República Argentina?

¡Sí! Nada, ó poco de eso sabe, y sin embargo es hora ya de que se sepa:

Que en la República Argentina no hay ningún español honrado, por humilde que sea su condición social, que no haya mejorado de posición, comparada la que allí tiene con la que tenía al abandonar su patria.

Que no hay uno que no encuentre trabajo, cuando lo busca.

Que la población española ha llegado á constituir allí, por su número é importancia, la representación que tiene, y el capital atesorado, un verdadero pedazo de España.

Que los españoles tienen hospitales, sociedades de beneficencia, escuelas, clubs, asociaciones, centros literarios y de recreo, y casinos, muchos de los que poseen ya grandes capitales.

Que españoles son una gran parte de los notarios, españoles los dueños de muchos de los mejores y más lujosos establecimientos, españoles algunos empresarios de teatros, y españoles centenares de empleados en las administraciones nacionales y Provinciales.

¡Sí!

Los que aquí hayan pretendido combatir la emigración para aquella importantísima parte de América es preciso que sepan, que en las repúblicas del Plata, solas, hay más españoles que en todas las demás reunidas, hecho de una significación que debía hacer comprender á *La Epoca*, que si esto sucede, es porque esos españoles allí residentes, se encuentran felices, que de otra manera ya habrían regresado á la madre patria, pues si para salir de aquí les cuesta á veces no pocos sacrificios reunir los cuarenta duros que importa el pasaje, allí lo tendrían siempre con la mayor facilidad, pues no existiría un solo español en la República Argentina que en cualquier momento no tenga esa cantidad en su bolsillo, ó en el calcetín que, para muchos, es el cofre de los ahorros.

HÉCTOR F. VARELA.

TRABAJO Y ECONOMÍA.

I

El trabajo es una necesidad, una virtud y un placer.

Es una necesidad, porque tal es la condición humana, que sin el trabajo no puede existir ni prosperar; es una virtud, porque es el cumplimiento de un deber y un preservativo de los vicios; es un placer, porque nos priva del fastidio, uno de los males que más carcomen la existencia. Es también una pena impuesta al estado de imperfección y de pecabilidad en que ha caído el hombre, al mismo tiempo que uno de los mayores bienes de que podemos gozar, porque es lo único que puede rehabilitarnos ante Dios y ante los demás hombres.

Tres clases de trabajo podemos distinguir en el hombre, que corresponden al triple aspecto bajo

el cual se considera: el físico, el intelectual y el moral.

Por el trabajo físico el hombre desarrolla su cuerpo y adquiere riquezas; por el trabajo intelectual el hombre ejercita su inteligencia y adquiere conocimientos; por el trabajo moral el hombre educa su corazón y adquiere virtudes. Todo trabajo sostenido produce un capital: capital material, capital intelectual ó capital moral.

El hombre tiene una inclinación natural á atesorar, y á medida que adquiere desea adquirir más.

Esa inclinación está felizmente combinada con este hecho: que mientras más se tiene tanto más fácilmente se adquiere.

El rico desea serlo más, y con menos trabajo gana más que el pobre; el instruido aspira á aumentar sus conocimientos, y con más rapidez puede alcanzar la ciencia que el que apenas empieza sus estudios; el virtuoso apetece la perfección, y sin afán y con placer puede llegar hasta donde no alcanzan ni los deseos del vicioso. Riqueza llama riqueza, bien sea física, moral ó intelectual.

La pena principal del trabajo no está en continuar, sino en empezar; por esto la base primordial de una buena educación, está en infundir el *hábito del trabajo*, que es también el que lo hace amar. El hombre corre entonces tras la ocupación, como los ríos hácia los océanos: busca ansioso los depósitos soñados de la riqueza, de la ciencia ó de la santidad.

Esos tres trabajos son necesarios al hombre, y no puede separarlos sin truncar su existencia. Necesita de pan para vivir, de virtudes para ser dichoso, de conocimientos para ensanchar su espíritu.

Pero hay uno que tiene la preferencia sobre los otros, según este precepto del Evangelio: «Buscad primero el reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura.» Esta promesa divina está fundada en el desenvolvimiento lógico del trabajo. El hombre que educa ante todo su corazón y practica las virtudes, busca la ocupación y apetece la ciencia, como nueva luz que puede guiarle en su vida terrenal. La virtud huye de la ociosidad, ama el trabajo y se ejercita en él.

No hay estado ni condición que pueda excusar del trabajo. El moral obliga siempre y á todos; el físico pesa particularmente sobre el pobre; el intelectual es una consecuencia de la vida. Estos tres trabajos se armonizan, y perfeccionan al hombre con el desarrollo simultáneo de su cuerpo, de su corazón y de su espíritu.

El exceso en el trabajo físico debilita la organización y aniquila la existencia; el exceso en el trabajo intelectual enerva la inteligencia, agota las fuerzas físicas y consume la vida. En el trabajo moral no cabe exceso. La virtud puede recorrer una escala infinita desde la ausencia de todo delito, de toda falta, hasta la más extensa práctica del bien, hasta los más heroicos sacrificios en favor de los hombres. No hay límite en el ejercicio de la virtud, porque ella sólo busca á Dios, su eterna fuente, conduciendo á la santidad, y dando hombres como los que la Iglesia ha declarado modelos en la tierra y bienaventurados en el cielo.

Hay en todo trabajo un capital con que la naturaleza ha favorecido á algunos hombres. Unos nacen con una organización hercúlea, otros con una alma vigorosa capaz de elevarse á las más altas concepciones, y hay algunos dotados de un corazón tan noble, tan sensible, tan fecundo para el bien, que marchan por el camino de la virtud como por una senda cubierta de flores.

Cuando el hombre empieza la vida con esas dotes, se eleva como el globo inflamado por el gas, como los vapores que calienta el sol, y la humanidad se enorgullece con una de sus más hermosas personificaciones.

Los tres trabajos se diferencian también en sus resultados. El trabajo material produce materia, pan ú oro; repleta trojes, almacenes ó cajas; alimenta los cuerpos y enriquece las naciones. El trabajo intelectual produce conocimientos, ciencias bellezas; acumula ideas que alimentan los espíritus y engrandecen las sociedades. El trabajo moral produce afectos, fruiciones, bienestar; presenta modelos á todas las clases sociales; crea instituciones para favorecer todos los infortunios; atesora virtudes que hacen la dicha de los hombres. El trabajo material engendra fuerzas materiales, crea riquezas, da poder á las naciones; el intelectual disipa la ignorancia é ilumina á los pueblos; el moral da estabilidad á las sociedades, destruye el crimen, fortalece las relaciones sociales, hace habitable la tierra. La gloria que se adquiere con la inteligencia dura mientras dure el mundo, la que se adquiere con las virtudes traspasa los límites del tiempo y permanece por toda la eternidad.

Esos tres trabajos combinados y apoyándose mutuamente hacen poderosas á las naciones, felices á los hombres y constituyen la única y la verdadera civilización.

II.

El trabajo nada vale sin la economía, la cual no es otra cosa que la conservación de lo adquirido.

A cada trabajo corresponde una economía; habrá, pues, tres clases de economía como hay tres clases de trabajo.

El trabajo produce materia, y su verdadero representante es el dinero. Ahorrando y reuniendo

dinero se forman capitales y se llega hasta la opulencia.

La economía en los valores materiales es una virtud, porque se ahorra lo que se le quita al vicio, se prepara el porvenir siempre incierto, se asegura la subsistencia de otros seres y se aumenta la riqueza pública.

Pero no toda economía puede considerarse como una virtud, pues hay algunas que degeneran en vicio y pueden llegar hasta el crimen.

El hombre que quita á sus más legítimas necesidades sus debidas satisfacciones y al pobre su socorro, cae en la avaricia, amor desordenado de las riquezas, que es siempre duro y egoísta.

La economía debe estar fundada en la prudencia, en la razón y en la caridad. Ser miserable con el pobre y fastuoso con el rico, es una atroz injusticia y una gran tontería: no remunerar como es debido el trabajo del que nos sirve, para consumir ese ahorro en la satisfacción de necesidades facticias, es un robo á la vez que un despilfarro.

Para que la economía sea virtud, es preciso que vaya acompañada de la justicia, que se funde en un trabajo más productivo y en la eliminación de gastos superfluos, que no se haga en perjuicio del menesteroso á quien hay obligación de socorrer, y que se ponga freno á la ambición desmedida de adquirir.

«Ay de vosotros, dice Isafas, los que juntáis casa con casa, y agregáis heredades á heredades hasta que no queda ya más terreno! ¿Por ventura habéis de habitar vosotros solos en medio de la tierra?» El apóstol Santiago dice también: «Ea, pues, ¡oh ricos! levantad el grito en vista de las desdichas que han de sobrevenirnos. Podridos están vuestros bienes, y vuestras ropas han sido roídas de la polilla. El oro y la plata vuestra se han enmohecido; y el orin de estos metales dará testimonio contra vosotros, y devorará vuestras carnes como un fuego. Os habéis atesorado ira para los últimos días. Sabed que el jornal que no pagásteis á los trabajadores que segaron vuestras mieses, está clamando; y el clamor de ellos ha penetrado los oídos del Señor de los ejércitos. Vosotros habéis vivido en delicias sobre la tierra, y os habéis cebado á vosotros mismos para el día del sacrificio.»

En el trabajo intelectual también hay economía como en el material. En éste se conservan valores que forman la riqueza; en aquél se conservan ideas y hechos que constituyen los conocimientos.

Lo que se economiza en el trabajo material, se guarda en objetos materiales; lo que se economiza en el trabajo intelectual, se deposita en una facultad del alma, en la memoria.

El capital intelectual, en vez de consumirse con el uso, como sucede con el material, se aumenta con su ejercicio; guardarlo sería perderlo.

El hombre que se ha enriquecido con conocimientos tiene el deber de comunicarlos para su bien y para el de sus semejantes. El egoísmo del hombre instruido es tan criminal como el del rico; pues hay pobres de inteligencia y de conocimientos, á quienes es necesario socorrer, como á los menesterosos y á los mendigos.

En el desarrollo de la inteligencia y en la adquisición de ideas, hay también un abuso que puede llamarse de consumo, y es el de enseñar el error y encender las pasiones. Una inteligencia que se pervierte con ideas falsas y que toma interés en propagarlas, es como un capital adquirido por medios infucos y que se emplea en la satisfacción de vicios vergonzosos.

Si con el trabajo material deben buscarse riquezas legítimas, con el intelectual debe aspirarse á adquirir la verdad y á discernir el error. Extraviarse en la vía del estudio es pérdida de tiempo, á la vez que fuente de males para el hombre y para la sociedad.

La avaricia es á la riqueza material, lo que el orgullo á la intelectual. La primera no respeta el trabajo ajeno, y todo lo sacrifica á su egoísmo; el segundo desdeña los pensamientos que no son suyos, y es altanero, pretencioso é intolerante: todo lo inmola á su yo. Tanto el capital del avaro como la falsa ciencia del orgulloso se han acumulado por medios ilegítimos; el primero á costa del pobre, el segundo á costa de la verdad.

El caudal de la verdadera ciencia debe adquirirse con un corazón sencillo y una alma humilde. El soberbio cree saberlo todo, y sin embargo es ignorante hasta de su propia ignorancia. El verdadero sábio desconfía de sus fuerzas, y reconoce y proclama que «lo único que sabe es que nada sabe.» El primero empieza declarándose independiente de la Religión; el segundo acaba reconociendo que sin ella no hay felicidad posible, y que Dios se encuentra siempre tras de sus obras.

Los productos del trabajo moral son también susceptibles de acumulación, y forman el capital más bello que puede poseer el hombre. Ese capital se conserva en el corazón, residencia de los afectos, manantial de donde parten todas las acciones generosas y todos los sentimientos nobles.

Así como todos los conocimientos se relacionan unos con otros, así también todas las virtudes se enlazan entre sí, atrayéndose mutuamente y formando un todo indisoluble. Sobre ellas descuellan la piedad, que según un ilustre obispo, «es el amor, y el amor más verdadero, más fuerte, más penetrante que existe sobre la tierra. Cuando

no hay amor no hay fuerza para soportar la carga de la vida, y los pensamientos se evaporan en la atmósfera del siglo, porque no tienen lastre que los sostenga.»

La virtud, por su naturaleza es activa y jamás permanece oculta ni ociosa: sale al exterior, se extiende, y mientras más se ejercite, más se engrandece y refina.

En el uso del capital moral no cabe egoísmo, porque este vicio es incompatible con la virtud; no cabe soberbia, porque la virtud es inseparable de la humildad; no cabe exceso, porque el amor no conoce límites.

Las virtudes no se adquieren ni pueden adquirirse con perjuicio de nadie; ellas no tienen más víctima que los vicios.

El capital moral puede también perderse, si las pasiones se apoderan del corazón; pero basta el arrepentimiento sincero para recuperar el capital perdido, apareciendo con nueva y mayor brillantez.

III

Hay, pues, tres clases de trabajo, y tres clases de economía; tres grandes ocupaciones para el hombre, que producen tres capitales: moralidad, ilustración, riqueza.

Para desgracia de la humanidad, la armonía que debe reinar en esas tres grandes fuentes de paz y progreso, no siempre se conserva.

La moralidad, como hermana primogénita protege la ilustración y las riquezas; pero el orgullo extravía la primera, pervirtiendo las inteligencias, y el placer corrompe las segundas, envenenando los corazones. Este es el origen de esa lucha perenne que tanto atormenta á las sociedades: lucha de la pobreza irreligiosa contra la riqueza y la moralidad; lucha de la riqueza corrompida contra todo freno á las pasiones; lucha de las inteligencias extraviadas contra todas las ideas de orden, de justicia y de autoridad. En esa lucha estéril y devastadora, la moral resiste y se defiende, amparando al pobre, protegiendo al rico, conservando la verdad y salvando al fin la sociedad. Si ella pereciera, la barbarie cubriría la tierra, y en su caída arrastraría ciencias y riquezas.

Entre tanto, la riqueza y la ilustración desaparecen con el hombre; pero el alma virtuosa vuela al seno de la sabiduría eterna, donde se engolfa en el Océano de la ciencia y de la felicidad.

RICARDO VILLA.

ESPERANZAS Y RECUERDOS.

I

—Dulce niña á quien convida
el mundo con faz risueña,
alma inocente que sueña
en la aurora de la vida;

Inquietos tus ojos lanzas
hacia un bien que ves cercano.
Dí, tu corazón ufano
¿de qué vive?—De esperanzas.

II

—¡Pasó la ilusión querida
de la juventud incierta.
—¡Pasó!... ¡Cuánta dicha muerta!...
¡Cuánta esperanza perdida!

—¿Son ya tus afanes cuerdos?
—Cordura les dan los años.
—¿Qué padeces?...—Desengaños.
—¿De qué vives?—De recuerdos.

III

De este modo miro yo
cómo la vida se va:
primero... lo que vendrá,
y despues... lo que pasó.

De la dura muerte esclava
nos da por toda riqueza
esperanzas... cuando empieza,
y recuerdos cuando acaba.

JOSÉ SELGAS.

LA HUERTA DEL TIO MARTIN.

—Bueno; pero vamos al caso, respondió Victoriano. Ya te he dicho, y lo repito, que no lo perderás. ¿Quieres encargarte de averiguar lo que ha sucedido, para que esa gente se haya portado tan mal con nosotros? ¡Esta es la cuestión!

El ex-presidiario comenzó á rascarse con sorna debajo de la oreja, como si estuviera meditando lo que había de responder, supuesto que tales individuos, acaso por la injusticia de la sociedad, se recelan de todo.

—Eso es muy difícil de averiguar, respondió al fin, porque si no se tropieza con amigos... es una casualidad... pueden estar lejos... pueden estar cerca... ¡Vaya usted á saber!

—¡Es cierto; pero más se sabrá preguntando, que estándose quietos.

—También eso es verdad; pero ¿á quién voy yo á preguntarle?

—Tú sabrás por aquí á quién debes dirigirte.

—Y si en vez de los de acá, han sido los de allá?

—Pues preguntas á unos y á otros.

—Eso está muy bien; pero échese usted á andar por esos caminos, deje usted su trabajo y la pobre mujer y los hijos... que coman nitos.

—Hombre, ya te hemos dicho que puedes contar con lo que te haga falta.

—Muchas promesas, y uno se muere de hambre.

—Como tú averigües algo útil, ya cumpliremos contigo.

—En fin, yo preguntaré... iremos á lo más cerca... teniendo dinero para convidar á los amigos... en las tabernas se cuenta todo lo que se hace, y hasta lo que no se hace...

—Tú averigua, y lo demás queda de nuestra cuenta.

—Por ahí dicen... unos que se ha muerto... y otros que lo han matado.

—¿Y quién dice eso? preguntó con el más vivo interés Francisco.

—La gente lo dice en las tabernas.

—¿Y cómo pueden saber eso?

—Vaya usted á averiguar cuando comienza un rum rum de esos, de dónde viene, á dónde vá, ni quién lo inventa, porque esas voces parece que salen del centro de la tierra.

—Sin embargo, nosotros no hemos oído nada de eso, respondieron á la vez el hijo y el yerno.

—El cornudo es el último que lo sabe.

Tal respuesta impresionó viva y dolorosamente á los dos jóvenes, que comenzaron á creer que doña María y Dolores tenían razón, al dar tan entero crédito á sus fúnebres presentimientos.

—Pues conviene que tú apures esas noticias, dijo Victoriano.

—Bueno... yo conozco á un viejo que tiene varios hijos que son hombres del oficio... les tiraré de la lengua... y con lo que me digan... yo veré á ustedes, y les diré todo lo que haya averiguado.

—Como averigües la verdad, puedes pedirnos todo lo que quieras.

—Bueno.

Y el yerno y el hijo se despidieron del Bisco, muy satisfechos de que con sus promesas lograrían ponerse sobre la pista.

Pero trascurrieron algunos días, y el Bisco ni les decía nada, ni había salido del pueblo, por lo cual le interrogaron de nuevo acerca de su encargo, y él les manifestó que estaba descalzo, por cuyo motivo no había podido ir donde él pensaba.

Francisco y Victoriano le dijeron que ellos le pagarían los zapatos y que le darían además lo que necesitase; pero habiendo pasado cinco días sin volver á decirles nada, ellos solicitaron hablarle otra vez; pero el Bisco se negó, desapareciendo del pueblo.

En vista de tal conducta, los hijos de don Agapito comunicaron este dato á la Guardia civil, que desde entonces empezó á practicar diligencias en su busca.

Entre tanto, la ansiedad más cruel y la tristeza más inconsolable reinaban en el seno de aquella infeliz y desolada familia.

CAPITULO XXXIV.

DE PUERTA EN PUERTA.

Almeda regresó á Puente Genil y dirigióse en seguida á casa de su cuñado Francisco Fernandez, que aún se hallaba en cama. Inmediatamente acudieron su esposa y su anciano padre, ansiosos de saber el resultado de la entrevista con los secuestradores.

Sentados los tres junto al lecho del abatido Fernandez, entablaron el diálogo que sigue:

—¿Los has visto? preguntó con voz débil el enfermo.

—Sí, aunque los ví á cierta distancia.

—¡Gracias á Dios! exclamaron á una el padre, la madre y el abuelo del niño.

—Me hablaron de una manera encubierta y desde lejos, para que no los conociese; pero... ¡trabajo inútil!

—¿Y qué te dijeron?

—Cuando les hice presente que no llevaba más que doce mil reales, se manifestaron muy desazonados, diciendo que esa cantidad era una miseria.

El enfermo, su esposa y el abuelo suspiraron tristemente al oír calificar de miseria el fruto de todos sus esfuerzos para obtener aquella suma tan desdeñada por los bandidos, como para ellos tan costosa.

—¿Y cuántos te salieron al camino? preguntó el padre del cautivo.

—Nada más que dos hombres.

Y Almeda refirió punto por punto á los circunstantes todo lo que ya el lector sabe que le ocurrió con los secuestradores, en el sitio denominado *La Entrevista*.

Al oír la triste madre del niño que los bandidos habían recogido el dinero sin darle á Almeda ninguna contestación positiva respecto á soltar el cautivo, prorumpió en amarguísimo llanto, diciendo:

—¡Válgame Dios y qué desgraciados somos!

—¿Y qué podía yo hacer, Concha? Despues de haber soltado el dinero, yo hice todo lo que pude para que me dieran una razón que traeros, y hasta les pregunté por el pobre niño; pero, como ya os he contado, me amenazaron, mandándome que me callara y me largase de allí, en tales términos, que no hubo más remedio que agachar las orejitas y salir cantando bajito.

—Pero es fuerte cosa, replicó el abuelo, que hayan recogido el dinero, y que no sepamos lo que van á hacer de nuestro pobre niño.

—Tiene usted razón, repuso Almeda, y por eso yo insistí hasta el extremo de que ya se amoscaron con mis preguntas.

—¿Y qué piensas tú que harán?

—En eso mismo he venido yo pensando todo el camino.

—De suerte que nos hemos quedado sin los dineros y sin esperanzas de recobrar al hijo de mi corazón, dijo llorando la triste madre.

El abuelo hizo con la cabeza una señal de asentimiento, como participando de la misma opinión, mientras que el enfermo ahogó un profundo gemido.

Es muy de notar la delicadeza de sentimientos que suele haber en ciertas familias que, aunque rústicas é incultas, bajo el punto de vista intelectual, están dotadas de las más bellas cualidades morales.

Así le sucedía á la familia de Fernandez, que una vez

habiendo exhalado sus tristes quejas por su adversa suerte, y aun esto en términos comedidos, guardó silencio, temerosa de mortificar á Almada, comprendiendo que éste no tenía culpa ninguna de lo acaecido; antes bien, no podían menos de agradecerle la buena voluntad con que se había brindado en aquella ocasión á servirles.

Por su parte, el buen Almada estaba también muy afligido por el mal éxito de su comision; pero ya fuese porque él así lo imaginase, ya porque deseara consolar en algun modo á la desolada familia, se aventuró á decir:

—Yo creo que no tardaréis en saber algo, porque esa gente, de cualquier manera que sea, ha de acudir á vosotros, ó para pedir más dineros, ó para darse por conformes con la cantidad que han recibido.

La madre, el enfermo y el abuelo parecieron participar de la opinión juiciosa de Almada; mas no por eso la infeliz familia dejaba de estar poseída de fundados temores y de tristeza inexplicable por el mal resultado de su inmenso y extraordinario sacrificio, que simbolizaba el de todos sus recursos y el de toda su modesta fortuna.

Pero mientras que aquellos infelices acusaban al cielo de cruel por sus horribles é inmerecidos sufrimientos, la suerte daba sus acostumbrados giros, preparándoles nuevos sucesos y sorpresas.

En efecto; apenas los bandidos recogieron los doce mil reales que dejó Almada en el suelo, encamináronse á la huerta del Tío Martín, al cual le dieron cuenta del resultado de la última carta que allí habían escrito.

—Poco es, dijo el Tío Martín; pero me alegro que hayais cobrado tan pronto, porque ese muchacho tiene ya muy poco aguante, y de todas maneras, sus padres no hubieran podido reunir más, aunque el chicleo se hubiera podrido ahí de miseria.

—Eso es verdad, respondió el más viejo de los bandidos.

—Todavía estamos á tiempo, repuso el más joven, porque hemos recogido el dinero sin prometer que se tardaríamos al chico; de manera que si queremos, se puede pedir el resto hasta los mil duros.

—Nada, lo mejor es contentarse con eso, y quitarse de una vez de enredos.

—Pues entónces, en cuanto llegue la noche, nos lo llevaremos.

—Eso es lo derecho.

Los bandidos entregaron al Tío Martín la parte del dinero que le correspondía, y en seguida se fueron al inmediato pueblo de Casariche, porque el más joven de ellos tenía que recoger allí á una comadre suya, con la cual y otras amigas pasaron de broma y francachela todo aquel día.

Llegada la noche, los dos bandidos con la citada moza, dirigieron á la huerta del Tío Martín para sacar al niño Antonio y conducirlo al sitio que ya de antemano tenían convenido el dejarlo.

Entre tanto la tía María, por expresa prevención del bandido, había procurado limpiar un poco á la infeliz criatura; pero ella se contentó con darle dos escobazos, con lo cual creía que lo dejaba más limpio que una patena.

No obstante el estado de abatimiento en que se hallaba el niño, se animó extraordinariamente cuando pudo comprender, por aquellos preparativos, que trataban de sacarlo de aquella inmunda cueva.

En resolución, diré que le quitaron los grillos, y subiéndolo á caballo con uno de los bandidos, se pusieron en marcha, yendo el otro compañero con su querida en otro caballo, de suerte que, en caso necesario, la mujer podía pasar por madre del niño.

Así caminaron algunas horas, hasta que ya, despues de la media noche, se detuvieron en un lugar solitario y fuera de camino.

El conductor del niño echó pié á tierra y luego lo bajó, haciéndole grandes amenazas para que á nadie le dijese lo que le había sucedido.

Y quitándole el pañuelo de los ojos y la yesca de los oídos, le indicó el rumbo que había de seguir para encontrar un camino que estaba cerca, y que yendo por él, no tardaría en llegar á su pueblo.

—Estáte aquí parado hasta que ya no oigas las pisadas de los caballos.

—Así lo haré; pero no veo nada; respondió el niño con voz lastimera.

—Dentro de un rato ya verás; le respondió el bandido, volviendo á montar en su caballo y desapareciendo rápidamente con la otra pareja.

La noche estaba muy oscura, y además el niño, despues de treinta y seis días de haber permanecido en aquella covacha, privado de aire, de luz y de alimento conveniente, se hallaba imposibilitado de ver y de andar, porque tenía los párpados en carne viva, y todos sus miembros entumecidos.

Sin embargo, el aire fresco de la noche, el miedo que le producía la soledad de los campos y un cierto gozo instintivo por verse libre de sus verdugos, le impulsaron á echar á correr en la dirección que le habían indicado; pero el infeliz no contaba ni con la turbación de su vista, ni con la debilidad de sus piernas, de modo que á los pocos pasos cayó rodando por un declive del terreno, yendo á parar, maltrecho y lastimado, al fondo de un barranco.

El desgraciado niño comenzó á llorar tristemente, no sólo por el dolor que le causó la caída, sino también por el terror de verse allí sólo, y temiendo que se lo comieran los lobos, cuya ferocidad su imaginación infantil representaba con los más vivos y espantosos colores.

Trascurrido algun tiempo; comenzó á distinguir las estrellas, é impulsado á la vez por el miedo y por el deseo de encontrar gente, llorando y tembloroso, esforzose para salir de aquel barranco; lo cual logró con grandísimo trabajo, pero muy luego se halló en un espeso matorral, por donde apenas podía abrirse paso.

Al fin, cansado de sus esfuerzos, sentose entre unas matas, sin saber qué hacer más que llorar; pero los ecos de su llanto se perdían en el espacio, sin que nadie viniese en su auxilio.

Miraba á los árboles y se le antojaban fieros gigantes que extendían hácia él sus brazos para cojerle, como cuando lo cojieron los enmascarados.

Aplicaba el oído y todos los rumores del viento entre los

árboles, de las aves nocturnas que lanzaban sus graznidos y de los animales que se meneaban entre las matas, le producían una impresión de pavor indecible.

Es más que probable, que sin la bárbara y fatal costumbre de infundirles miedo á los niños, el instinto de lo maravilloso se desarrollaría en el alma con una tendencia completamente contraria, es decir, que en lugar de abatirla por el temor, la elevaría por la impresión de lo grandioso y de lo sublime, que puede inspirar noble admiración, pero nunca torpe miedo.

Resulta, pues, de esta desnaturalización de uno de los más elevados instintos del hombre, todo un mundo de absurdas visiones y de seres fantásticos, que sin razón alguna se aparecen, alucinan y aterran á la niñez, mal dirigida.

En este caso se hallaba el niño Antonio, que, merced á tales preocupaciones, creía en duendes, brujas, butes, fantasmas, marangos, cocos, trasgos, tarascas y toda esa infinita variedad de seres monstruosos, que ignorante y torpemente se utilizan para corregir ó castigar á los niños, sin comprender las trascendentales consecuencias que estas supersticiones pueden acarrear en la formación del carácter del hombre, para el resto de su vida.

El pobre niño, en su triste situación, en su doloroso abandono, abandono, en medio de las tinieblas de la noche, aterrado por las amenazas de los bandidos, creía ver en torno suyo un mundo fantástico de visiones y animales, que sólo existía en su imaginación enferma, hasta el punto de que, algunas veces cerraba los ojos para sustraerse á los fantasmas del miedo, que sin embargo, se le parecían en su cerebro.

Allí permaneció largo rato sentado y llorando de dolor y de miedo; pero de pronto se le ocurrió una idea por extremo consoladora, llenándole de esperanza y de aliento.

Recordó que el bandido le había indicado un camino próximo, y que yendo por él, llegaría pronto al pueblo.

Este recuerdo le hizo creer que se trataba de Puente Genil y en un instante, con las alas de fuego de la imaginación, trasladose á su pueblo, á su calle, á su casa y se vió en el seno de su madre querida, de su afectuoso padre y de su idolatrado abuelo, en compañía de sus hermanitos, que le sonreían, le acariciaban y le reconvenían por su tardanza en ir á verlos.

Bajo esta impresión, el niño se levantó rápidamente, comenzó á caminar por entre las matas, llegó á un raso, siguió andando y muy pronto exhaló un grito de júbilo, al sentir que pisaba terreno hollado.

Encontrábase, pues, en el camino que le indicó el bandido y entónces, más animoso, redobló sus esfuerzos y la celeridad de su marcha.

Pero muy luego su respiración jadeante, y el temblor de sus piernas daban claros indicios de su debilidad y cansancio, hasta que al fin cayó rendido y casi desmayado.

Jamás la negra noche ha sido más lenta en su curso para un ser humano, que lo fué aquella para el pobre niño.

Al cabo de un buen rato, cuando hubo tomado aliento la infeliz criatura, pensando siempre en que muy pronto había de llegar á su pueblo y ver á su madre, emprendió de nuevo su trabajosa marcha, bien que tropezando, cayendo, volviéndose á levantar, sufriendo indecibles dolores en todas sus coyunturas, y además devorado por una sed abrasadora; con tantas y tan inexplicables fatigas, caminó todavía largo tiempo, hasta que ya sintiendo desfallecer sus fuerzas pensaba sentarse á descansar, cuando súbitamente llegó á su oído canto de gallos y ladrido de perros, señal cierta de lugar habitado.

Esta circunstancia reanimó sus fuerzas, y bien pronto llegó á la calle de un pueblo, que desde luego, y con grandísima pena, reconoció que no era el suyo.

Entónces, con la confianza propia de su edad y de su inocencia, llamó á la puerta de la primera casa que se ofreció á su vista, para pedir hospitalidad y auxilio.

Tardaron bastante en responderle, pero cuando al fin le contestaron, el pobre niño se regocijó extraordinariamente, creyendo haber encontrado el asilo que tanto necesitaba.

El desgraciado Antonio, teniendo presentes las terribles amenazas de los secuestrados, cuando le preguntaron quién era, se limitó á decir que hicieran la caridad de recoger á un niño, que se había extraviado.

A tal demanda, lo despidieron bruscamente, diciéndole que se fuese á la posada.

El niño preguntó dónde estaba el meson; pero ya ni siquiera le contestaron.

Triste y desconsolado, y llorando amargamente, continuó su ruta, llamando con tenacidad notable, inspirada por la necesidad, á todas las puertas que encontraba; pero recibiendo en todas partes la misma contestación, dura y feroz al parecer, bien que justificada en cierto modo, por el rigor de las circunstancias, supuesto que entónces el desenfreno del bandolerismo había llegado á tal extremidad, que en aquellos pueblos cerraban las puertas al oscurecer y no las abrían, temerosos de algun ataque á mano armada.

Así es, que en aquellas casas donde llamó el niño, sus dueños se imaginaron que era un echadizo de los malhechores, que se valían de aquella estratagema para que abriesen.

Por último, tuvo la suerte de llamar á una puerta, que se abrió tan luego como dijo que era un niño extraviado.

¡Figúrese el lector el gozo inefable de la pobre criatura, al verse acogida y agasajada, como si hubiera tenido la fortuna de llegar á su propia casa!

En efecto, la buena mujer que en seguida le recibió, era tía suya y sabía el secreto de la desaparición de su sobrino, y, por consiguiente, apenas le oyó decir que era un niño extraviado, se imaginó que acaso pudiera ser Antonio, y felizmente acertó en su conjetura.

La tía lo reconoció en seguida, le dió de comer, lo acostó en buena cama; y el pobre niño, despues de tantas amarguras, quedose profundamente dormido, sabiendo que se hallaba en Santaella y á corta distancia de Puente Genil.

Cuando el querido é inesperado sobrino descansó algunas horas, su cariñosa tía se dispuso á conducirlo inmediatamente á casa de los padres, ansiando proporcionarles cuanto antes aquella satisfacción, y evitando así además, que nadie se

enterase en Santaella acerca de la triste y lastimosa historia del pequeño cautivo.

A la mayor brevedad, pues, se pusieron en marcha para Puente Genil, en donde á la sazón, se hallaba en el mayor desconsuelo y desesperación, la familia del pobre niño, á quien juzgaba todavía en poder de los secuestradores.

El padre del niño, la madre y el abuelo, seguían sumergidos en un inmenso mar de confusiones, supuesto que Almada no les había traído más noticias positivas que la de haber entregado á los bandidos aquellos doce mil reales, producto de todos sus esfuerzos y de todos los recursos de su modesta fortuna.

Esta serie desconsoladora de ideas había sido causa de que la enfermedad del padre se agravase aumentándose así la tristeza de la esposa, del anciano y hasta de los inocentes niños, que se afligían y lloraban, porque veían la aflicción y el llanto de sus padres, por más que ignorasen los motivos.

El infortunio y la desgracia de aquella familia llegaba hasta el extremo de que ni los mayores ni los pequeños podían siquiera llorar libremente, ni comunicar con nadie sus penas, estando así privados del único alivio que el dolor puede tener entre los hombres, el de la comunicación y el de las simpatías.

Hay momentos en la vida de los mortales, en que aun los más religiosos dudan de la Providencia, al considerar los ruidosos triunfos del malvado, y las secretas angustias del virtuoso; pero tales juicios provienen de la limitación del entendimiento humano, que no puede abarcar todas las relaciones de las cosas, no ya con respecto á la eternidad, más ni aun siquiera dentro de los límites del espacio y del tiempo.

Así le sucedió á aquella desolada familia, que cuando más desconfianza tenía de volver á abrazar á su idolatrado hijo, la Providencia dispuso que éste se le presentase de la manera más inesperada.

—¡Hijo de mis entrañas! exclamó la madre cuando reconoció al niño, que llevaba su tía de la mano.

—¡Calla por Dios, Concha! exclamó vertiendo lágrimas de gozo el abuelo, y yendo presuroso á cerrar la puerta de la calle. Abraza y cómete á tu hijo á besos; pero por la Virgen Santísima, que nadie se entere de lo que ha pasado.

Y en seguida, el abuelo, aun en los mismos brazos de la madre, le disputaba el nieto á ésta, para colmarlo de caricias y abrazos.

—¡Hijo de mi corazón! exclamó el enfermo, saltando de la cama para estrechar á su hijo. ¡Ya estoy bueno!... ¡Perdon, Dios mío, por haber desconfiado de tu bondad y de tu misericordia!

A la ternura natural de aquellos desgraciados padres para con su amado hijo, se mezclaba también la compasión infinita que les produjo el verlo tan demacrado, tan pálido, tan andrajoso y tan lleno de llagas y de miseria. Ciertamente la desventurada criatura hubiera inspirado lástima sin límites, aun á los más extraños y empedernidos.

Pasadas las primeras é inefables expansiones de aquella tierna y celestial alegría, la parentela les refirió punto por punto la manera, la hora y demás circunstancias con que el niño se había presentado en su casa, despues de haber pedido, llorando de puerta en puerta, la hospitalidad que le negaron.

—¡Qué dolor! exclamó la madre. ¡Tan pequeñito y tan desdichado!

—¡Cuántas penas! murmuró el padre.

—¡Demos gracias á Dios, porque ya le tenemos en casa! dijo solemnemente el abuelo.

Toda la familia comprendió la inmensa felicidad que se encerraba en aquel discreto y piadoso pensamiento, por lo cual, dando de mano á quejas y lamentaciones, entregose con todo su corazón á saborear la inesperada ventura que la Providencia les había enviado.

CAPÍTULO XXXV.

OFICIOSIDAD PELIGROSA.

Tan luego como regresó á el Arahá, Camacho dirigióse á casa del afligido é inquieto don Manuel de Reina, á quien le dió cuenta minuciosamente de todo lo que le había acaecido en Málaga, sin omitir la disputa que él había sostenido con los secuestradores, cuando éstos se obtenaban en exigir hasta los diez y seis mil duros, calificando la cantidad recibida como una miserable limosna.

El padre manifestó su agradecimiento á Camacho por el buen servicio que acababa de prestarle, si bien lamentaba la tenacidad de los bandidos en pedir tan enorme suma, y temía que fuese inútil el sacrificio que había hecho para obtener inmediatamente la libertad de su hijo.

Camacho se despidió del señor de Reina, quien le dijo que no tardaría mucho en recurrir á él, para que volviese á entenderse con los criminales, pues lo natural era que de nuevo reiterasen sus exageradas pretensiones.

Toda la familia se hallaba en la más cruel ansiedad por la suerte del cautivo; pero el padre procuró consolar á su esposa y á sus hijos con la esperanza de que al fin no correría gran riesgo la vida del secuestrado.

Las fundadas sospechas del padre de familia se cumplieron bien pronto, pues que recibió la carta ya mencionada del prisionero, con el aditamento que le pusieron los bandidos, y que al pié de la letra es como sigue:

«Señor don Manuel de Reina.

»Muy señor nuestro: Hemos recibido de su criado José Camacho Pedregal la cantidad de cuarenta y cinco mil reales, lo que nos ha causado gran admiración, que nos mande usted esta pequeña limosna. Es preciso que comprenda usted que no somos tan pobres: no est bamos por rebajar nada del primer pedido; pero ha mandado usted con el dinero un hombre tan majadero, y por no matarlo, le vamos á hacer á usted un grande favor, debiéndole decir que ya se concluyeron todas las rebajas y consideraciones.

»En no poniendo donde se le dirá hasta el completo de ocho mil duros, contando ó rebajando, como se quiera comprender, los ya recibidos cuarenta y cinco mil reales, en no poniendo dicho dinero en nuestro poder, no espere usted á su hijo más, porque no le vuelve á ver más. El que ha traído el dinero nos ha venido con mil conversaciones, las que son inútiles; de modo que si quiere usted ver á su hijo y que

quedemos amigos, hoy somos 28 de Abril; el día 2 de Mayo, sin haber la menor falta, ha de salir de ésa el mismo que ha traído ese dinero, con un mulo negro y unos capachos *bastidos* (1): saldrá del Arahá del día 2 de Mayo al romper el alba, se vendrá por la Puebla; de la Puebla al Saucedo, y llegando allí, se meterá en la posada del puentecillo, le dará de comer al mulo y estará allí hasta que anochezca bien; cuando anochezca, que vuelva á salir con dirección á los Corrales: ha de pasar por la fuente del Esparto, que está cerca de los Corrales, y llegando á los Corrales, echará por la *dizquierda*, que va el camino, dejando el pueblo á la derecha, pasando por los mismos ruidos, y seguirá con dirección á la Jara: pasará por medio de ella con dirección á Sierra de Yegua, la que atravesará, llegando á Fuente-Piedra: se parará dentro del pueblo en la fuente, y si no salen á pedirle el dinero en todo el camino, cuanto sea de día en una posada de Fuente-Piedra donde estará todo el día, y cuanto llegue la noche, que salga por los mismos pasos que ha traído, hasta llegar á el Arahá, y si no salimos, se está usted quieto hasta que se avise, escribiéndole otra diciéndole cómo ha de salir el dinero y por dónde.

»El que traiga el dinero, ha de salir del Arahá á buen paso en el mulo, y en todo el camino no se ha de apearse más que á diligencias precisas; ha de venir vestido de corto con un botín quitado y otro puesto y un pañuelo amarrado por la cara, blanco, como si le dolieran las muelas. Estas señas no se las quitará ni dentro de las posadas, y cuando salga del Saucedo, que sea noche, le pondrá al mulo una cencerria pequeña, que suene poco, la que no quitará en todo lo que ande de noche, y de día, lo que ya está dicho.

»Si por casualidad el que ha traído el dinero, no sabe bien el camino que se ha dicho, pone usted con él otro hombre, que sea práctico en el terreno citado, y que éste traiga otro mulo negro que sea bueno, y ese que no traiga señas ningunas, y que traiga una fanega de cebada encima, y él montado.

»Cuidado que se haga todo tal como se ha prevenido, y que á nadie absolutamente diga dónde vá, ni el negocio que lleva.

»Don Manuel, si pone usted civiles ó paisanos en el camino para hacernos un contrabando, su hijo lo pagará todo y usted atégase al resultado.

»No quiero serle á usted más molesto, amenazándole ni insultándole: usted haga lo que á bien tenga.

»En faltando un céntimo á los ocho mil duros, no tendrá usted lugar de llorar nuestros duelos, que con los suyos tendrá bastantes.

»Para entregar el dinero, le tienen que decir: ¿es usted el señorito? ¿viene usted de Sevilla? y dando esta contraseña entregará el dinero.

»Cuidado que no dé usted dineros á nadie por cartas que le echen, hasta que no lleven las cartas, como ésta, letra y firma de su hijo.

»No tenemos más que decirle, que se repase bien esta carta y se haga todo como va prevenido, si quiere usted ser amigo de quien lo puede quitar de labrador.

»Sin otra cosa, le deseamos lo pase usted bien, su señora y demás familia.»

No firma nadie y sólo sigue una rúbrica al pie del extraño y singular documento que acabo de transcribir, en donde el lector habrá podido notar una minuciosidad extraordinaria de detalles, una crasa ignorancia, y á la vez una seriedad, un cuidado y una prevision, que harto bien demuestran que la rudeza del espíritu en que se engendró la precedente carta, se consagraba á su tarea con todo el esfuerzo que le era posible.

El señor de Reina repasó una y otra vez la singular epístola, no solo porque así se le prevenía, sino porque bien lo necesitaba para ser razonablemente comprendida, y no dejó de apesarse por la imposibilidad en que se hallaba de satisfacer la exigencia de los bandidos en el angustioso plazo que le señalaban, supuesto que reunidos todos sus recursos á la sazón, únicamente ascendían á la suma de quince mil reales.

Pero considerando que si trataba de allegar más dinero, le sería imposible tenerlo á su disposición para el día prefijado, juzgó menor inconveniente el que Camacho no faltase á la cita, aunque no llevase toda la cantidad reclamada.

Así, pues, llamó enseguida al insigne Camacho, cuyo buen sentido y acertadas reflexiones no habian dejado de influir para que hiciesen tan grande rebaja los secuestradores, por más que éstos lo calificaban de majadero, diciendo que les habia ido con *mil conversaciones inútiles*.

El señor de Reina, por el contrario, celebró infinito la majadería de Camacho, pues que ella fué por extremo *útil* para que los bandidos redujesen nada ménos que á la mitad el precio del rescate.

Como era indispensable para que el portador del dinero cumpliera bien su comision, que el padre del secuestrado le diese cabal conocimiento de la peregrina carta, Camacho rióse muy de veras al saber cómo le trataban, y con propósito de seguir siendo todo lo majadero que la paciencia de los secuestradores le permitiese, se dispuso á ponerse en marcha, siguiendo al pie de la letra el itinerario y todas las demás prolijas indicaciones contenidas en la carta.

Llegó, pues, á Fuente Piedra sin haberle salido nadie al encuentro en el camino, y apareciendo que tenia dolor de muelas dirigióse á una posada que hay junto á una alameda en dicho pueblo.

No bien le hubo echado el pienso al mulo, cuando se le presentó el mismo hombre que habia ido á buscarle en Málaga á la posada del Agujero, y le preguntó:

—¿Es usted el señorito?

—¿Viene usted de Sevilla? preguntó Camacho con mucha sorna.

—Sí, señor.

—No me engañe usted, hombre.

—¿Por qué me dice usted eso?

—Porque yo creo que usted de donde viene, es de Málaga.

—Vamos, no sea usted *quason*. ¿Trae usted eso? interrogó en voz baja el hombre alto y delgado.

—Sí traigo, pero no todo.

—¿Cuánto?

—Quince mil reales.

—¿Nada más?

—Como que habia que venir á hora fija, y allí no tenemos ningun cuño, me dieron lo que tenían, y gracias.

—Callar es bueno.

—Tampoco es malo hablar, sin perjuicio de nadie.

—Eso es lo que conviene, que no haya perjuicio.

—Descuide usted.

—Ahora hay aquí mucha gente; yo volveré luego al oscurecer, y me dará usted eso.

Y sin hablar más palabra, el hombre desapareció, mientras que Camacho sentóse en el portalón, á donde al poco rato llegaron el Secretario del Ayuntamiento y el Maestro de escuela.

Ambos quedáronse mirando á Camacho, como tratando de reconocerle.

Al fin el Secretario le preguntó:

—¿Es usted del Arahá?

—De allí cerca, respondió Camacho, no sabiendo qué contestar á una pregunta no prevista.

—¿Usted se llama José Camacho? le preguntó el Maestro de escuela.

—Y ustedes, ¿quiénes son? dijo Camacho, respondiendo con otra pregunta.

—¿Tan desconocidos estamos, que ya no te acuerdas de nosotros? ¡Cuántas bromas hemos corrido juntos! exclamó el Secretario.

—¿Qué tiempos aquellos, cuando éramos todos jóvenes! repuso el Maestro de escuela.

Entonces Camacho reconoció efectivamente que los dos eran antiguos amigos suyos, si bien habia muchos años que no se habian visto.

Celebraron los tres, como era natural, el encontrarse tan inesperadamente despues de tanto tiempo.

Entrando en conversacion, no sin malicia, el Secretario le preguntó.

—¿Y á qué has venido tú por estas tierras?

Camacho se vió muy apretado al oír aquella pregunta; pero deseoso de guardar á todo trance el secreto que se le habia confiado, bien pronto encontró en su fecunda inventiva una respuesta más ó ménos plausible.

—Ya sabes que yo soy corredor de granos, dijo, y me trato con todos los labradores ricos de allá; pues bien, uno de ellos me ha dado el encargo de que venga á cobrar una deuda.

—¿En este pueblo?

—No, es ahí, en un pueblo cercano.

Ya fuese que las vagas respuestas de Camacho le inspirasen algunas sospechas, ya que sabiendo su intimidad con don Manuel Reina y el reciente secuestro de su hijo, es lo cierto que el Secretario quedóse mirando fijamente á su antiguo amigo con aire incrédulo y malicioso, como no dando crédito á sus respuestas.

Luego le dijo:

—A lo que tú has venido, es al asunto del secuestro del señor de Reina.

—No lo crean ustedes.

—Pues, ¿quién es ese hombre que ha estado hablando contigo? preguntó el Maestro de escuela.

—Yo no le conozco; se acercó á mí, hablándome de cosas indiferentes.

—Ese debe ser alguno de los espías de los secuestradores, dijo el Secretario.

—¡Por Dios, no penseis y digais esas tonterias! exclamó Camacho muy alarmado.

Despues de haber hablado un rato sobre este punto, negando siempre Camacho que tuviesen fundamento las sospechas de sus amigos, éstos se despidieron de él muy afectuosamente; pero se marcharon enseguida, yendo el Secretario á darle al alcalde cuenta de sus recelos.

En su consecuencia, la autoridad apostó gente en los alrededores de la posada para sorprender á los malhechores, si por acaso se presentaban.

Estos, sin embargo, hubieron de tener noticia de las disposiciones del alcalde, supuesto que nadie se presentó á reclamar el dinero.

Camacho, pues, en extremo desazonado por esta circunstancia, regresó á su pueblo, muy ageno de la causa que habia motivado el que no volviese á la posada el emisario de los secuestradores, segun habia prometido.

Tambien estaba muy lejos de sospechar que el encuentro con sus amigos, que habia producido las disposiciones del alcalde que él ignoraba, ponía en gravísimo riesgo, no solamente su vida, sino tambien la del infeliz secuestrado.

CAPÍTULO XXXVI.

LA OPORTUNIDAD DE UN PORDIOSERO.

Los bandidos advirtieron en seguida la disposicion del alcalde, y desde luego se imaginaron que Camacho, de acuerdo con don Manuel de Reina, habia dado aviso á la autoridad del asunto que á Fuente-Piedra le llevaba.

En este concepto, viendo frustradas sus esperanzas de recoger la cantidad, de la cual era portador Camacho, se pusieron furiosos y se ausentaron del pueblo, jurando tomar ruidosa y cruel venganza de aquel supuesto agravio.

Los bandidos, pues, encamináronse á la huerta del *Tío Martín*, á donde llegaron con intenciones de castigar en el secuestrado las medidas adoptadas por la autoridad á instancias de su padre, segun ellos se imaginaban.

El llamado *Salamanca* y *Carrascoso*, que no habian ido á Fuente Piedra, trataron ante todo de informarse minuciosamente de lo acaecido.

Entonces el alto y delgado, que fué el que se presentó á Camacho en el meson, les refirió su rápida entrevista con el portador del dinero y que habia quedado en ir á recogerlo por la noche; pero que habiendo advertido que los vigilaban, no juzgaron prudente el presentarse de nuevo en la posada.

—Es menester, añadió el narrador, que ese mocito que está arriba, pague las vilezas de su padre.

—Sí, sí, añadieron los demás compañeros; conviene hacer un escarmiento.

—Pero ¿qué interés puede haber tenido el padre en dar ese paso? preguntó *Salamanca*. En primer lugar, el señor de Reina sabe que su hijo puede morir, si él comete la menor imprudencia....

—Pudo avisar para ahorrarse el dinero.

—No digas disparates, porque todos los dineros del mundo no valen lo que vale un hijo. Además, como iba diciendo, cuando mandó á Málaga los cuarenta y cinco mil reales, ninguna precaucion tomó, y ¿quereis que ahora por ahorrarse quince mil, que segun has dicho llevaba, fuese á comprometer la vida de su hijo? ¡No es creíble!

Estas observaciones produjeron bastante impresion en los enojados bandidos.

—Otra razon más, añadió *Salamanca*, dirigiéndose á el alto. ¿No te dijo ese Camacho, cuando lo viste, que si querias el dinero en el acto?

—Sí, señor.

—Pues bien, si entonces lo hubieras tomado, ¿qué te hubiera sucedido?

—Yo no lo sé.

—Pero entonces, ¿advertiste si alguno te espía?

—Lo que es entonces no advertimos nada.

—Pues eso prueba que las disposiciones que despues observásteis no se tomaron por iniciativa de Camacho ni del señor de Reina, sino por alguna otra causa, que ni vosotros sabeis, ni nosotros tampoco, y que conviene averiguar.

—Eso no es difícil, terció *Carrascoso*; porque en Fuente-Piedra tenemos quien nos diga la verdad de lo que ha sucedido.

—Eso es lo que interesa averiguar antes de propasarse con ese jóven, porque aquí lo que importa es desplumar al padre, y no tenemos ningun interés en maltratar al hijo sin motivo fundado.

No todos los bandidos parecieron satisfechos de la explicacion dada al suceso por el llamado *Salamanca*, pues que insistian en hacer con el secuestrado algun escarmiento; y excusado parece decir, que era tambien de esta opinion el feroz *Tío Martín*, que se hubiera complacido en hacer con el jóven Reina alguna de las diabluras, como él las llamaba, que hizo con el infeliz y ya difunto don Agapito.

Sin embargo, el tal *Salamanca* y *Carrascoso* pudieron conseguir el calmar á sus compañeros, mandando á dos de ellos á Fuente-Piedra para que averiguasen de cierto lo que habia ocurrido.

Al día siguiente, cuando volvieron los dos emisarios, refirieron á sus compañeros con todos sus pormenores todo lo que habia pasado, y que ya el lector sabe, atribuyéndole si acaso alguna culpa á Camacho, pero muy convencidos de que ninguna parte habia tenido el señor de Reina en aquel suceso.

No obstante esta creencia, los secuestradores juzgaron conveniente que el cautivo escribiese á su padre una carta llena de las más terribles amenazas, y en el supuesto de que don Manuel de Reina habia adoptado cautelosamente medidas contra ellos, y que por este motivo no se habian presentado á recoger el dinero.

Los bandidos, bien que sabian con exactitud el hecho, fingieron creer en la perfidia y deslealtad del padre del secuestrado para ejercer sobre su ánimo la presion y alarma consiguiente y natural en quien se vé acusado de una falta que no ha cometido.

Concertados en esto, los secuestradores subieron al desvan en que se hallaba el malaventurado prisionero, muy ageno de pensar los sanguinarios propósitos que contra él habian abrigado, por causas que de todo punto ignoraba.

Los secuestradores, á porfía profirieron mil insultos y amenazas de muerte contra el secuestrado y su padre, acusando á éste de traidor y alevoso y jurando que con aquella conducta sólo conseguiria no ver más á su hijo, á no ser su cabeza separada del tronco, que habian de colgar del aldabon de su puerta.

Fuerte y dolorosamente impresionado por tales amenazas é insultos, el prisionero escribió la carta que le dictaron, viéndose en la sensible obligacion de reconvenir áspera y duramente á su padre, por las supuestas conivencias con la autoridad, que le atribuian.

Terminada la carta, los bandidos salieron del sobrado, amenazándole al prisionero que habian de tomar la más terrible y espantosa venganza de él y de su padre, si éste persistia en dar pasos para causarles perjuicios.

El cautivo quedóse triste y abrumado bajo el peso de las aterradoras conminaciones de los bandidos, y reclinado en su jergon, se estremecía á la idea de que por su causa los criminales atentasen contra la existencia de su querido padre; y sentia en el alma y no acertaba á explicarse que éste adoptara ó autorizase medidas y disposiciones, que tan funestas podian ser para ámbos y aun para toda su familia.

Pensaba en su madre afligida, en sus hermanas acogojadas y en sus hermanos inquietos y enfurecidos por su cautiverio, y no podia ménos de considerar que en tales situaciones, la ternura de las mujeres, el furor de los hombres, el consejo de los parientes, la indiscreta lealtad de los allegados y hasta la oficiosa y aún obligatoria intervencion de las autoridades, pueden producir en una familia la confusion más extraordinaria de ideas, sentimientos y resoluciones.

Sólo así podia explicarse, bien que alternativamente lo creia y lo dudaba, el que su padre hubiese olvidado que la intervencion de la autoridad podia ser causa de su muerte, supuesto que él se hallaba indefenso, á merced de los criminales.

En efecto, la autoridad, el padre y hasta él mismo ignoraban completamente el punto en que le tenían, y por lo tanto, aunque prendiesen algunos malhechores, esta circunstancia no podría impedir que un puñal alevoso se clavase en su corazon, cuando ménos lo pensara, sin poderlo ver siquiera, con una venda en los ojos, con los oidos tapados, en aquel solitario desván y en aquel apartado caserío.

JULIAN ZUGASTI.

(Continuará.)

(1) Original.

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPANIA TRASATLANTICA.
(ANTES A. LOPEZ Y COMPANIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5, de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para

MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que os correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. de Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE

JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES

DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,

Y

UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª

MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES.

3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

TRADICIONES DE TOLEDO

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañía, —Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortizacion varía segun la duracion del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.

Adulte tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA.

El Banco Hipotecario de España convoca la junta general ordinaria, con sujecion al art. 60 de los estatutos, para el día 4 de Mayo próximo, á las dos de la tarde, en el domicilio social, paseo de Recoletos, núm. 12, para la aprobacion de las cuentas y balance general de 1881, resolver las cuestiones que se deriven de la Memoria y proposiciones del Gobernador, y además para acordar lo que estime conveniente acerca de la modificación de algunos artículos de los estatutos.

Los señores accionistas que posean más de 50 acciones, ó por lo ménos este número, y deseen asistir y tomar parte en la junta general, para poder ejercitar su derecho deberán antes del 4 de Abril próximo venidero depositarlas, en Madrid en las Cajas del establecimiento, en París en las del Banco de París y de los Países Bajos, y en Bilbao en las del Banco de aquella capital.

Se facilitará á los señores accionistas, además del recibo de depósito de las acciones, una tarjeta personal de asistencia.

Los accionistas, provistos de poderes, ó bien los apoderados, sean ó no accionistas, de quienes trata el art. 61 de los estatutos, deberán conforme al mismo justificar su derecho ocho días antes de verificarse la junta, sin cuyo requisito no se admitirá su representacion en la misma, y cuidarán de recoger el documento que acredite haberlo cumplido.

Segun el art. 59 de los estatutos, nadie podrá tener por sí ó delegar más de 15 votos, sea cual fuere el número de acciones que posea.

Madrid 17 de Marzo de 1882.—El Secretario general, Enrique Lamartinière.

BANCO DE ESPAÑA.

Nota de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Numeracion de las bolas que representan los lotes.	Numeracion de los títulos que deben ser amortizados.	Numeracion de las bolas que representan los lotes.	Numeracion de los títulos que deben ser amortizados.
Série A.			
710	7091 á 100	11345	113441 á 50
1506	15051 " 60	11938	119371 " 80
1626	16251 " 60	12261	122601 " 10
1858	18571 " 80	12748	127471 " 80
1990	19891 " 900	13014	130131 " 40
2090	20891 " 900	13423	134221 " 30
2320	23191 " 200	13491	134901 " 10
2523	25221 " 30	13666	136651 " 60
3078	30771 " 80	14216	142151 " 60
3082	3081 " 20	14297	142961 " 70
3365	33641 " 50	14815	148141 " 50
3434	34331 " 40	15041	150401 " 10
4336	43351 " 60	15956	159551 " 60
4558	45571 " 80	16019	160181 " 90
5231	52301 " 10	16304	163031 " 40
5384	53831 " 40	16404	164031 " 40
6452	64511 " 20	16631	166301 " 10
8302	83011 " 20	16816	168151 " 60
8441	84401 " 10	16889	168881 " 90
8683	86821 " 30	17039	170381 " 90
8858	88571 " 80	17090	170891 " 900
10888	108871 " 80	17491	174901 " 10
10894	108931 " 40	17749	177481 " 90
Série B.			
23	221 " 30	6617	66161 " 70
1019	10181 " 90	7615	76141 " 50
1128	11271 " 80	7868	78671 " 80
1507	15061 " 70	8672	86711 " 20
2088	20871 " 80	8891	88901 " 10
2342	23411 " 20	8944	89431 " 40
2898	28971 " 80	9619	96181 " 90
2986	29851 " 60	9807	98061 " 70
4311	43101 " 10	9969	99681 " 90
4776	47751 " 60	10203	102021 " 30
4854	48531 " 40	10335	103341 " 50
5145	51441 " 50	10384	103831 " 40
5642	56411 " 20	10479	104781 " 90
6306	63051 " 60	10625	106241 " 50
Série C.			
185	1841 " 50	4316	43151 " 60
189	1881 " 90	4845	48441 " 50
265	2641 " 50	5317	53161 " 70
671	6701 " 10	5365	53641 " 50
1049	10481 " 90	5823	58221 " 30
1522	15211 " 20	6928	69271 " 80
1533	15321 " 30	7628	76271 " 80
1779	17781 " 90	9165	91641 " 50
1970	19781 " 90	9242	92411 " 20
2020	20191 " 200	9293	92921 " 30
2314	23131 " 40	9756	97551 " 60
2632	26311 " 20	9792	97911 " 20
2993	29921 " 30	10042	100411 " 20
2996	29951 " 60	10684	106831 " 40
Série D.			
377	3761 " 70	1788	17871 " 80
811	8101 " 10	2517	25161 " 70
1460	14591 " 600	2600	25991 " 26000
1566	15651 " 60		
Série E.			
934	9331 " 40	1769	17681 " 90
1134	11331 " 40	2114	21131 " 40
1322	13211 " 20	2159	21581 " 90

Madrid 20 de Marzo de 1882.—V.º B.º.—Por el gobernador, Ciudad.—El vice-secretario, Vicente Santamaría.

BANCO DE ESPAÑA.

Debiendo dar principio la corta de los cupones que vencen en 1.º de Abril próximo de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, de las obligaciones especiales del ferro-carril de Alar á Santander y de las obligaciones hipotecarias del excelentísimo señor duque de Osuna depositadas en este establecimiento, se anuncia al público para que los interesados que deseen conservar los referidos cupones sin cortar se sirvan avisarlo por escrito al Banco antes del día 20 del corriente.

Madrid 14 de Marzo de 1882.—El secretario, Juan de Morales y Serrano.

BANCO DE CASTILLA.

La Administracion de este Banco ha acordado que la junta general ordinaria de accionistas del mismo se celebre en el domicilio social el jueves 30 del corriente mes de Marzo, á las diez de la mañana.

Tendrán derecho de asistencia, conforme determina el art. 22 de los Es-

tatutos, los que poseen ciento ó más acciones. Para ejercitar ese derecho habrán de depositar sus acciones, antes del día 25 del actual, en las cajas del Banco de Madrid, en las del Banco Hispano-Colonial en Barcelona, y en las del Banco de Bilbao en dicha ciudad. En vista de los resguardos de depósitos se expedirán á los interesados las oportunas tarjetas personales de asistencia. Los que no concurren personalmente sólo podrán ser representados por un sócio que tenga derecho de asistencia, siempre que la autorizacion oportuna haya sido presentada en la secretaría del Banco antes del día de la celebracion de la junta.

Madrid 9 de Marzo de 1882.—El secretario, Ricardo Sepúlveda.

OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO Castelar, seguido de un guía descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.

Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las

ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Pareciciones que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un guía de París y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de París y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMERICA

Año XXIII

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó correspondientes excede de 400.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamáica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Y otra por San Thomas para la América Central, Méjico, América del Sur y América del Norte, aprovechando los vapores-correos que parten de los puertos de Inglaterra.

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos. En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª
Caños, 1.